

CARMEN ALCAYDE

NUBES

de algodón



Lectulandia

Daniela Santos es jinetera en Cuba cuando un diplomático adinerado y aficionado a las jovencitas la saca de la isla y se la lleva a Madrid con solo diecisiete años. A este lado del Atlántico, ella, una superviviente nata, consigue reinventarse y convertirse en Estela Cruz, escritora de autoayuda de fama mundial. Sus libros se venden por millones al abrigo de la ola de positivismo tan de moda en nuestros tiempos. Cuanto más exagera sus doctrinas, más rápido desaparecen los ejemplares de las estanterías. Pero Estela, avalada por el éxito, acaba por caer en su propia trampa y empieza a creer de verdad que cualquier obstáculo puede superarse con un pensamiento positivo, lo que dará lugar a una serie de despropósitos que pondrán patas arriba su realidad y la llevarán a vivir todo tipo de situaciones tragicómicas con su hija, su novio, su asistente personal, su psicoanalista secreta o sus populares y triunfadoras amigas, con las que nunca tuvo una confianza real.

La personalidad arrolladora de Estela y el mundo que Carmen Alcayde construye para ella, llenan esta novela, conmovedora e hilarante a partes iguales, del humor sarcástico y del genio de su autora. Un relato contemporáneo, lleno de feminidad y sinceridad en la descripción de las relaciones sociales en el que la periodista desgrana con gran talento las historias agridulces que se esconden a veces tras las nubes de algodón.

Lectulandia

Carmen Alcayde

Nubes de algodón

ePub r1.0

sleepwithghosts 21.07.14

Título original: *Nubes de algodón*

Carmen Alcayde, 2014

Diseño de cubierta: Compañía

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A mis hijos Carmen Lucía y Eduardo,
que aún creen que las nubes son de algodón.*

UNO

Me llamo Estela Cruz y escribo libros de autoayuda. He publicado tres en los últimos diez años y los tres se han traducido a más de veinte idiomas: *Serás lo que quieras ser*, *Ama y el mundo te amará* y *El camino eres tú*. Con ellos he ayudado a millones de personas, haciéndoles creer que se puede conseguir cualquier cosa con solo cambiar de actitud. Aunque cambiar de actitud sea tan difícil como aprender chino en dos semanas. Eso no lo digo en mis libros, acabo de descubrirlo. Estaba convencida de que no hay metas inalcanzables, sino personas incapaces de girar el timón. De que, si cambias tu manera de ver las cosas, todo cambia y el mundo se convierte en un gran surtidor: salud a prueba de bombas, el amor de quien tú elijas, proyectos de éxito, contratos millonarios, viajes al fin del mundo, fama, amigos leales, diversión... «Todo cuanto pidas, el mundo te lo dará, porque dejaste de creer que no lo merecías», de *Serás lo que quieras ser*. Para mí fue así durante años. Pasé de no tener nada a tenerlo todo. Cambié el chip, de niña pobre a joven promesa. Eso me llevó al éxito. Pero ahora, en mi vida acomodada, y con todos mis deseos a golpe de talón, cambiar me parece una heroicidad. Y si no lo hago, corro el riesgo de perder lo que más quiero, lo único que toda mi fortuna no puede darme.

Cuando las cosas comenzaron a torcerse, no lo vi venir. Carlos y yo hacíamos el amor tres veces a la semana. No conocía a nadie que lo hiciera más, así que eso debía de ser bueno. Ni siquiera Cassandra, modelo y mucho más joven que yo, lo hacía tanto (aunque sí más variado). Mi hija Daniela me idolatraba, y mis amigas corrían a mi lado para contagiarse de mi onda positiva. Esa entrega desmedida de mi entorno hizo que me despreocupara de sus vidas, de cómo les iba realmente. ¿Por qué perder tiempo en algo que ya tenía ganado? Mucho mejor seguir dedicándome a mis lectores, ávidos de nuevas teorías para alcanzar la gloria. Con la crisis económica, mis libros se vendían como churros. Más gente infeliz, más lectores. Incluso llegué a desear que la situación económica no mejorara—al menos hasta que publicara mi cuarto libro—, pensamiento que desapareció cuando mi novio pasó a ser uno de los afectados por la crisis. Su bufete de abogados empezó a acusar la falta de liquidez de sus clientes, y Carlos tuvo que recortar personal. Tenía el triple de trabajo, llegaba a casa tarde y malhumorado. Yo me ofrecí a hacerle un préstamo para que remontaran, pero se negó en redondo. Todavía me debía parte del dinero que le había prestado para que montara ese despacho. No quería deberme ni un euro más, ni tampoco accedía a que le perdonara la deuda. Orgullo varonil sin sentido para mí. Llegó a crisparme mucho verlo deambular de un lado a otro maldiciendo su suerte. Siempre elegía el momento en que estaba más inspirada para taladrarme con sus negros

augurios.

—Estela, no veo salida, no creo que nos libremos de esta, no sé cuánto más voy a poder aguantar... —me dijo cabizbajo.

—No, no, no. ¿Acaso no recuerdas que en momentos de desasosiego está prohibido decir no? —le dije para disuadirle de su actitud.

—Las cuentas no cuadran. Voy a tener que cerrar —seguía él con lo mismo.

—Lo que tú creas, así será —le rebatí convencida.

—¡Escúchame de una vez y deja de decir gilipolleces! Me parece muy bien que te ganes la vida engañando a analfabetos, pero yo no soy uno de ellos.

—No son analfabetos —le contesté dolida.

—Estela, estoy a punto de perder mi empresa. He pasado media vida luchando por conseguir lo que tengo y, ¡zas!, va a desaparecer ante mis ojos sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. No estoy siendo negativo, ni querría tirarme por una ventana como la mayoría de tus lectores.

—¿Te importaría dejar en paz a mis lectores? Ni son tontos ni suicidas. Son gente como tú y como yo, que pasan malas rachas y buscan salidas. Y la única salida es la alegría.

—Voy a tener que despedir a los abogados que quedan y echar el cierre. ¿Qué pretendes? ¿Que te lo cuente como si me hubiera tocado el gordo de la lotería? ¿Que baile Danza kuduro?

—No pretendo nada de eso, pero tu actitud derrotista va a llevarte exactamente al lugar al que temes ir. ¿Por qué no lo consideras como una oportunidad para hacer cosas nuevas?

—¿Como qué? ¿Jugar al ajedrez, pescar, fumar tabaco en pipa? Soy abogado desde hace veinte años y no sé hacer otra cosa.

—Igual esto es una señal de que va a llegar algo mejor —dije segura de que así era.

—Lo único que va a llegar es el final de mi profesión —balbuceó entre sollozos.

Desde que me separé de mi familia a los diecisiete años, no soporto el llanto de nadie que me importe. Cuando ocurre, me quedo paralizada, como suspendida en el aire.

—Carlos, recuerda, solo lágrimas de felicidad —le dije citando palabras de mi libro *El camino eres tú*.

—Estás completamente loca —sentenció.

Y tras dejarme sin palabras se levantó, se giró furioso y cerró la puerta de casa de un portazo para que me diera por enterada. Algo no iba bien... y yo no lo quise ver.

Al poco tiempo, y tal como él había pronosticado, tuvo que cerrar el bufete. No pude fingir sorpresa, porque sabía que sucedería. Él mismo lo había provocado.

Lo de mi hija, sin embargo, no me lo esperaba para nada. Ella estaba siempre

alegre, todo le iba bien y, gracias a mis ventas millonarias, nunca le había faltado nada. Ahora que estaba a punto de cumplir veinte años, su mundo se venía abajo por una noche loca con un compañero de la universidad. Se quedó embarazada, decidió no abortar y él decidió no volver a verla, ni a ella ni al niño o niña que venía en camino. Daniela acudió a mí en busca de consejo y volví a meter la pata.

—Dani, ¿tú estás segura de que quieres seguir adelante con el embarazo?

—Sí, mamá.

—Y entonces, ¿cuál es la encrucijada? —Intentaba no decir nunca la palabra «problema» para no atraerlos a mi vida.

—Que estoy enamorada. Después de dos años detrás de él, justo cuando lo consigo se va por la puerta de atrás —me explicó.

—Hija, quizás sea el momento de practicar la regla de las tres pes: positivismo, proyección y paciencia. Si estás feliz, si te visualizas con él y si sabes esperar, alcanzarás tu objetivo —argumenté convencida.

—Mamá, te lo suplico, deja a la escritora con sobredosis de endorfinas a un lado y háblame como madre. Pablo puede estar con la chica que quiera con solo chasquear los dedos, está en segundo, tiene una media de notable, tiene alergia a los niños y lo último que haría sería abandonar sus sueños. ¿De verdad crees que proyectando en mi mente la película de mi idílica vida junto a él lo atraeré hacia mí y lo convertiré en el padre ideal?

—Sí, lo creo. «Lo importante no es lo que te pasa, sino cómo tú lo pasas. De tu actitud depende el cien por cien del resultado final» (de *Serás lo que quieras ser*).

—Mamá, tus teorías no lo solucionan todo —me contestó.

—Claro que no, porque no hay que quedarse en la teoría, hay que pasar a la práctica.

Seguimos conversando durante un buen rato sin llegar a otro sitio que no fueran mis libros. Daniela, aun admirándome tanto, se empeñaba, como Carlos, en que dejara de hablar como experta en autoayuda. Pero si me dejaba llevar y hacía lo que me pedían, si lloriqueaba con ellos y les ofrecía mi hombro para que se compadecieran de sí mismos, estaríamos los tres perdidos. Así que no lo hice. Me mantuve firme como una roca esperando a que fueran ellos los que cambiaran de actitud.

En medio de este mal rollo generalizado que se había instalado en mi casa, yo estaba inmersa en mi cuarto libro sin conseguir sacar mi genialidad testada por millones de lectores en todo el mundo. El título lo tenía claro, *El cielo es para todos*, pero cada vez que me venía a la mente la imagen de Carlos o de Daniela abatidos, me venía abajo y mis dedos sufrían la misma parálisis que cuando los veía llorar. No podía seguir escribiendo acerca de cómo ser feliz cuando las dos personas más importantes de mi vida no lo eran. Me daba muchísima rabia (un sentimiento que

prohíbo a mis lectores) no ser capaz de concentrarme por culpa de su tristeza. Pasaba las noches en vela bebiendo café y liándome pitillos de tabaco negro. Fumaba asomada al gran ventanal del mirador de mi despacho, instalado en la segunda altura de nuestro ático (en realidad, es solo mío, me lo dejó mi exmarido, pero yo digo «nuestro» porque «ser posesivo te deja solo», de *Ama y el mundo te amará*). Me aterrorizaba que Carlos o mi hija me descubrieran. Ellos pensaban que no tomaba café, y mucho menos que fumaba... pero ¿de qué otra manera podía sobrellevar este giro inesperado al *wonderful world* en el que estábamos instalados? Esas noches bañadas en cafeína y envueltas en humo conseguían que me evadiera de la realidad. Carlos estaba mal, Daniela estaba peor, y ninguno de mis consejos para reconducir sus vidas había dado resultado. Empecé a dudar de mí misma, de la eficacia de mis libros. No podía permitírmelo, no podía abandonar todo aquello en lo que creía, lo que me había llevado a ser millonaria... y feliz, y gozar de la mejor salud, y de los mejores amigos. ¿De dónde había salido todo eso? ¿Sucedió porque sí? ¿Habría recibido lo mismo de haber sido negativa, derrotista y no haber movido un dedo? Claro que no. Otro café, otro cigarro y a seguir escribiendo. No podía estar equivocada.

El momento más duro llegaba a la hora de dormir. Tanto café me producía espasmos en las piernas. Contenía mi ansiedad para no alargar la mano en busca de las pastillitas que me llevarían al asegurado descanso. Algunas noches las tomaba, pero otras lograba contenerme, a cambio, eso sí, de no pegar ojo. Después de una de esas noches valientes de aguantar tembleques y sudores sin llegar a doparme, viví despierta mi peor pesadilla. Haciéndome la dormida, oí cómo Carlos se duchaba, bajaba a desayunar y salía a la calle. Cuando escuché la puerta, me levanté; no soportaba más tiempo dando vueltas en horizontal. Entré en el baño, vi mi cara en el espejo y recuerdo que pensé: ¿ahora cómo narices me pinto la sonrisa de la que tanto hablo en mis libros? Y entonces la vi. Una gran nota escrita por Carlos y pegada en el espejo: «HOY DANIELA CUMPLE VEINTE AÑOS, TE ESPERAMOS A LAS 2 EN SU RESTAURANTE FAVORITO. SÉ PUNTUAL». ¿¿¿¿¿Cómoooo???!!! Había olvidado el cumpleaños de mi hija en el momento que más me necesitaba. Embarazada y abandonada. Y yo pensando solo en mí y en mi dichoso libro, del que no era capaz de sacar nada en claro. Qué fácil era convencer al mundo de que la actitud positiva te lleva al éxito cuando todo te va bien y, además, te encuentras en la mejor edad. «Ahora me encuentro al borde de la muerte súbita —me dije—, en los temidos treinta y nueve. Un par de meses y todo habrá acabado. Mi lozanía dará paso a mi decrepitud, mis carnes prietas caerán en picado al abismo y ya no habrá motivos para sonreír, porque al hacerlo miles de pequeñas arruguitas quedarán tatuadas en mi rostro». Por eso quería acabar mi libro tan rápido, porque no sabía cómo llevaría mi mente el paso al lado oscuro de la vida, el de las despedidas para siempre. Adiós a las minis, los

tangas, los trikinis, la talla 36, la textura suave de mi piel, el brillo en la mirada, la blanca dentadura, la menstruación... No, no, no y mil veces nooo. Pienso decir no tantas veces como me venga en gana, ¿te has enterado, Estela Cruz?

La falta de sueño estaba afectándome al coco y, si seguía en ese plan, acabaría el día en la López Ibor. Me froté la cara con agua y jabón lo más fuerte que pude, me duché y concentré la única neurona que me quedaba en pensar qué comprarle a mi hija Daniela. No debía sospechar que me había olvidado de su cumpleaños. Siempre me había gustado planear con ella hasta el último detalle desde al menos dos semanas antes. «A lo mejor imagina que esta vez, al cumplir veinte, le he preparado una fiesta sorpresa. Y lo haría, pero ya no tengo tiempo. Son las doce y media y ni siquiera la he llamado. ¿¿¿Qué hago??? Por su nota, Carlos también creo que no tengo ni idea de en qué día vivo. Los dos han acertado. Voy a sorprenderles, se me tiene que ocurrir algo que los deje boquiabiertos, que les haga volver a reír a carcajadas, como cuando éramos felices. Sí, reconozco que ya no lo somos, ya me quité la careta. Adiós a Estela Cruz, hola Daniela Santos». Mi mente no paraba ni un segundo.

Hacía diez años que no recordaba mi verdadero nombre, desde que mi marido me dejó por otra más joven (al parecer, sacarme más de tres décadas no era suficiente). Fue entonces cuando decidí que era el momento de empezar a escribir, de poner en práctica todo lo que había estudiado en esos diez años de matrimonio. Filología hispánica, psicología y más de una veintena de cursos relacionados con la literatura de autoayuda y sus beneficios. *Serás lo que quieras ser*, mi primer libro, no podía llamarse de otra manera. Decidí ser escritora y ayudar a los demás a conseguir sus sueños... y lo logré. Cambié mi nombre, de Daniela Santos a Estela Cruz en honor a mi abuela materna. La echaba mucho de menos y no se me ocurría mejor manera de llevarla conmigo. Y aunque mi nombre verdadero ha seguido en mi DNI, a nadie en mi nueva vida parece importarle. Mi fama ha hecho que Daniela caiga en el olvido. Además, no conservo ninguna amistad de mi época con Luis. Era un apéndice suyo, una jovencita sin personalidad. Ahora sé que el mayor favor que me hizo fue dejarme, porque me hizo varios. Sacarme de Cuba, pagarme los estudios, creer en mi talento, presentarme a los grandes editores del país, llevarme de viaje por el mundo, dedicar noches enteras a descubrirme que había vida más allá de Fidel... A cambio de todo esto, debía soportar que me penetrara casi a diario y que paseara su gastada lengua por mi cuerpo. Cuando nos conocimos en La Habana, yo tenía diecisiete años, y él, cuarenta y nueve. No era la primera vez que lo hacía. Sin estudios ni un duro en el bolsillo, prostituirse era la única opción para salir de esa isla. Muchos te hacían creer que eran tu salvador, que volverían al día siguiente para planear tu salida de la isla, porque se habían enamorado locamente, y... tachán, ya no volvías a verlos. Yo aprendí pronto y cobraba por adelantado. Las promesas eran gratis, pero yo tenía que comer y mi familia también. Mis padres creían que trabajaba de camarera en un hotel,

al que por supuesto no podían venir porque era solo para extranjeros. Luis consiguió un milagro: meterme en un avión y traerme a España en una semana, aún no sé muy bien cómo. Supongo que el hecho de que fuera diplomático y millonario ayudaría algo. Mi futuro marido me dijo que no me despidiera de nadie, que podía ser peligroso. Pero había alguien a quien no podía dejar sin más. Me escapé del hotel en mi última noche en La Habana y corrí a decirle a mi mejor amigo que me iba. Sin duda sería la persona a la que más echaría de menos. Ya en España, llamé a mi madre, que me reprochó a gritos que no hubiera sido capaz de confiar en ella y despedirme. Pasó el tiempo, las aguas se calmaron e hicimos las paces. Mi papá Julián, mi madre Gertru y mi hermano Alfredo... cuánto tiempo sin saber de ellos.

Estela, vamos, piensa, Daniela cumple veinte y aún no sabes cómo sorprenderla. Cualquier regalo material me delatará. En el vale regalo pone la fecha de compra y, lo que es peor, ¡la hora! Y dárselo sin vale es impensable. Mis regalos siempre son caros y mi porcentaje de acierto del 0,0 por ciento. Lucía Iglesias, mi psicoanalista secreta, dice que eso es debido a mi superego. Según ella, soy incapaz de comprar para complacer a alguien que no sea a mí misma. Lucía es bastante tocapelotas, pero no puedo dejarla. Es la única persona que sabe cómo soy realmente, razón por la cual es secreta. Elvira, mi asistente personal, también puede hacerse una idea de mis múltiples taras, pero mi pose de *celebrity* frente a ella no le permite verlo todo.

Tenía que dar con el regalo perfecto. A ver, íbamos a comer a su restaurante preferido, El País de Nunca Jamás, un local temático al que acudíamos todos los 25 de diciembre, el primero hacía diez años. Luis Gutiérrez, su distinguido padre, diplomático y asaltacunas, nos había abandonado tres semanas antes. Se había ido con una de sus alumnas de primer curso. Para que mi hija no notara su ausencia en un día tan señalado, se me ocurrió llevarla allí. La película de dibujos animados de Peter Pan había sido un éxito y lo inauguraron en plena Castellana poco antes de Navidad. Acerté de pleno, mi niña volvía a sonreír. ¡Ya está! ¡Lo tengo! Iré disfrazada. Todo el que quiera puede hacerlo, es una de las gracias del restaurante. Daniela siempre me pedía de niña que me disfrazara. Cuando la recogía en el cole, o la llevaba a natación, o a sus festivales de fin de curso, pasaba más tiempo firmando autógrafos y haciéndome fotos que con ella. Decía que los otros niños tenían mucha suerte de tener una mamá solo para ellos cuando a mí me compartía con tanta gente.

Había mucho que hacer y muy poco tiempo. Y necesitaba la ayuda urgente de mi asistente personal. Pero era lunes, su día libre, y había jurado no volver a molestarla en su tiempo de ocio. Desde que amenazara con dejarme si volvía a hacerlo. Elvira era mía cuatro días a la semana las veinticuatro horas del día, incluso podía recurrir a ella los sábados y festivos siempre que tuviéramos que acudir a algún acto promocional, entrega de premios o algo así. Lo de hoy es fuerza mayor, el vigésimo cumpleaños de mi hija, pero me temo que ella no lo verá así. La última vez que la

molesté la llamé a las cinco de la mañana. Primero al móvil: apagado. Luego al hijo. Le costó mucho contestar, pero por fin escuché su relajante voz.

—¿Sí? ¿Quién es? —contestó sorprendida.

—Elvira, soy Estela, siento molestarte a estas horas, pero es cuestión de vida o muerte.

—Seguramente —dijo con ironía en un arranque de cruel sinceridad.

—Elvira, me tiembla el cerebro.

—¿¿¿Cómo??? —preguntó extrañada.

—Estoy sola y no sé qué hacer.

—A ver, señora, no es la primera vez...

—Sí, sí lo es. Nunca me había temblado el cerebro. Es horrible. Hace tac-tac-tac-tac.

—Es solo ansiedad, tómese un Lexatin y duérmase.

—Ese es el problema, no me quedan. Elvira, tienes que traerme, por favor. Llevo ya tres horas haciendo respiraciones y no se me pasa —le dije lloriqueando.

—Tranquilícese, señora. ¿Y Carlos? ¿Y su hija? —me preguntó.

—Carlos está de viaje con un cliente y mi hija por ahí de juerga. No la quiero asustar.

—Claro, como yo ya vivo asustada —dijo para sí.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Nada, nada, está bien, siga respirando como le ha enseñado la señorita Cintia que enseguida estoy allí.

—Gracias, gracias, te quiero.

—Lo sé —respondió con desgana.

A los veinte minutos estaba sentada junto a mí en la cama, cogiéndome la mano y acariciándome el pelo. La pastilla empezó a hacer efecto y mi cerebro dejó de temblar. Debí de quedarme dormida mientras me cantaba canciones de cuna cubanas. Ella era mi único puente con mis raíces. La contraté por su brillante currículum, sí, pero sobre todo por su procedencia. Era de La Habana, como yo, y en mis crisis de ansiedad siempre se lo pedía. Cerraba los ojos y creía estar escuchando a mi abuela Estela. Daría toda mi fortuna por volver a escucharla cantarme al oído. Debí de ser una niña hiperactiva, aunque en Cuba nadie te lleva al médico porque armes más jaleo de la cuenta, y mi abuela era la única que tenía el poder de calmar mi ansia. Ansia de crecer, de volar lejos de allí, de dejar de ser una carga... Al despertar de mi sueño inducido por una ración doble de Lexatin, Elvira me había dejado una nota: «Señora, la próxima vez que le surja un imprevisto de vida o muerte fuera de mi horario, haga el favor de elegir muerte». Me quedó claro. Nunca más llamadas de auxilio a media noche o la perdería.

Pero ¿a quién llamaba entonces? Mis tres mejores amigas son famosas. Está claro

que el dependiente de la casa de disfraces iba a pensar que era para ellas y, si tenía algún amigo en la prensa, tardaría cero coma en ponerle al tanto. Paranoias de diva, lo sé, pero las cuatro las tenemos. Así que solo me quedaba Cintia, nuestra entrenadora personal. La llamé con carácter de urgencia y, a la media hora, tenía en mi casa el mejor disfraz de Capitán Garfio de la ciudad. Llegué jadeante al restaurante con un plan perfecto. Esperarles ya sentada y en silencio para que la sorpresa fuera mayor. Iba a triunfar, nada podía salir mal. Llegué, me senté a la mesa que había reservado y me coloqué en pose de capitán terrorífico raptaniños, con mi mano de garfio bien visible. Y a partir de entonces, nada salió como yo había imaginado. Cuando Carlos y Daniela se acercaron, una manada de detestables renacuajos se peleaba por arrancarme la barba y hacerse con mi garfio. Imposible parar aquello; si les gritaba que me dejaran en paz, me descubrirían y adiós sorpresa. Para colmo, tuve la gran suerte de que ese día no había ningún otro Capitán Garfio en la sala, así que yo era la gran atracción. Mi idea de pasar desapercibida y hacer realidad su sueño de tener una mamá solo para ella se iba al traste. ¿Acaso no había ningún padre en esa sala? ¿Nadie iba a decirles a esos pequeños monstruos que dejaran de zarandearme? Carlos y Daniela habían aguardado educadamente, pero ya no pudieron más.

—Perdone, ¿le importaría ir a otra mesa? Hemos quedado para comer y nos gustaría estar tranquilos.

Pensé en levantarme, salir corriendo a la calle y refugiarme bajo mis sábanas de seda. Pero la única neurona que había sobrevivido a mi noche anterior me ordenó que fuera valiente, que sacara esa sonrisa de la que tanto hablo en mis libros y afrontara la situación con humor.

—Lo siento, no puedo cambiar de mesa, porque esta es mi mesa —dije modulando la voz todo lo que pude para no ser descubierta.

Me levanté con furia y ahuyenté a los niños con mi garfio jurando que los mataría si volvían a molestarme. Y debí de ser convincente, porque ninguno volvió. Sus padres me miraban con mala cara y a mí me daba exactamente lo mismo. Solo quería recuperar la felicidad de mi familia, que una quiebra y un embarazo habían echado al traste.

—Está bien, entonces debemos de ser nosotros los que nos hemos equivocado de mesa —sentenció Carlos mientras daba media vuelta en busca del encargado.

—No, no, nada de eso. Siéntense, por favor. Han sido seleccionados entre cientos de clientes para que yo les acompañe en su comida. Creo que celebran algo, ¿no?

Los dos me miraron anonadados y luego tomaron asiento. ¡Bien! Por fin aquel caro curso de doblaje me servía para algo. El hechizo duró poco, mi hija no estaba para sorpresas.

—Nos sentimos afortunados, de verdad, pero preferiríamos disfrutar de nuestro

premio otro día. Mi madre está a punto de llegar y querríamos estar a solas con ella —declaró Daniela con firmeza.

No podía rendirme. «La vida está llena de obstáculos y de tu actitud dependerá el poder superarlos», de *El camino eres tú*.

—¿Tu madre? ¿Estás segura de que ella no está ya aquí, pequeña Wendy? —le pregunté. Yo era la única que sabía que siempre quiso ser Wendy y tener dos hermanos llamados Juan y Pablo.

—No, señor, de momento no la veo, ¿por qué lo dice? —me contestó contrariada.

—Cariño, ¡¡¡feliz cumpleaños!!! —grité al tiempo que me arrancaba la barba para que me vieran.

—¡¡¡Mamá!!! ¡¡¡Qué sorpresa!!!

Y tanto ella como Carlos abrieron sus bocas asombrados de mis dotes interpretativas. Luego comenzaron a reír. ¡Lo había conseguido! ¡Mis teorías funcionan! Una actitud positiva puede darle la vuelta a todo... o no. Tardaron dos minutos en recomponerse y juntar fuerzas para darme la peor de las noticias.

—Mamá, te agradezco mucho la sorpresa pero... creo que el día no es el más acertado —dijo mi pequeña con los ojos vidriosos.

—¿Cómo que no? Es tu cumpleaños. Siempre quisiste que me disfrazara, ¿no te ha hecho ilusión? —pregunté sin entender.

—Yo no puedo... Carlos, díselo tú —le pidió Dani cariacontecida.

Ambos callaron. Mi corazón empezó a trotar, luego a galopar. No tenía pastillas a mano, no había dormido... Esta vez sí, iba a morir. Y lo haría vestida de Capitán Garfio. «Seguro que, cuando caiga al suelo, esa panda de mocosos me lanza rebanadas de pan para rematarme», pensé, y me armé de valor para seguir hablando sin desfallecer.

—¿Qué es lo que ocurre? Os lo suplico, decídmelo ya. Sea lo que sea, lo afrontaré como todo en mi vida, con actitud positiva —acerté a decir no muy convencida.

—Mamá, Carlos y yo nos mudamos a otra casa. Es algo momen...

—¡¡¡¿¿¿Quéeee???!!!! ¿Que os qué? —pregunté fuera de mí sin dejarle acabar.

—Tranquila, Estela, Daniela te está intentando decir que es algo temporal —acabó de explicar Carlos.

—¿Cómo que temporal? Una cosa es que tú quieras irte, pero ¡¡¡mi hija!!! Eso no lo voy a permitir —dije a la desesperada.

—Mamá, no puedes hacer nada. Tengo veinte años. No te lo tomes así, los dos te queremos. Queremos que estés sola, que reflexiones sobre los últimos acontecimientos y te reencuentres con Daniela Santos —dijo mi hija.

¿Dónde estaba mi pequeña? Me la habían cambiado. Esa que hablaba parecía una mujer madura y distante. Sus palabras me robaron definitivamente el habla. No tenía fuerzas para nada, demasiadas horas en vela. Ojalá me hubiera tomado ayer esa

dichosa pastilla.

—Cariño —en pleno abandono se atrevía a seguir llamándome así—, hace mucho tiempo que no nos escuchas y que te limitas a repetirnos citas de tus libros. Siempre huyes de los problemas y ahora estos dos problemas son los que huyen de tu lado. No soportamos a Estela Cruz, queremos a Daniela Santos —dijo como quien pide una bici nueva a los Reyes Magos.

—Mamá, también queríamos aconsejarte que te dejes tratar por alguien. Carlos conoce al mejor psicoanalista de la ciudad, ha hablado con él y espera tu llamada —remató mi hija.

Esto era lo último. Mi familia me abandonaba y encima me mandaba al loquero. Yo no estaba loca (al menos no públicamente), solo había encontrado la receta de la felicidad. Sí, tal vez era muy radical no permitir a nadie de mi entorno una mala cara, una muestra de desasosiego o abatimiento, pero hasta ahora mi método parecía funcionar como un reloj suizo. Si no, ¿cómo explicar los millones de ejemplares vendidos en todo el mundo? Pensé en hablarles de Lucía, de mis cinco años con ella, de mis progresos... No fui capaz. En lugar de eso, mi mente retrocedió en el tiempo al 3 de septiembre de 2003, cuando Luis nos abandonó. Hoy era su hija, mi niña, la que me dejaba, como si una anomalía genética que ambos compartían les empujara a ello. «Cuando algo va muy mal, solo puede mejorar», eso decía yo en *Serás lo que quieras ser*. ¡¡¡Mentira!!! Cuando algo va mal, siempre puede ir peor.

—Estela, Daniela y yo viviremos en la misma casa para que puedas visitarnos siempre que quieras. La he alquilado hace una semana. Es un piso pequeño muy cerca de tu casa —me comunicó Carlos con semblante triste.

¿¿¿Cómooo??? ¡¡¡¿¿¿Se iban a vivir juntos???! No es posible, esto no puede estar sucediéndome a mí, pensé. Y me dejé llevar por el agotamiento. Caí redonda en el suelo de aquel lugar, que en ese momento era ya mi lugar más odiado en el mundo, y perdí el conocimiento.

—¡Mamá, mamá, por favor, di algo, despierta! —gritaba mi hija mientras me daba palmadas en la cara.

Me echaron un vaso de agua y me pegaron tortas hasta que volví en mí. Me incorporé como pude y, tras haber sido abandonada por mi hija y mi novio vestida de Capitán Garfio, me alejé sin mediar palabra. No había nada que decir ni mi garganta era capaz de articular sonido alguno. Recuerdo que anduve durante horas, que me fui arrancando la barba, el garfio, el sombrero, la chaqueta... y los fui dejando caer al suelo sin pararme a pensar en la casa de disfraces y en el alto valor que tenía aquello. «Te traigo el mejor disfraz de la ciudad», me había dicho Cintia apenas dos horas antes. ¿Y a mí qué? Al cabo de no sé cuánto tiempo, di a parar con el portal de mi salvación. Puede que mis lectores sean capaces de autoayudarse con mis libros, pero yo la necesitaba a ella.

DOS

Llevaba tumbada en aquel diván casi una hora. Pensaba que esta vez sería diferente, que por primera vez en cinco años me daría la razón. Ese día sí tenía motivos para querer abrirme las venas allí mismo. Pero Lucía es una roca impenetrable a la que ningún acontecimiento le parece lo suficientemente grave como para deprimirse. ¿Para qué te hiciste psicoanalista entonces? Para reírte de nosotros, ¿no? Había momentos en que no la soportaba, y precisamente ese, justo después del doble abandono que acababa de sufrir, era uno de ellos.

—Lucía, ¿no lo entiendes? Se van a vivir juntos, mi novio de cuarenta y dos años y mi hija de veinte, ¡juntos en un apartamento de sesenta metros cuadrados!

—¿Y? —preguntó ella.

—¿Cómo que «y»? Sería la primera vez que un cuarentón se tira a una de veinte, ¿no? —le contesté alterada.

—Tú eres la que te has hartado de difundir por medio mundo que «lo que tú creas, así será». ¿Quieres que yo te diga lo mismo?

—No metas a mis libros en esto. Por culpa de ellos me encuentro en esta situación. Si pudiera, los quemaría todos y empezaría de cero.

—¿Y por qué no lo haces?

—¡¿Quemarlos?!

—Empezar de cero.

—A los veintinueve, mi marido me dejó por una de diecinueve, a los treinta y nueve Carlos me deja por una de veinte que además es mi hija y está embarazada. ¿Resetear mi mente como si nada hubiera pasado? No, gracias, prefiero llegar a los cuarenta y nueve con los ojos bien abiertos —argumenté.

—Carlos y Daniela no te han abandonado; al contrario, quieren recuperarte —me recordó.

—Vale, sí, ese es el rollo que se han montado, pero ¿te digo lo que pienso realmente?

—Sorpréndeme —dijo dispuesta a escuchar una de mis habituales idas de olla.

—Que se desean (bueno, más él a ella que ella a él, porque todos los hombres son unos cerdos asaltacunas) y que no han encontrado una excusa mejor para irse a vivir juntos sin tener que esconderse. Él consigue meterse en la cama de una jovencita inexperta y ella gana un padre para su hijo. ¡Mi nieto! Y yo tendré que tragarme el resto de mi vida que mi yerno sea un exnovio que me abandonó cuando estaba a punto de convertirme en un despojo humano de cuarenta años.

—Mmm, interesante... Y esto ¿hace cuánto que lo piensas?

—Se me acaba de ocurrir, pero tiene sentido, ¿no crees?

—Mucho —soltó irónicamente.

—Tú ríete, pero no sería tan raro, ¿no se metió Woody Allen en la cama de su hija adoptiva? ¿Acaso crees que es una excepción, que no hay más hombres capaces de dejar a una madre por su hija? Habrá cientos, miles...

—Millones —remató.

—Si vas a seguir burlándote de mí, me levanto y me voy.

—Adelante. De hecho, me harías un favor. Tenía la agenda llena hasta que llegaste.

—No, por favor, Lucía, no me eches. No sin antes decirme qué puedo hacer para recuperar a mi hija.

Lucía tenía una cualidad que me tenía enganchada a ese diván: sus consejos. Sus colegas le decían que no era ético, que debe ser el paciente quien encuentre la respuesta. Pero a ella le gustaba saltarse las reglas. «No todos estamos preparados para autoayudarnos», decía. Y aunque las teorías de mis libros me impedían darle la razón con palabras, se la daba tumbándome en ese diván una o dos veces a la semana. Yo, que me dedicaba a expandir la idea de la autoayuda por todo el mundo, buscaba cobijo en alguien que no creía en ella. Y lo hacía porque yo misma era incapaz de curarme sola.

—¿Solo quieres recuperarla a ella? ¿Y Carlos?

—Ni me lo nombres. Ese cerdo ya es pasado en mi vida.

—Solo hay un camino, Estela.

—¿Cuál? Dime lo que tengo que hacer y lo haré.

—Debes hacer lo que te han dicho que hagas.

—¿Reencontrarme con Daniela Santos?

—Sí.

—¿Y cómo se hace eso?

—Volvamos a Cuba.

—¿Cómo?

—Terapia de regresión.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—No estoy preparada.

—Pues sal por esa puerta y no vuelvas hasta que lo estés.

—¿Me estás echando?

—Sí. No tengo nada más que hacer contigo. Ese es el siguiente paso.

—Sabes que me aterra volver.

—Estela, no me hagas perder el tiempo. Soy tu psicoanalista, no tu mejor amiga.

—Entendido.

—¿Y?

—Me voy —contesté altiva.

—Adiós —me animó bruscamente.

Para mí sí era mi mejor amiga, la única que lo sabía todo de mí. Sin embargo, yo de ella solo sabía lo que leía en los periódicos o en internet. Se hizo muy conocida por dedicar cinco años de su carrera a psicoanalizar a presos con penas muy largas y publicó un libro con los resultados de su estudio. Un *bestseller* en el que, de manera pionera, demostraba el poder de la mente para adaptarse al encierro. Y para su sorpresa, encontró más casos de depresión en pacientes que lo tenían todo que en aquellos privados de libertad. *Mentes entre rejas* era el título que le había dado el reconocimiento del público. No así de sus colegas, que no compartían sus métodos y ni siquiera daban valor a ese estudio al considerarlo poco serio. A Lucía ninguna de esas críticas le importaba, porque había llegado a donde quería. Al contrario que yo, que no sabía hacia dónde dirigirme. Quedarme allí y regresar a Cuba, o salir por la puerta. No estaba preparada, demasiadas emociones el mismo día. Lucía era capaz de pasarse contigo cuatro horas seguidas sin mirar el reloj. Su terapia empezaba y acababa cuando ella así lo consideraba, y le parecía una aberración establecer sesiones de una hora y cortar por lo sano. A veces te quedabas sin terapia porque se extendía con el paciente anterior. Otras eras tú la que hacías que otro se quedara con las ganas. Unos por otros, allí estábamos, atraídos por la manera en que Lucía conducía nuestras vidas. Muchas veces me había sentido tentada de preguntarle por su vida personal, si tenía pareja, dónde pasaba los veranos o cuál era su comida favorita. Su actitud no invitaba a ello. Algo me decía que traspasar esa barrera me saldría caro. La prensa también respetaba su intimidad. Nunca la sacaban fuera de un acto público o de la presentación de alguna de sus investigaciones sobre la mente humana. Tal vez fuera yo la única que se moría de ganas por saber con quién se iba a la cama. Sonrisa pícaro o semblante serio e impenetrable. Dos caras de una misma mujer de piernas infinitas y negra melena en cuyos ojos azules te instalarías indefinidamente. Seguro que puso el diván para que los pacientes pudiéramos concentrarnos, pues el contraste de su pelo negro con el azul celeste de sus ojos te hipnotizaba. No imagino a una sola mujer capaz de no envidiarla, ni a ningún hombre que, al mirarla, no sienta un cosquilleo en la entrepierna. A lo mejor algún día me animo y le pido amistad formalmente; con ese atractivo, no creo que tenga muchas amigas.

—Me lo pensaré —concluí antes de levantarme.

—¡Fantástico! —exclamó.

Y antes de que me echara a patadas, me levanté y salí de allí con una sola idea en la cabeza. Tenía que averiguar si Carlos y Daniela estaban liados. Y lo haría con la

ayuda de esas a las que sí podía llamar amigas, aunque no supieran casi nada de mí. Cassandra, Berta y Paloma. Qué gusto tener amigas con las que no compartes el peso de traumas pasados y que no exigen de ti más que lo que tú quieras darles. Nuestra amistad unió a esa parte de nosotras a la que le encanta ponerse en forma, posar en *photocalls*, firmar autógrafos, ir de compras, hablar de temas banales y tomar *gin-tonics* de diseño. Nos conocimos en clase de Cintia, nuestra entrenadora personal, y enseguida congeniamos. Por fin encontrábamos ejemplares de nuestra especie. Ricas, famosas y con tiempo libre. Nos encantaba poder hablar sin tapujos de nuestro amor por las grandes firmas, las obras de arte, los restaurantes de moda, los hoteles de superlujo y los viajes en *first class*. Como el que hizo Cintia, quien después de formarse durante años en una disciplina donde solo triunfaban los hombres, gastó lo que le quedaba en un billete en primera a Londres. Quería entrar en la capital británica por la puerta grande. Allí la esperaba una amiga que le ofrecía casa y comida el tiempo que necesitara, que sería poco. Aquella pelirroja pecosa, de complexión atlética (aunque versión mini) y mirada ingenua, se haría pronto con una ciudad que sabía captar los talentos que a otros pasaban desapercibidos. Talento que heredó de su padre, Nico Lauson, que le había transmitido todo lo que sabía. Un cáncer fulminante paralizó su carrera y, desde entonces, Cintia luchó con todas sus fuerzas para concluir lo que él había empezado. Llevaría el apellido Lauson a lo más alto, tal como él había soñado.

Y llegó el día del esperado vuelo, el de la huida hacia delante. Por fin dejaba atrás esa ratonera sin salida en la que se había convertido el gimnasio de su barrio. Atravesaría las nubes, le chocaría la mano al viejo y tomaría tierra inglesa para conquistarla. Que se prepare London, que llega Cintia Lauson, la hija de la gran promesa del boxeo, Nico Lauson. De pronto, una voz de niña recién extraviada la sacó de su ensoñación.

—Perdone, señorita, creo que está usted en mi sitio.

—Eso es imposible, yo pedí ventanilla —respondió Cintia mirando su billete. Y así era, ese era su sitio.

—Debe de haber un error, yo jamás viajo en pasillo —le insistió la vocecilla.

Cintia alargó la mano para enseñarle el billete y entonces la vio. Tan rubia, tan delgada, tan... ¡Cameron! Nuestra entrenadora dio un brinco y se incorporó, le cedió su sitio e intentó comportarse como si todos los días una famosa actriz de belleza infinita se sentara a su lado. Cintia tenía un inglés básico, pero puso tantas ganas que consiguió hacerse entender. Para su sorpresa, la actriz era igualita que en sus películas, habladora, ingenua y pizpireta. Cameron le dijo que se encontraba rodando una película en la capital británica y que había viajado a Madrid a la presentación de su último film. Cintia, por su parte, le contó que era boxeadora y que viajaba a Londres porque sabía que allí tendría más posibilidades de desarrollarse

profesionalmente. A la rubia de porcelana le parecía inverosímil que una mujer quisiera pegar a otras para ganarse la vida, arriesgándose a que le desfiguraran la cara, que era a lo que ella le tenía más aprecio. Cintia no sabía lo que era una ampolla *flash* ni jamás se había hecho un *peeling*, mientras que Cameron tenía asegurada su cara en varios millones de dólares y jamás se iba a la cama sin un ritual previo de limpieza e hidratación. Las dos se rieron enumerando sus múltiples diferencias y la actriz insistió en que la acompañara con un trago de vodka azul. A Cintia, que nunca probaba el alcohol, aquello le sonó fatal, pero ni se le pasó por la cabeza negarse. Tomaron uno, dos y hasta tres tragos de ese brebaje tan azul como el cielo que atravesaban, y se rieron a carcajadas. El punto culminante fue cuando Cameron, algo «achispada», sacó el tema de los hombres y sus miembros. Como ninguna de las dos hablaba con fluidez el idioma de la otra, se explicaban con gestos las formas y tamaños con los que se habían topado. Las carcajadas se escuchaban en toda la cabina, sobre todo las de la famosa actriz, que tenía una peculiar forma de reírse estilo delfín. El comandante ordenó tomar asiento, la luz de abrocharse los cinturones se iluminó y el avión comenzó su descenso. Fue en ese preciso instante cuando Cameron se volvió loca y acercó sus labios a los de Cintia para besarla. Poco le importó a la boxeadora que fuera la primera mujer que restregaba su lengua contra la suya. ¡Era Cameron! Recordaría ese beso toda su vida, así que se dejó llevar. Cuando tocaron tierra, apareció un tipo corpulento con semblante serio y se llevó a la actriz. Ni adiós, ni ojalá volvamos a vernos, ni dónde puedo encontrarte en Londres... Nada. Cintia se quedó petrificada, a la espera de que alguien le diera unas palmaditas en la espalda y le dijera: «Oiga, despierte, que ya hemos tomado tierra». Pero no, no había sido un sueño. Una de las actrices más deseadas y bellas del planeta la había besado y ella estaba viva para contarlo. Había valido la pena gastarlo todo en aquel billete en primera.

Tiempo después, y ya con algunos ahorrillos, Cintia dejó la casa de su amiga y se instaló al este de Londres, en Hackney, un barrio obrero bastante feo pero muy bien comunicado. Gracias a su experiencia coctelera (no era la primera vez que trabajaba detrás de una barra), consiguió trabajó en un restaurante de Shoreditch, el barrio de moda. Una noche, mientras agitaba la coctelera, volvió a escuchar aquella vocecilla de niña desvalida. Esta vez no le hizo falta levantar la vista para saber de quién se trataba. La actriz, sin embargo, no la reconoció.

—Disculpe, me gustaría probar sus famosos cócteles a medida. ¿Es cierto que nunca hacen dos iguales?

—Sí, lo es.

—¡Fantástico! Estoy ansiosa por comprobar si aciertan conmigo.

Y sin apenas levantar la mirada, Cintia le preparó a Cameron un cóctel a base de vodka azul.

—¡Increíble! ¿Cómo ha sabido que me gustaría el vodka azul?

—Por el color de sus ojos —le respondió Cintia en un arranque de descaro.

Entonces la actriz le vio la cara y frunció el ceño.

—Me suena su cara. ¿Nos conocemos de algo?

—De compartir vuelo... y vodka azul.

—¿La boxeadora?!

—Sí. Bueno, más bien aspirante —le respondió Cintia.

—¿Cuánto ha pasado desde aquel vuelo? ¿Seis, ocho meses?

—Nueve meses y medio.

—Caramba, veo que vives al día —ironizó Cameron—. ¿Y todavía no has conseguido subirte a un *ring*?

—No, la cosa no es tan fácil como pensaba, pero estoy contenta. Con lo que gano aquí, me pago mis entrenamientos y, cuando esté lista, intentaré apuntarme a algún combate.

—Oye, ¿te gustaría ser mi entrenadora personal?

—¿Cómooo? ¿Yo?

—Sí, la mía acaba de mudarse a Nueva York y me ha dejado tirada. Además, recuerdo todo lo que me contaste sobre el boxeo, sus beneficios, lo bueno que era para la anatomía femenina y... en fin, tú estás estupenda así que...

—¿Quieres aprender a boxear?

—Boxear y lo que se te ocurra. Estoy abierta a todo.

Al escuchar eso, Cintia no pudo evitar recordar aquel beso apasionado en descenso. Se sonrojó y, por un momento, se olvidó de lo que estaban hablando.

—¿Qué me dices?

—¿Qué te digo de qué?

—¿Serás mi *personal trainer*? Te pagaré más de lo que cobras aquí por agitar cocteleras.

—Mmm... ¡De acuerdo! ¿Cuándo empezamos?

—¿Mañana a las ocho?

—Genial.

Cameron estrechó la mano de Cintia, que la miraba embobada, se dio media vuelta y desapareció.

De los gimnasios de Vallecas al casoplón de la actriz gracias a un golpe de suerte o, como yo me harté de repetirle «a tu actitud de optimismo en grado máximo». Tanto, que su historia me sirvió de inspiración para empezar mi cuarto libro, ese que tengo atravesado entre el teclado y mis vísceras. Nuestra entrenadora, tan menuda y flaquita, forma parte de los valientes que se olvidan del qué pasará si no lo consigues. *El cielo es para todos* cuenta con muchos ejemplos como el suyo y tiene como

objetivo cambiar la vida de los «es que» y de los «y si». Esos que nunca caminarían descalzos sobre brasas, ni renunciarían a un sueldo mediocre en una vida mediocre por miedo a perderlo todo. Ellos también pueden alcanzar la gloria, y yo quiero ayudarles. O más bien quería, porque en estos momentos me siento como uno de ellos. «Y si» llamo a mi hija y les pillo en plena acción. «Es que» oírla jadeante y entonando un «mamá, ¿qué tal?, ¿ya vuelves a ser Daniela Santos o podemos seguir copulando hasta que lo consigas?» podría matarme. Mejor esperar a que llame ella. De momento, voy a seguir mi método, testado por millones de lectores en todo el mundo. Seguiré viviendo como si nada hubiese pasado, como si mi vida fuera perfecta, como ayer. Mi hija está en casa feliz y mi novio me espera detrás de la puerta para abrazarme. Y aunque no es exactamente así, sino más bien todo lo contrario, voy a intentar visualizarlo. Nadie dijo que fuera fácil.

Llegué a casa de Paloma exhausta. Llevaba todo el día caminando por Madrid. Era incapaz de coger un taxi, y mucho menos el metro. Todavía llevaba parte de aquel disfraz de Capitán Garfio y mi vida parecía correr la misma suerte que la suya. Si a él lo devoró el mismo cocodrilo que tiempo atrás se zampara su mano, a mí me acababa de abandonar la hija de aquel que me abandonó hacía diez años. Debía quitarme ese maldito traje cuanto antes. ¿Cómo era posible que todavía fuese de día? ¿Acaso ese 3 de septiembre no pensaba acabarse nunca? Sabía que Paloma estaría en casa, porque era la víspera del programa. Noche sagrada en la que a nadie que la conociera se le ocurría molestarla. Excepto a mí, claro. Mi intención no era inundarle su precioso salón de diseño de lágrimas, sino cambiar de aires, escuchar sus cotilleos de la tele, echarme unas risas y caer rendida en alguna de sus siete habitaciones deshabitadas. Llevaba día y medio sin pegar ojo y me daba miedo irme sola a casa. En lo único que pensaba era en quemar todas las fotografías de mi relación con Carlos. No quería provocar un incendio, así que pensé que lo más sensato era dormir un poco en casa de mi amiga. A la mañana siguiente, bien descansada, podría llevar a cabo mi hazaña sin riesgos para la comunidad. Paloma me abrió sin inmutarse, como si todas las noches apareciera allí vestida de pirata y con la cara desencajada. Me dio dos besos, me indicó que pasara al salón y me preguntó si había cenado.

—Tengo en el horno unos pimientos riquísimos.

¡Qué tía! ¡Siempre igual! ¿Acaso no se da cuenta de que alimentarse solo de pimientos es de piradas? No, ella siempre cena pimientos asados, medio kilo, eso sí, pero solo eso.

—¿No vas a preguntarme por qué voy vestida así?

—Estela, me paso la semana dándole vueltas al coco en busca de preguntas, ¿crees que me quedan ganas de seguir preguntando? Si hay algo que contar, adelante; si no, prefiero pensar que se te ha ido la olla o que ahora es tendencia vestir de

bucanero trasnochado.

La entendía perfectamente. Llevaba nueve años con un programa en antena que seguían más de tres millones de espectadores. Contaba con legiones de fans adictos a la manera que tenía de destripar a sus invitados. A Las diez de Paloma acudía el protagonista de la semana, aquel que ocupaba más espacio en los diarios y revistas o más horas de televisión. Un sistema informático determinaba quiénes eran los cinco personajes más populares de la semana. Si no conseguían al primero de la lista, llamaban al segundo o al tercero, lo que casi nunca ocurría, ya que rechazar su invitación era visto por la audiencia como un desplante nacional. Presidentes del gobierno acusados de corruptos, oportunistas embarazadas de famosos, niños prodigio, investigadores que habían dado con la fórmula mágica, directores de bancos declarados en quiebra, médicos que conseguían milagros, supervivientes que te encogían el alma... El entrevistado se enfrentaba en directo a su implacable lista de diez preguntas, que solo ella, el director del programa y el presidente de la cadena conocían. El descuartizamiento público tenía lugar en un plató a oscuras con dos puntos de luz, uno sobre Paloma, de pie, y otro sobre el personaje, sentado en una silla que emulaba una silla eléctrica.

—Está bien, no hay nada que contar. ¿Tienes algo de mi talla?

—Claro, guardo cosas de antes de estar delgada. Todo recién lavado y planchado.

—¿Y eso? ¿Lavas ropa que ya no te pones?

—Sí, me gusta tenerla colgada. Así, cada vez que me dan ganas de comerme un jabalí con patatas, me pongo alguna prenda de antaño. Solo de imaginarme de nuevo con caderas y barriga cervecera se me van las ganas y vuelvo feliz a mis pimientos asados.

—Oye, no te pases, que solo tengo una talla más que tú.

—Dos. —Me corrigió con sorna.

—Una.

—Vale, una, pero parecen dos.

—Pues mejor para mí, tú aparentas estar necesitada de un buen costillar.

—Sí, eso decís todas las incapaces de seguir un régimen más de dos semanas.

—Oye, ¿por qué estás tan flaca? ¿Tanto engorda la tele?

—Qué va, la tele solo engorda a los gordos. Me gusta entrar en las tiendas de las adolescentes y salir cargada de ropa de su talla. Me hace sentir poderosa.

—Curioso... Bueno sácame el traje de buzo y, de paso, ponte algo decente. Te invito a cenar.

—Es que...

—Sí, ya sé que tienes en el horno unos pimientos riquísimos.

—No, ya sabes que mañana tengo programa.

—Sí, y yo mañana podría estar muerta.

—Ya veo... ¿Y los pimientos?

—Que se los coma tu perro a ver si adelgaza.

Paloma tenía un bulldog francés. Se lo compró el mismo día que Roberto salió de su vida. Un perro gordo y vago que apenas se movía para llegar a su comedero. Ella nunca nos lo dijo, pero las tres sabíamos que ese chucho cumplía la doble función de compañero de cama y bebé. No es que se acostara con él, ni que le diera la teta, pero gracias a su compañía mantenía dormido su gran sueño de ser madre y formar una familia convencional.

Paloma obedeció mis órdenes y se fue a ver qué encontraba de mi talla. Aproveché y saqué mi móvil del bolsillo. Lo tenía silenciado desde mi consulta con Lucía. Muchas llamadas perdidas, wasaps y e-mails de gente que no eran ellos. Supongo que estaban demasiado atareados poniendo a punto su nidito de amor. Berta y Cass decían en el chat que mañana irían puntuales a nuestra cita con Cintia. Estuve tentada de invitarlas también a cenar para ahogar mis penas en *champagne* rosado y confesarles que mi novio era un perturbado que se estaba tirando a mi hija. Mientras buscaba sus contactos en el móvil, la vista empezó a fallarme, luego los dedos y, finalmente, las piernas... Debí de caer a plomo en el sillón orejero de mi amiga. Al salir con el modelito en la mano me encontró profundamente dormida y me llevó a una de sus múltiples camas ávidas de calor humano. Allí descansé por fin después de tantas horas de vigilia y ansiedad.

A la mañana siguiente, Paloma me despertó fuera de sí.

—¡¡¡Estela, Estela, date prisa!!! Solo quedan diez minutos para la Ball Session y Cintia dice que la que falte se queda fuera del concurso —dijo a cámara rápida.

—¿Cómooo? ¿De qué concurso me hablas? —pregunté confundida.

—¿Es que no lo recuerdas? Tenemos que conseguir al menos mil puntos para poder presentarnos al concurso Complete Fitness y en esta sesión podemos ganar trescientos de golpe. Es una prueba fundamental —me explicó mi amiga atacada.

—Lo único fundamental para mí es dormir. Pasadlo bien —le dije mientras me daba media vuelta.

—No nos puedes fallar. Vamos Esteli, llevamos todo el año preparándonos. O todas o ninguna.

—Pues ninguna. Lo siento, ya os recompensaré con un viaje a las islas griegas con un marinero cachas. Hala, ahora déjame dormir —insistí.

Paloma me arrastró por los pies, me metió en la ducha y me embutió en uno de sus modelitos deportivos de abuelita adolescente. Unas mallas XXS color rosa chicle que remarcaban mi entrepierna de manera obscena, y una camiseta a conjunto que me chafaba tanto las tetas que, si miraba hacia abajo, me las tocaba con la barbilla. El espectáculo era dantesco, pero no había tiempo de seguir probando. Estaba medio zombi. La imagen de mi hija y mi novio haciendo la postura del rollito primavera me

taladraba la cabeza. Sabía que debía quitarme aquello de la mente. Si todavía no se habían liado, yo misma acabaría provocándolo, igual que Carlos provocó su quiebra. «Lo que tú creas, así será». Una frase tan odiosa como cierta y que ha sido mi lema durante los diez años que llevo entregada a la maldita autoayuda. Hasta la llevo tatuada, literalmente, en mi hombro derecho. Me lo hice cuando me dijeron que mi primer libro iba a traspasar fronteras. «Una jinetera sin futuro conquista el mundo»: este era el único titular válido, aunque nadie lo habría publicado. Nadie debía saber jamás mi procedencia o me machacarían. Entonces dirían que todo lo he conseguido chupando pollas. Y no se venden millones de ejemplares por mucho que hayas succionado en tu vida, pero eso solo lo sé yo y así tiene que seguir siendo. Paloma tiraba de mí para que arrancara a andar. De pronto, cambié el chip. Quizás ir a esa absurda sesión de pelota me ayudara a pensar en otra cosa que no fuera el pene de mi ex penetrando la vagina de mi hija de veinte años. «Además —pensé—, hace demasiado tiempo que estas mujeres me tienen como su talismán de la buena suerte. Porque soy rica, feliz, sana, tengo un hombre guapo que me idolatra, una hija buena y lista, y un don con el que ayudo a la gente a conseguir sus sueños. No puedo defraudarlas, ni deben sospechar que estoy más hundida que un topo en pleno invierno. A ver, Estela, recuerda algo de tus tres libros que te ayude a sobrellevar esto... “Si encuentras una piedra en el camino, esquivala; solo caen los que tropiezan con ella”, de *El camino eres tú*». Vale, yo me había topado con el monte Sinaí de pleno. No importaba, lo esquivaría.

—Ya estoy lista, Paloma. Te lo juro, voy a darlo todo —dije al fin a mi amiga para reconfortarla.

Llegamos con quince minutos de retraso y Cintia nos recibió con la misma cara que me ponía mi madre cuando llegaba a las siete de la mañana a casa tambaleándome por el pasillo. Por nuestra culpa, ya no nos darían los trescientos puntos, como mucho la mitad. Berta y Cassandra también parecían muy enfadadas.

—Chicas, después de esto va a ser casi imposible que entremos en el concurso, y mucho menos que lo ganemos —dejó caer Cintia.

—Y vosotras lo sabíais... Qué poco compañerismo —añadió Berta.

—Con lo que hemos luchado por esto, es un drama —remató Cass.

Estas no saben lo que es un auténtico drama, pensé, pero me callé y tragué. Estaban piradas, sí, pero eran lo único que me quedaba. Eso o volver con la cabeza gacha al diván de Lucía y enfrentarme con mi pasado.

—Es culpa mía, no sabéis cómo lo siento. ¿Me podréis perdonar? —supliqué arrepentida.

Cintia me agarró fuerte de la mano, me miró a los ojos y me soltó.

—No hay nada que perdonar, ahora mismo vamos a entrar ahí dentro para

demostrar de lo que somos capaces. Venga, no perdamos más tiempo.

La Ball Session era tan dura como nos había contado Cintia. Unos diez o quince grupos de cuatro chicas apretaban entre sus piernas una pelota mientras el cronómetro avanzaba. Cuando a una de las cuatro se le caía la pelota, las demás seguían. Al final, los puntos se conseguían según el tiempo de la última en soltar la pelota. Nos asignaron una zona, calentamos cinco minutos y comenzamos a apretar. La primera en soltar la pelota fue Berta y, poco después, Paloma. Cintia estaba sorprendida de ver que yo aguantaba tanto como Cass, que era de las cuatro la que más músculo tenía desarrollado en los abductores. La entrenadora no sabía que esta vez no eran mis piernas las que apretaban, sino mi mente. Imaginé que esa pelota era mi hija Daniela y que, si la soltaba, nunca la recuperaría. Y en ese trance reviví momentos únicos. El día en que la traje al mundo con tanto dolor como alegría, nuestros primeros años de felicidad junto a su padre, el momento en que nos abandonó, la piña que formamos desde entonces, las noches en que se refugiaba entre mis sábanas por miedo a que yo también la abandonara... Vi de reojo cómo la pelota de Cassandra caía y eso me dio más fuerza. Era la última que quedaba del equipo y debía conseguir el máximo número de puntos. Pasaba el tiempo, me había quedado agarrotada, nada me haría soltar a mi bebé de ojos grandes y pies diminutos. Empecé a ponerme roja, azul, morada... Tan mal debió de verme el árbitro que pitó para que soltara la pelota de una vez. Había rebasado con creces la mejor marca de la jornada. Fue tal la emoción de aquel árbitro que nos quitó la sanción por llegar tarde y nos otorgó los trescientos puntos. ¡Estábamos dentro del concurso! Y todo gracias a la fuerza de mi entepierna. Al final va a ser verdad que esta zona me ha dado las mayores alegrías de mi vida. Cintia y mis amigas me alzaron por los aires, estaban enloquecidas. Cuando por fin toqué tierra, me dejé caer exhausta en el suelo del pabellón con los brazos en cruz.

—Ahora toca celebrarlo por todo lo alto. Esta noche invito yo —dijo Cintia—. Estoy orgullosa de vuestro trabajo y todavía queda una semana para la siguiente prueba, así que *tonight is the night*.

Cintia era la *personal trainer* más cara que existía en España, pero también la que conseguía mejores y más rápidos resultados. Su método infalible y único era como sus cócteles de su primera etapa londinense, totalmente a medida. Entrenábamos cuatro días a la semana, y cada una tenía su rutina establecida. Los lunes Paloma y yo hacíamos yoga (nuestra ansiedad galopante no era ningún secreto para Cintia), y Cass y Berta, *spinning*. Ellas tenían que empezar la semana con nervio, mientras que nosotras necesitábamos preparar el cuerpo antes de ponerlo a toda máquina. Los martes las cuatro jugábamos a pádel, los miércoles corríamos ocho kilómetros por los alrededores de la casa de Cintia, situada en la urbanización de La Moraleja, y los jueves volvíamos a separarnos. Paloma nadaba en su piscina cubierta, Cass fortalecía

brazos y piernas, Berta hacía pilates y yo practicaba *kick boxing* para descargar toda la negatividad contenida (que era mucha) y poder así seguir practicando lo que Carlos llamaba «optimismo inconsciente». Y los viernes era el día de las cañitas. Cada mes nos cambiaba la rutina, pero siempre sobre las mismas premisas. Podía cambiarnos el yoga por el taichi, o el correr por subir la montaña en bicicleta. Estábamos totalmente enganchadas a su manera de mantenernos jóvenes y activas, y a ninguna nos pesaba soltarle tal cantidad de pasta. Ella lo valía. Esa noche seguro que nos llevaba al sitio más *cool* de Madrid, nos lo habíamos ganado.

TRES

Ya estaba lista para fingir que era feliz, siempre y cuando consiguiera no caerme de las alturas, claro. Hacía siglos que no me ponía tacones, amparada en mi premisa de «no pretendas ser quien no eres o nunca serás tú misma» (otra de mis pajas mentales que ha dado la vuelta al mundo). Nunca he compartido con mi género la costumbre de caminar al borde de la torcedura de tobillo para parecer más alta, esbelta o atractiva... Más follable, vamos. Nunca me ha hecho falta echar mano de florituras para despertar pasiones. Pero esa noche era diferente, debía concentrarme en algo que no fuera asesinar a mi ex a sangre fría. Un paso, dos... (¡ay, que me caigo!)..., tres..., ya casi estoy... ¡Por fin! Me agarré al pomo de la puerta e inmediatamente volvió a retumbar en mi cabeza el último portazo que Carlos dio en mis narices. Entonces aún estaba a tiempo, pero ahora ¿qué podía hacer? Muy sencillo, «queremos que vuelva Daniela Santos». Mi hija y mi ex se habían puesto de acuerdo para hundirme en la miseria. Como si fuera tan fácil volver a ser quien siempre deseaste dejar de ser. ¿Quién diablos era Daniela Santos? Una jovencita con muchos sueños y ni un duro en la cartera que necesitaba a los hombres para financiarse el ascenso a los cielos. «Y ahora que lo tengo todo pretenden que me comporte como si no tuviera nada. “La época de lucha pasó, ahora toca gozar” (de mi recién empezado libro *El cielo es para todos*). Son ellos los que deben despojarse de su pesimismo. Les he dicho mil veces que la única manera de triunfar es sabiéndote ganador antes de comenzar el juego, pero no me han hecho caso. Se han dejado llevar por las señales equivocadas y ahora soy yo la que debe pagar por ello».

«Riiing, riiing...».

El teléfono fijo sonó justo en el instante en que iba a dejar atrás mi casa vacía. El estómago se me transformó en una bola de billar y mi pulso echó a galopar desbocado. Respiré honda y profundamente para poder contestar. Cintia me había enseñado cómo hacerlo si me sobrevenía una crisis de ansiedad. Aquello era mucho peor, era el aviso de una parada cardiorrespiratoria en toda regla. Inspirar por la nariz, retener el aire en el diafragma cinco segundos y soltarlo lentamente por la boca. Respiración de rescate, así la llamaba nuestra entrenadora. Ese era el momento de probar su eficacia. El miedo a que fuera uno de ellos me impidió recrearme en la relajación y contesté con la voz entrecortada.

—Di..., di..., ¿diga?

—...

—¿Quién es?

—...

—Dani, hija, ¿eres tú?

—...

—No sé quién eres, pero no tiene gracia —contesté a la vez que colgaba.

Yo quería que fuera ella..., mi niña..., pero posiblemente fuera Carlos. Al muy cabrón no le bastaba con quitarme lo que más quería y dejarme tirada como una colilla. Por lo visto, quería comprobar si estaba pasando el duelo en casa. Y yo voy y lo cojo, ¡qué rabia! Ainnnnnssss, ¡menuda metedura de pata! No pienso volver a descolgar ese maldito aparato mientras viva. Mejor, voy a desconectarlo de la pared para ni siquiera escucharlo. Desconecté no ese, sino todos los de la casa y me tiré a las calles en busca del aire que me faltaba.

Cuando llegué al restaurante, ya estaban todas sentadas y excitadas. Era una noche importante. Habíamos conseguido pasar a la siguiente fase del Complete Fitness a pesar de mi retraso (o precisamente gracias a él) y, además, habíamos quedado las primeras. Mis tacones habían causado el efecto esperado. Me sentía poderosa, con fuerza para aguantar aquella reunión de mujeres *cover* sin desfallecer. Pensaba que andar por encima de una misma solo te hacía parecer más deseable ante los demás, pero esa noche me sorprendí al comprobar que el rollo funambulista me ponía cachonda. Me sentía capaz de sobrellevar el abandono de mi familia, segura de querer seguir siendo Estela Cruz, con más gracia... y sí, también más follable, por qué no decirlo.

—Ahí llega la mujer de los abductores de hierro, recibámosla como se merece —exclamó Cintia.

Entonces todas se levantaron y me dedicaron un fuerte aplauso que me sonrojó y emocionó.

—Gracias, chicas, pero nunca lo habría conseguido sin vosotras.

Lo cual no era del todo cierto. Imaginarme a mi hija en brazos de Carlos fue lo que encendió el motor oculto que guardaba entre las piernas, pero eso no pensaba contárselo. Sería como rajar un Matisse, un Van Gogh o un Dalí. ¿Por qué estropear la perfección? Nuestra relación estaba bien así, con fisuras, medias verdades y muchos secretos debajo de la almohada.

—Lo importante es que confiaste en ti misma. Eso te llevó a lograrlo —me dijo Cintia.

—Lo sé, de hecho no paro de repetirlo en mis libros —asentí.

—Claro, ¿cómo no vas a saberlo? Parezco tonta.

—«Lo que tú creas, así será» —dije enseñando mi tatuaje.

Y todas reímos como tontas. El buen rollo se instaló en aquel lugar elegido por Cintia. El último grito en Madrid, que parecía inventado para acoger a mujeres como nosotras. Fantásticas por fuera y llenas de taras por dentro. Pocos hombres en la sala,

tampoco hacían falta. A la conquista de la noche. Finalidad: olvidar que más allá de ese salón de grandes ventanales rodeado de sauces llorones la vida con la que soñamos de niñas se nos estaba escapando. Nuestros príncipes ya empezaban a croar como ranas, y nuestra agenda de baile permanecía oculta en algún lugar recóndito. Escuchando nuestro alboroto, nadie habría sospechado nuestras carencias, pero yo conozco a mi género. Una mujer feliz no ríe tanto, ni tan alto. Nosotras usamos la estridencia como medio para no escucharnos. ¡Qué locura! Ahora que tenía el corazón hecho un asco me impactaba mucho más nuestra sesión continua de *happy hour*. Tal vez fuera la única con un marrón en su vida del tamaño de la catedral de Burgos. Mi adoctrinamiento positivista había calado hondo, tal vez demasiado. Logré estar a la altura gracias al efecto del *champagne* rosado, e incluso logré mantener la atención en la disertación que hizo Berta sobre el giro de 180 grados que le había dado la Thermomix a su vida. Una vendedora con grandes dotes de oratoria había conseguido colarse en su casa y allí estaba ella, abducida por un aparato que acabaría relegado al olvido en pocas semanas o incluso días. Pero hacía tanto tiempo que a nuestra amiga no se le iluminaba la cara de esa manera que optamos por aguantarla. Hasta un punto, claro, tampoco íbamos a permitir que nos aguara la fiesta. Había cosas mucho más interesantes de las que hablar, como que nos contara quién diablos era esa cantante famosísima y supersexy que había acudido a ella en busca de ayuda. Esperé educadamente a que acabara de explicar cómo convertir un cochinitillo en longanizas para toda la familia en cinco minutos y estallé hastiada:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

—Estela, ¿qué te pasa? —me preguntó extrañada.

—¿Que qué me pasa? Que llevas hablando de un robot de cocina más de quince minutos sin respirar y no puedo más. Ya sabemos lo que es una Thermomix y, si no la tenemos, como entenderás, no es porque no podamos pagarla, sino porque no nos da la gana. Todas las que estamos en esta mesa tenemos cocineras, ¿para qué querríamos ese aparato? Corta el rollo y dinos qué cantante ha ido a verte esta semana. Nos tienes en ascuas.

—Eso, eso, desde que nos lo dijiste, no he parado de darle vueltas. Tantas que casi no puedo concentrarme en mi personaje de la semana —añadió Paloma.

—A mí me da que debe de ser Shakira, después de parir una mujer envejece, por mucha dieta y baile que le ponga a la cosa —dijo Cass.

—Pero si tú no has parido —le espeté.

—Ya, pero os veo a vosotras y con eso me basta.

—Serás... —le recliné.

—De verdad que flipo con vosotras, solo os importan los chismes.

—Venga, dinos quién es ella.

Pero Berta era extremadamente discreta. En un arranque de emoción nos había dicho que alguien muy muy famoso, una cantante, había acudido a ella para que le ayudara a borrar el paso del tiempo de su rostro. Y ahora reculaba. No quería de ninguna manera desvelarnos su identidad. Confiaba en nosotras, pero su ética profesional estaba por encima de todo. Nosotras, encantadas con la idea de que una mujer cañón se estuviera estropeando, estuvimos jugando al quién es quién un buen rato.

—¿Es rubia o morena? —preguntó Paloma.

—Depende de la portada de su disco —respondió Berta.

—¿Gorda o flaca? —añadí yo.

—En forma.

—Es Shakira, seguro —volvió a insistir Cass.

—No creo que Shakira necesite de momento muchos retoques —apuntó Cintia.

—No seas ingenua, Cintia. La gente, y más si es famosa, acude a las consultas de estética antes de necesitar algo.

—Eso es verdad. Hoy en día ya no se trata tanto de devolver la juventud como de ayudar a que se alargue lo máximo posible —explicó Berta.

—¿Entonces es Shakira?

—Yo no he dicho eso.

—¿Nariz grande u operada? —volvió a la carga Cass.

—Nariz a secas —respondió Berta, que empezaba a cansarse del jueguecito.

—¿Tiene bigote? —pregunté ya de guasa.

En ese momento, trajeron los entrantes y todas nos pusimos a devorar como hienas. Cintia nos controlaba nuestra nevera, nuestra compra y nuestra dieta. Esa noche nos invitaba a un festín calórico como premio por nuestro esfuerzo y había que aprovechar. Comimos, brindamos y conversamos de cotilleos que no nos afectaran personalmente. Cuando quedábamos en *petit comité*, solíamos hacernos confianzas que podrían salirnos caras de ver la luz. En grupo, era distinto. Y además estaba Cintia. Ella era amiga, sí, pero también era nuestra entrenadora personal. Como lo era de otros. Su círculo era muy variado y nosotras debíamos limitar mucho el alcance de nuestras confesiones.

Y con los postres llegó lo mejor. Tema hombres. Que no nos hicieran falta físicamente en aquella mesa no quería decir que pudiéramos prescindir de hablar de ellos y de lo que provocaban en nuestras vidas. Ahora sí que estábamos a gusto, explayándonos sobre temas que nunca defraudan. Cuernos, divorcios, casados salidos en busca de amante, dolores de cabeza, posturas perdidas... Historias que nos hacían retorcernos de la risa. Berta, casada y con dos niños, decía que la gente está muy equivocada. Que la fórmula mágica para conservar un matrimonio no consiste en ser señora en la calle y puta en la cama, sino en ser una señora muy puta.

—¿Y cuál es la diferencia? —le preguntó Cass.

—Parece mentira que seas tú la que me haga esta pregunta.

—Oye, bonita, que yo desfilaré muchas veces semidesnuda, pero eso no quiere decir que sea puta.

—A ver cómo te lo digo para que no te ofendas. Eres puta en sentido figurado.

—¿Cómo?! —preguntó Cass sin dar crédito.

—Pues que eres igual de divertida, liberal, alegre, abierta y dispuesta en casa que fuera. ¿O me equivoco?

—Sí, claro, dicho así ya te voy entendiendo.

—Yo no, la verdad —respondió Cintia flipando con la conversación.

—Yo te lo explico —se arrancó Paloma—. Que nunca debes dejar de lado a esa parte salvaje que hay dentro de ti. Ni en la cama ni fuera de ella. ¿Lo pillas?

—Sí, sí, ahora sí —contestó Cintia.

Yo, cuando surgía el tema puta o similares, me quedaba un poco bloqueada. No quería que nada hiciera suponer cuál era mi pasado. Y por miedo a soltarme demasiado, prefería estar callada. Aunque estaba pasándomelo realmente bien escuchándolas. Y en mitad de todo este puta sí, señora no, el teléfono de Cass empezó a sonar.

—Cass, ¿no piensas contestar? —le dije extrañada.

—No —me cortó seca.

El móvil paró de sonar, para volver a arrancar a los pocos segundos. Parecía suplicar a su dueña que descolgara, pero ella hacía oídos sordos. Cass lo silenció, pero estábamos todas tan atentas que la vibración era todavía más desesperante. «¡Que lo coja de una vez!», pensaba yo. Ante nuestras miradas de extrañeza, finalmente Cass se levantó y salió al jardín de los sauces llorones para hablar con su novio en la intimidad.

Cassandra es nuestra *baby*. Veintiséis añitos y toda una vida por detrás. Dice que somos unas niñas aunque tengamos treinta y muchos. Que en la vida se madura a base de sufrir, y que de eso nosotras no tenemos ni idea. Conmigo se mete mucho. No entiende cómo tengo la osadía de aconsejar a quien no conozco lo que debe o no debe hacer para ser feliz. «No todos podemos reír cada mañana para atraer más risa, ni comportarnos como si la vida fuera una fiesta cuando en realidad es una mierda. Lo increíble es que a ninguno de tus lectores le haya dado por incendiarte la casa. Seguro que viendo las llamas arrasando todo cuanto tienes te sería más difícil troncharte de risa». Estos son algunos de los muchos reproches que me hace por dedicarme a promover la autoayuda. Yo le pregunto si se le ocurre un método mejor para arreglar su vida. Ella me contesta que solo los tontos pueden obviar la realidad y sonreír como si nada. Y así seguimos, a veces durante horas, enzarzadas en una discusión sin salida. Las dos estamos convencidas de por qué nos comportamos de una manera

totalmente diferente a la de la otra. Aun así, pongo mucho énfasis en intentar convencerla, porque me recuerda a mí. Una infancia truncada y un presente brillante como una patena. A los doce años, se escapó de casa harta de los abusos de su padrastro y del pasotismo de su madre. Estuvo un tiempo escondida en casa del hermano mayor de un amigo del colegio, hasta que la convencieron para que acudiera a la policía a denunciar a sus padres. Y así lo hizo, y con su estremecedora historia consiguió que asuntos sociales se hiciera cargo de ella. Desesperada por la huida de su hija, la madre de Cassandra acudió a declarar y contó toda la verdad convencida de que así la recuperaría. Ella también se consideraba una víctima de aquel degenerado. Pero ocurrió lo contrario. La confirmación de que todo era cierto la alejó de su hija para siempre. Cass pasó a una familia de acogida, luego a otra, y a otra. Era una niña conflictiva y rebelde. Al cumplir los dieciocho, consiguió trabajo bailando en una discoteca y se fue a vivir a un piso compartido con otras compañeras. Una noche, mientras bailaba en el podio, alguien se fijó en ella. Un hombre de unos cuarenta y tantos que le propuso participar en un desfile para su propia marca. Ella no lo dudó. Solo por caminar en línea recta ida y vuelta unas cuantas veces le pagarían lo mismo que toda una noche bailando rodeada de babosos. Un chollo. El desfile fue un éxito y aquel empresario empezó a ver crecer su negocio. Fascinado por Cassandra, pensó que ella había sido su talismán. La contrató en exclusiva y la convirtió en su estrella, el broche de oro con el que cerraba todos sus desfiles. Al poco tiempo, abrió una cadena de tiendas que le encumbraron. Las fotos de Cassandra ocupaban diarios, revistas, vallas publicitarias, autobuses y todo tipo de soportes publicitarios. Y lo mejor de todo es que nunca tuvo que tirárselo. Él la quería como un niño de ocho años quiere a un primer amor. Le decía: «Si tú y yo tuviéramos algo, la magia se esfumaría». Ella alucinaba, sabedora de que habría hecho todo cuanto le hubiera pedido para seguir en las pasarelas. Le alucinaba el trabajo y se dio cuenta de que había nacido para ello. No se trataba solo de caminar, era mucho más. Dejar de trabajar con él fue una decisión dura. Le quería como al padre que no tuvo y le debía todo cuanto era. Pero llegaron las ofertas de París, Milán, Nueva York y no tuvo más remedio que emprender el vuelo. Tras cinco años protegida, era el momento de caminar sola. Él la animó a conocer mundo, seguro de que todo lo que le esperaba era bueno, «nadie puede detener el ascenso de un ángel», le decía. Y tenía razón, desde los veintitrés años hasta ahora, cada paso que da es un éxito más en su carrera.

A los cinco minutos, Cass ya estaba de vuelta. Tenía los ojos vidriosos. Sin duda los sauces hicieron honor a su nombre mientras nuestra amiga hablaba con el Fiti, el bailar flamenco del que estaba enamorada y enganchada.

—¿Todo bien, pequeña? —le pregunté.

—Sí, sí, todo perfecto —me mintió.

—¿Seguro? —insistí.

—Pues mira, no, pero supongo que tú prefieres que te diga que sí y sigamos esta fantástica velada como si nada —me contestó.

—Tampoco es eso —le dije algo molesta por su altivez.

—¿Ah, no? Creía que eras tú la que abogaba por plantarle buena cara a los momentos jodidos de la vida y hacer como si nada.

—No es exactamente así, y lo sabes, pero paso de discutir. No pienso pagar yo lo que sea que el capullo del Fiti te acaba de liar.

No pude callármelo, aquel tipo me caía al hígado. Se creía que era el primer gitano que taconeaba en un escenario, y no tenía ni idea. Era bueno, sí, pero demasiado engreído. Una gracia innata también hay que trabajarla.

—Chicas, se pueden hablar las cosas con más cariño... —medió Berta.

—Sí, sí, venga, vamos a brindar, que la noche es joven —exclamó Paloma levantando su copa.

—La noche sí, pero vosotras ya no tanto —añadió Cass.

Eso nos hizo reír. A todas menos a ella. La modelo rompió a llorar. Al principio bajito, intentando reprimirse, luego a raudales, rollo catarata. Le puse mi mano en el hombro y se desmoronó, encogiendo su cuello de cisne para refugiarse en mi pecho como una niña.

—No hace falta que nos cuentes nada si no quieres —le dije.

—Estela, lo siento —se disculpó.

—¿Y por qué vas a sentirlo?

—Por dudar siempre de tu método. Como ves, el mío no funciona mucho mejor.

—Tonterías, a ti te va de lujo. Esto es solo una pelea de enamorados.

—No, no es solo eso...

Cintia, Berta y Paloma asistían atónitas a la escena. Cass estaba a punto de cruzar la línea. Ninguna de nosotras lo había hecho nunca. Y mis ojos color avellana habían sido los elegidos. Mi amiga los miraba fijamente, como quien busca puerto para amarrar su bote tras un fuerte temporal.

—Cuando se trata de hombres nunca es solo eso, por desgracia —argumentó Paloma buceando en sus recuerdos.

—Deberíamos pasar de ellos y juntarnos entre nosotras, el mundo está mal hecho —opinó Cintia.

—Son egoístas, egocéntricos y tienen un humor de perros. Yo no sé ni por qué aguanto al mío —añadió Berta.

—Ojalá mis problemas fueran esos —dijo Cass en estado hipnótico.

—¿Tan grave es? —le preguntó Paloma.

—No os podéis hacer una idea... —respondió ella.

Cass seguía mirándome fijamente, como si las demás no importaran, como si solo

quisiera contármelo a mí. Me daba la impresión de que nuestra pequeña listilla adivinaba en mis ojos que yo también guardaba un gran secreto. Su mirada felina me paralizó entera, era incapaz de articular palabra.

—¿Te ha puesto los cuernos? —sugirió Paloma.

—Es algo mucho peor.

—No hay nada peor —dijo Berta.

—Sí, sí lo hay, al Fiti le gustan los hombres —dijo al fin Cassandra.

El tiempo se paró de pronto. Habíamos pasado de cero a cien en cero coma. No estábamos preparadas para esto. ¿Cómo encajar algo así en un contexto de mujeres que tenían todo cuanto deseaban con solo chasquear los dedos? ¿Qué decir? ¿Cómo consolarla? Se suponía que éramos fabulosas, que nuestra vida era fácil y divertida. Pero esto no tenía nada de divertido. Alguien tenía que romper el glaciar que se había formado entre nosotras. Ella seguía con su mirada clavada en la mía, así que las demás también se callaron esperando mis palabras. Ojalá fuera a Carlos al que le gustaran los hombres, en lugar de estar acostándose con mi pequeña Daniela, pensé. No podía decir eso, estaba claro. Los segundos pasaban... Ninguno de los miles de consejos de mis tres libros me parecía apropiado para aquello. Por primera vez en mi vida me quedé sin palabras, sin argumentos. Así que lo único que se me ocurrió fue negar la evidencia para ganar tiempo.

—Eso no puede ser, tú nos has contado lo bien que lo pasáis en la cama... —respondí torpemente.

—Sí, bueno, en realidad lo que él me ha dicho es que es bisexual, que se enamora de las personas, no de su sexo, y que ahora se ha enamorado de mí —nos explicó.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —dije.

—Estela, no empecemos, ¿eh? No me salgas aquí con tu rollo «veamos siempre el lado bueno de las cosas» —contestó Cass imitando mi voz de osito feliz.

—Lo que tú digas —respondí sin fuerzas para la batalla.

—Está claro cuál es el problema. Hoy me quiere a mí y mañana puede querer acostarse con cualquiera, hombre o mujer.

—Demasiada competencia, te entiendo —dijo Berta con cara de flipada.

—¿Y te lo acaba de decir por teléfono? Pues demasiado entera te veo. Yo estaría por los suelos —añadió Paloma.

—No, qué va, lo sé hace tiempo. He intentado dejarle, pero me persigue. La de hoy es una de tantas llamadas que me hace suplicándome que no le deje.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Cintia.

—Le sigo queriendo, eso seguro...

—¿Entonces? —pregunté yo arriesgándome a un nuevo cabreo de mi amiga. Realmente, no veía la razón para no estar con él. Que te roben a tu hija sí es una razón de peso, pero ¿esto?, ¿hoy en día? Que me expliquen dónde está el drama,

porque no lo pillo.

—Porque ya no le deseo —sentenció Cass.

—¿En serio? Qué raro —apuntó Berta.

—Desde que lo sé, solo puedo imaginármelo con otros hombres, penetrándoles por detrás, acariciándoles el pecho, entrelazando sus lenguas... y se me revuelve todo. Incluso me rayo pensando que solo le gustan los hombres y que para lo único que me quiere es para acallar los rumores, para que no le descubran.

—Y tú ¿cómo te enteraste? ¿Te lo contó él?

—Qué va... Le pillé unas fotos en el ordenador de casa revolcándose con un brasileño en las playas de Ipanema. No pudo negar la evidencia.

»Me confesó llorando que había estado con algunos hombres, que por favor le guardara el secreto, que su carrera dependía de ello... Yo, en el momento, le abracé, le dije que podía confiar en mí y que seguiría a su lado. Me fui a mi casa en estado de *shock*, reposé la noticia bomba y algo se cerró para siempre.

—¡Tu almeja! —se me escapó. Y al contrario de lo que creía, mi amiga no levantó la mano para asestarme una bofetada, sino que se rio conmigo. Y todas reímos.

—¡Eso mismo! Ja, ja, ja, yo no lo habría podido decir más claro, ja, ja, ja. Y ahora bebamos algo, chicas. Se suponía que estábamos de celebración. *No more tears tonight, please!*

—¿Estás segura? Tú eres nuestra amiga y, si estás mal, ya saldremos otro día —dijo Berta la sensata.

—Otro día podría estar muerta, querida. Ni hablar. Necesitaba esta noche como el comer y no entraba en mis planes esta confesión a lo *Topacio*. Os invito a una ronda de tequilas.

—¡De acuerdo! Estamos juntas en esto. Si te quieres emborrachar hasta perder el sentido, lo haremos contigo.

Todas necesitábamos ese tequila para que nuestras caras desencajadas volvieran a su sitio. Cassandra era, de las cinco, la más auténtica, la que menos parte de ella dejaba aparcada en casa. Nos había contado cómo fue su infancia, sus trabajos en la noche, sus principios en la moda... (nada que no hubiera salido en prensa, por otro lado), pero aquello era demasiado. Un rayo había atravesado aquellos sauces llorones que nos rodeaban para acabar aterrizando ante nosotras. Su luz despojó nuestras caras de tanto maquillaje como llevábamos y, por un rato, fuimos un grupo de mujeres vulnerables y reales, sin fama ni dinero, sin joyas ni marcas. Lo que no supimos entonces era que esa luz venía para quedarse.

El alcohol nos ayudó a recuperar el tono anterior al cataclismo y salimos de aquel restaurante como entramos, como cinco mujeres de éxito a las que la vida les sonrío con una gran carcajada. Cass no volvió a tocar el tema de la bisexualidad del Fiti, y

nosotras nos comportamos como si su confesión jamás hubiese ocurrido. Decidimos que ya era hora de bailar y acudimos a una discoteca del centro. Un antro oscuro y feo donde la gente va tan colocada que ya puedes ser Demi Moore que se la sopla. Con conseguir llegar al baño sin caerse tienen bastante. Cuando queríamos desmelenarnos sin ser fotografiadas, teníamos que ir a sitios así. En otros lugares, más normalitos, puedes pasarte la noche firmando autógrafos, haciéndote fotos y soportando el etílico aliento de jóvenes ávidos de colgarse la medalla de que han hablado con un famoso. Lo mismo les da que seas tú o cualquier otro.

Nos sentamos en una esquina con sofás en media luna. Solo de imaginarme cómo se vería la tapicería si dieran las luces, me entraban arcadas. Todas bailábamos menos Cass, a la que no parecía importarle la intrahistoria de ese terciopelo mugriento. Escogió un chaval, yo diría que al azar, y comenzó a restregarse con él cual culebra mientras le metía la lengua hasta el esófago. Hicimos como si nos pareciese normal, como si no supiéramos que seguía siendo la novia del bailar de flamenco del momento, que llenaba teatros, ocupaba todas las portadas y tenía locas a la mitad de las mujeres del país. Y en esos momentos sentí envidia de mi amiga. Ojalá yo pudiera estirar el brazo, agarrar a uno de tantos y dejar que sus labios me hicieran olvidar los de Carlos. Al principio, él y yo también solíamos enrollarnos así, a lo bruto, sin importarnos el mundo. Empecé a encontrarme mal, necesitaba vomitar. Me dirigí apresuradamente al baño. Como siempre, cola en el de las chicas y ni un alma en el de tíos. Me metí en el de hombres y me topé de cara con uno haciendo pis. Se giró y me enseñó el pito con cara de salido. Una nueva arcada, esta vez irrefrenable, me arrancó el vómito, que salió disparado. El picha brava se apartó para que no le manchara y me puso cara de asco. Me quedé sola, aquello no paraba. Empujé con fuerza una de las puertas de los retretes para descargar mi torrente. Y allí estaba él, inclinado sobre la taza y a punto de meterse por la nariz lo que parecía una raya de coca. A su lado, un chico joven y guapo que con toda probabilidad era gay. Primero, porque era demasiado guapo para ser hetero, y segundo, porque estábamos en un local de ambiente. El Fiti me miró y se quedó petrificado.

—Estela, ¿qué haces aquí?

—Eh..., nada... Es que me encuentro fatal y quería vomitar. Adiós —dije, tapándome la boca para no soltar otro chorro teledirigido.

Les dejé, me metí en la puerta contigua y acabé de echar al demonio que llevaba dentro. ¡Qué asco! Al salir me enjuagué la boca con agua y jabón de manos. El Fiti y su Adonis salieron del baño. El novio de mi amiga me agarró del brazo y acercó su boca a mi oído para que solo yo pudiera oírle.

—Por favor, no le digas a Cass que me has visto.

Asentí con la cabeza sin tener muy claro en ese momento si lo haría o no. Solo pensaba en salir corriendo y llevármela de allí. Si el Fiti la pillaba con ese chaval, se

podía armar.

De camino al rincón donde estábamos situadas, me topé con alguien que conocía. Un escritor muy famoso. ¡Qué suerte la mía! Al parecer, no éramos las únicas que queríamos pasar inadvertidas.

—Estela, ¡qué sorpresa!

—Sí, es verdad, también para mí. Disculpa, tengo prisa —le contesté apresuradamente.

—¿Prisa? Tranquila, Cenicienta, ya son más de las doce —me dijo agarrándome de la cintura.

¿Sería posible que ese tío que tanto se metía con mis libros me estuviera echando los trastos? No daba crédito. Intenté deshacerme de él, lo notó y, como para acabar de joderme la vida, me dijo:

—Disculpa, es que ayer vi a tu Carlos muy bien acompañado y pensaba que ya no estabais juntos.

—¿Cómo? ¿Que qué? ¿Lo viste? ¿Con quién? —pregunté sin poder disimular mi ansia por saber todos los detalles.

La revelación de mi colega me hizo olvidarme del Fiti y de mi amiga convertida en lagarta despechada. No pensaba dejar escapar aquella oportunidad de saber algo más.

—¿No tenías prisa? —preguntó con sorna.

—Ya no. Cuenta.

—Estaba cenando en el Marvin con una chica.

—¿Una chica? ¿Qué chica?

—No sé quién sería, pero bastante joven. Ella estaba de espaldas. Era rubia, con el pelo muy largo. ¿He metido la pata? No parecían estar escondiéndose.

—No, no, para nada. ¿Y solo cenaban o algo más?

—Hombre, si besarse en la boca puede considerarse algo más, sí lo había, sí.

Se me cayó el mundo a los pies. Todos mis miedos se confirmaban. Daniela y Carlos estaban liados. Y aquel capullo, que rechazaba públicamente mis libros, pero que me quería llevar al huerto, fue el encargado de darme la estocada mortal. Seguro que disfrutó viendo cómo mis ojos se quedaban sin vida. Aun así, siguió con el juegucito del toqueteo.

—¡Suéltame! —le espeté.

—No seas rancia. Podrías aliviar tus penas en el salón de mi casa. Te invito a la última copa.

—Ni de coña. Y que lo sepas, yo tampoco soporto...

En mitad de la frase, vi cómo un chaval aterrizaba en la pista de baile. El joven provenía exactamente del rincón donde estaba Cass. «¡Mierda, me olvidé de mi amiga!», pensé. Aparté de un empujón a mi colega el baboso y corrí a comprobar qué

estaba pasando. Dos guardas de seguridad del local agarraban al Fiti por los brazos. Debían impedir que volviera a arremeter contra el chico que se estaba enrollando con su novia. Había sucedido lo que precisamente yo debía haber evitado. El bailar pilló a mi amiga y hizo lo que hace un gilipollas, liarse a hostias. Yo, mucho más impactada por lo que acababa de decirme el escritor que por aquella pelea, frené en seco tan solo unos metros antes de llegar adonde estaban mis amigas. El local seguía oscuro, pero mi mente lo tuvo claro. Ya no pintaba nada allí. Que se apañaran ellos solitos. Tenía algo mucho más importante de lo que ocuparme y que no podía esperar. Quería recuperar a mi hija. A Carlos ya no. Él había dejado de importarme. Un hombre que es capaz de traicionarte con lo que más quieres no merece nada. Pero Daniela lo merecía todo de mí. Le abriría los ojos, le haría ver que, si ese hombre había sido capaz de engañarme con ella, el día de mañana podría hacerle lo mismo con otra. Pero para que mi hija volviera a confiar en mí debía hacer lo que me había pedido, «que vuelva Daniela Santos». Yo sabía lo que significaba aquello. Debía dejar de creer que todo se puede conseguir con una sonrisa y bajar de la nube de optimismo y felicidad en la que vivía cómodamente instalada. A mí me gustaba ser Estela, la afamada escritora que lo tiene todo. Pero sin ella, sin mi única hija, Estela no era nada, no tenía nada. Sentí el impulso de llamar a Lucía. Ahora sí quería sentarme en su diván para volver a Cuba, para recuperar la parte de mí que dejé en aquella isla. Eran las tres de la mañana, lástima. ¿Qué podía hacer? No podía esperar. Si dormía, corría el riesgo de dejarme el valor en la almohada. No lo haría. Por primera vez pensé que podían tener razón, que debía recuperar mi esencia. ¿Y cómo hacerlo sin ayuda de mi terapeuta? Pensé en algo por lo que empezar, hasta que saliera el sol y pudiera plantarme en su consulta. «¡Ya está! Recurriré a la mejor de las terapias. ¡Escribiré!». En el trayecto, sentada en el taxi, miles de ideas se fueron agolpando en mi mente. Debía plasmarlas cuanto antes, no dejarlas escapar. Ya en la calle, con los tacones en la mano, anduve hasta la puerta de mi casa, abrí el gran portalón y, de dos en dos, fui subiendo los escalones que me separaban de mi meta. Encendí la lámpara de mi mesa ovalada, descorrí las cortinas del mirador, puse en marcha el ordenador y llevé a cabo mi maquiavélico plan urdido en los últimos quince minutos. Doble clic en la carpeta «El cielo es para todos», un nuevo clic en «Seleccionar todo» y otro en «Eliminar». Para que aquello fuera realmente efectivo, no debía quedar nada. Mi mano temblorosa buscó el icono de la papelera, botón derecho del ratón y «Vaciar papelera permanentemente». Doscientas cuarenta y tres páginas fueron engullidas por la papelera en décimas de segundo. Ahora sí. Misma carpeta, nuevo título: *Desmontando a Estela Cruz*. Mi nuevo libro estaba en marcha.

CUATRO

El hospital estaba vacío y yo corría de un lado a otro buscando la habitación donde estaba mi hija. Nadie a quien preguntar. Me estaba volviendo loca. Cogí el ascensor, que subió a una velocidad de vértigo hasta la planta 22, para luego parar en seco y bajar en picado hasta casi tocar el suelo. Yo, muy quieta y acurrucada esperando a que todo aquel movimiento parase. Por fin las puertas se abren y veo el fuego. Se está extendiendo rápidamente por toda la planta de maternidad. Médicos, enfermeras, pacientes..., todos han sido desalojados. Mi intuición me dice que mi hija y su bebé siguen allí. Oigo un llanto, seguro que es mi nieta, tengo que salvarla. Entro en cada una de las habitaciones... Nada. Las sábanas de las cunas están revueltas, los bebés ya no están en ellas. El llanto es cada vez más fuerte. Solo me queda una habitación por revisar, pero está rodeada por las llamas. Desde su interior, alguien pide socorro, ¡es mi hija Daniela! Entro arriesgando mi vida y la veo de pie, con el camisón en llamas y sosteniendo a mi nieta recién nacida en brazos. Corro hacia ellas, tengo que sacarlas de ahí como sea. Hace mucho calor. Estiro mis brazos para coger a la bebé, la acerco a mi cara para besarla, y su beso me quema. La niña se convierte en fuego en mis brazos, mi hija grita desesperada al verlo y hasta yo misma empiezo a arder... ¡Nooo! ¡Nooo! Me zarandeo con fuerza para deshacerme de las llamas pero no lo consigo... ¡Me abrasooo! ¡Ooohhh! Y en ese preciso instante me desperté. El sol cegador del amanecer no me dejaba abrir los ojos. Me incorporé. Estaba totalmente empapada en sudor. Respiré aliviada. No había ningún incendio, mi hija y mi nieta no corrían peligro. Me había quedado dormida la noche anterior encima de los apuntes sobre mi nuevo libro. Apenas recordaba qué había escrito. Encendí el ordenador. Nada menos que veinte páginas. ¡Qué barbaridad! En mis noches de mayor inspiración lograba escribir unas cinco o seis. ¿Pero veinte? Me parecía imposible. Comencé a leer, y, antes de acabar la primera página, paré y respiré hondo. Si aquello veía la luz, toda mi credibilidad quedaría en entredicho y el cabreo de mis lectores podría mandarme al exilio. Tendría que empezar desde cero..., justo lo que Carlos y Dani querían que hiciera. No me quitaba la pesadilla de la cabeza. ¿Significaría algo? ¿Algún mensaje del más allá que me alertaba de un peligro inminente? No quería ver arder lo que más quería, pero... ¿cómo evitarlo? Escuché la puerta de casa. Era Elvira, mi asistente. ¡Genial! Ella podría ayudarme. Bajé las escaleras a toda prisa y no pude disimular mi alegría al verla.

—¡Elvira! ¡Elvira! —exclamé mientras la abrazaba.

—¿Qué pasa, señora Estela? ¿Se encuentra bien? —me preguntó extrañada.

—Ahora que te veo, sí —le dije sin disimular mi alegría.

—¿Qué hace vestida de noche a las nueve de la mañana? ¿Me he perdido algo?

—¿Algo...? Te lo has perdido todo.

—No me asuste, ¿a qué se refiere? —preguntó desconcertada.

—Carlos y Daniela me han abandonado. Ya no viven aquí.

—¿Cómo? No lo entiendo, si hace tres días todo iba bien.

—Al parecer, tú y yo éramos las únicas que creíamos que todo iba bien.

Lo primero que le encargué a Elvira fue que localizara al chico que había dejado embarazada a mi hija, Pablo se llamaba. Tenía que hablar con él urgentemente. ¿Cómo se había atrevido a largarse? ¡Cabrón! Ese niño era un auténtico cabronazo. ¿Acaso sus padres no le habían enseñado nada? No robarás, no matarás, no desearás a la mujer del prójimo... y no dejarás abandonada a una mujer con un bombo a cuestas. Hijo único, con imán entre las mujeres, de los primeros de la clase, egocéntrico y... cabronazo. El chaval había creído que salir corriendo le libraría de toda responsabilidad, pero no había contado con su no suegra. El abandono de mi hija me tenía en pie de guerra. Me sentía como un dragón. Poderosa, con capacidad de plantar cara al mayor de los rivales, y con un arma oculta que utilizaría justo en el momento en que mi presa estuviera a tiro. Elvira me aseguró que aquella misma mañana tendría su teléfono. Luego me hizo un repaso de la agenda de la semana. Dos entrevistas en radio, una colaboración en un coloquio en televisión, la asistencia a una cena benéfica, un estreno de una película dirigida por un gran amigo, un viaje a Bilbao para entregar un premio... Esa era la agenda de Estela Cruz, pero yo ya no era esa.

—Elvira, no voy a poder asistir a ninguno de mis compromisos. Anúlalo todo.

—Pero, señora Estela, ¿cómo voy a hacer eso, qué excusa puedo dar?

—Si te diera yo la excusa, no te necesitaría.

—Entendido.

—Me alegro. Ponte con eso y con lo del caradura. ¡Ah! Y localízame también la nueva dirección de mi hija y Carlos.

—¿Querrá decir direcciones?

—No, es solo una, viven juntos.

—¿Cómo?

—Como lo oyes.

—Oh, no, ¿y cómo está usted?

—Jodida.

—Entendido.

—¿Me ayudarás?

—Por supuesto.

—Ah, y otra cosa. Llama a Lucía y dile que necesito verla esta misma mañana.

—Enseguida.

Me metí en la ducha y dibujé mentalmente mi plan de ataque. Tenía varios frentes abiertos. Encontrar al fornicador sin miedo y leerle la cartilla, saber qué tipo de relación unía a Daniela con mi ex, continuar con mi nueva obra y arriesgarme a perderlo todo, o destruirla y seguir siendo modelo de salvación para las almas en pena... Y también quería enfrentarme cuanto antes a mi pasado para encontrar respuestas. Me visualicé de nuevo como si fuera un dragón. Estaba preparada para atrapar al caballero andante en cuanto atravesara el puente levadizo. El ruido de los nudillos de Elvira en la puerta del baño me devolvió a la realidad. Lucía me esperaba a la una, Cass que la llamara urgentemente. Me extrañó que no me llamara al móvil. Lo miré y tenía siete llamadas perdidas, cinco tuyas, y decenas de wasaps, muchos tuyos. Quería verme, necesitaba mi ayuda. Le contesté que viniera a casa sobre las diez para cenar juntas. Y salí pitando camino de la consulta de Lucía.

Sentada en la sala de espera mientras le daba vueltas a la regresión, se me aceleró el corazón y me dio la puta ansiedad. Le pedí a la secretaria un Lexatin. Me lo puse debajo de la lengua y esperé a que aquello parara. La parálisis de mis músculos, el sudor de mis manos, el miedo a la vida..., lo de siempre. Pasó casi una hora hasta que me llamaron a consulta.

—Me alegro de verte, Estela. ¿Has tomado algo? —me preguntó sabiendo la respuesta. Lucía conocía bien mis ojitos dopados.

—Sí..., me dio un poco de ansiedad mientras esperaba. Hace veintitrés años que dejé atrás Cuba. No sé si quiero volver.

—Tranquila, hoy será solo una primera toma de contacto.

—No sé si estoy preparada.

—Nunca se está preparado para enfrentarse al origen de nuestros problemas, pero a veces es el único camino para solucionarlos.

—¿Tan mal estoy?

—Tu hija y tu novio te han abandonado porque no te reconocen, ¿qué te parece?

—Horrible.

—Voy a inducirte una relajación profunda con el fin de contactar con tu subconsciente. Déjate guiar por mí y todo irá bien.

—De acuerdo.

De tanto que me relajé, llegué a sentir algo parecido al momento previo a dar a luz, cuando dopada por el efecto de la anestesia deseé quedarme para siempre en ese estado. Una vez situada en ese plano de semiinconsciencia, Lucía me condujo hasta mi infancia. Estaba sola en casa, debía de tener unos seis años. Mi hermano había ido a la escuela y mis padres estaban ganándose la vida en la calle. Mi padre como chófer ilegal de turistas, y mi madre como tendera en una tienda de comestibles. Papá conseguía los coches más impresionantes, reliquias que ya no existían en ningún otro

lugar del mundo, y a los turistas les parecía fascinante montar en aquellos modelos de película. Me vi jugando con una típica muñeca de trapo cubana. No era la primera vez que me quedaba sola en casa. Una casa muy pobre, siempre abierta, que daba a un camino de tierra poco transitado. Hacía mucho calor, por lo menos cuarenta grados, y una humedad insoportable. «Para mí que los muertos cubanos no se transforman en polvo, sino en agua», decía mi madre. Yo me lo imaginaba perfectamente, porque había días en los que ya me sentía agua. Una puerta se cerró de golpe. «¿Hermano?», pregunté yo alzando la voz. Nadie me contestó. Empecé a sentir un fuerte temblor en las piernas, tanto que no pude controlar los espasmos. Lucía quiso seguir un poco más.

—Dime, ¿quién entra en la casa?

—No lo sé. Sigo peinando a mi muñeca y, de pronto, unas manos me la arrebatan. Esas manos me tapan la boca para que no chillé...

—¿Y?

—No puedo girarme, no puedo.

Mis piernas ahora se mueven sin control y Lucía decide hacerme volver. No recuerdo nada, pero me noto empapada en sudor. Cuando me cuenta lo que estaba narrando, me resulta imposible decirle quién puede ser la persona que irrumpe en mi juego. Me acuerdo de mi casa, incluso de esa muñeca de la que me habla Lucía. Pero nada de una intromisión sorpresa en un día de mucho calor.

—No me encuentro bien, Lucía.

—Vete y descansa. Nos vemos en una semana. Sé que te va a resultar difícil, pero intenta no comerte la cabeza con esto.

Tuve que quedarme bastante rato tumbada en su diván, hasta que el temblor de mis piernas desapareció por completo. Las dos permanecíamos en silencio. Lucía anotando en su pequeña libreta el resultado de este primer viaje, y yo con el corazón encogido. ¿Quién diablos me había arrebatado la muñeca de las manos? Estaba deseando volver para averiguarlo. ¿Me ayudaría aquel recuerdo a recuperar a mi hija? En principio no parecía tener mucha relación una cosa con la otra. Noté la vibración de mi teléfono en el bolso. El sonido permanecía apagado. Era Elvira.

—Señora Estela, tengo noticias.

—Dispara.

—He localizado a Carlos y Daniela. Ahora mismo estoy en el portal de la casa.

—Voy para allá.

—Hay más.

—¿Qué?

—El chico que está buscando vive con ella.

—¿¿¿¿¿Cómoooo???! Debe de haber un error.

—No creo, es el propietario de la casa.

—...

—¿Señora Estela?

—...

—¿Está bien?

—No.

—¿La espero?

—¿Sabes si hay alguien?

—Según el portero, no.

—Voy para allá.

Mis neuronas pisaron el acelerador, todo me daba vueltas. Mi hija me había dicho que ese chico, Pablo, no quería saber nada de ella ni del bebé. Era imposible que vivieran juntos. Algo no cuadraba. Bueno, en realidad nada cuadraba. Hasta que no hablara con Dani, mi mente no descansaría. Caminando a velocidad de atleta, llegué al lugar que me había indicado Elvira con el corazón en la mano. El efecto del Lexatin se fue a tomar viento. Allí estaba Elvira, mi fiel asistente, frente al portal de la casa, como una estatua. Para ella era tan importante como para mí recuperar a mi familia. Pese a su apariencia fría, vivía su vida a través de la mía y sufría mis penas incluso más que yo misma.

—Gracias, Elvira, ya me quedo yo.

—Si quiere, puedo acompañarla hasta que llegue alguien.

—Gracias, pero esto debo hacerlo sola. Vete a casa a descansar.

—¿Está segura?

—Sí, sí, mañana nos vemos.

Cuando la vi desaparecer, sentí que me había quedado sola en el mundo. Me senté en un banco cercano, desde donde podía ver sin ser vista. Pasé muchas horas mirando el portal, sin nada en el estómago. Empezó a anochecer. Daniela, Carlos o Pablo, o los tres juntos, aparecerían en cualquier momento. Solo me dejaría ver si la que llegaba era mi hija. Mientras no supiera qué relación tenía con Pablo, no podía hablar con él. Y con Carlos mejor no toparme. Me imaginaba gritándole, insultándole y hasta mordiéndole. Supongo que eso es lo que querían, verme desesperada, indignada, cabreada con el mundo, como ellos. Tenía hambre y sueño. Pasaron dos horas más y se hizo totalmente de noche. Estaba tan concentrada en mi misión que olvidé poner el sonido al móvil y tampoco noté la vibración. Luego me enteré de que Cass me había estado llamando insistentemente. Igual que estaba yo esperando a mi hija, ella me esperaba a mí en casa. Habíamos quedado a las diez y lo había olvidado. Había olvidado hasta que tenía una vida fantástica, unas amigas ricas y famosas, y una rutina de ejercicios diarios con Cintia, la entrenadora de las estrellas. Solo me importaba saber por qué mi hija vivía en casa del tipo que supuestamente la había dejado tirada, si era ella la rubia que se había besado con Carlos en el restaurante, y

cuándo pensaba volver a casa para que la cuidara en su embarazo. Esta había sido una jornada intensa, después de una noche intensa en una semana intensa. Y llevaba un relajante muscular en el cuerpo y una sesión de regresión que me había dejado traspuesta. Me quedé dormida no sé por cuánto tiempo. Y cuando abrí los ojos, la vi, cruzando la calle en dirección al portal, mi niña.

—¡Daniela!

—¡Mamá!

Corrimos la una hacia la otra y nos abrazamos.

—¿Cómo estás, mi niña?

—Yo bien, ¿y tú?

—¿Yo?, pues... —estuve tentada de decirle la verdad, pero no quise ponerla triste

—. Bien, bueno, llevándolo como puedo y escribiendo para encontrar respuestas.

—¿Sigues con tu libro?

—No, lo he eliminado.

—¿Cómo que lo has eliminado?

—Pues eso. Lo eliminé todo tirándolo a la papelera del ordenador.

—No te creo, estabas emocionada.

—También estaba emocionada con vosotros en casa y ahora no os tengo.

—Ya... —afirmó mi hija con pena.

—Dani, ¿hay algo entre tú y Carlos? —Mi cabeza llevaba demasiadas horas con esta pregunta en la cabeza y no la pude retener ni un segundo más.

—¿Por qué dices eso? Me ofendes solo con preguntármelo.

—¿Y por qué os habéis ido a vivir juntos? No se entiende.

—Sabes perfectamente que, para mí, Carlos es como un padre.

—¿Y yo? Yo no soy como una madre, soy tu madre. Y me has abandonado.

—Mamá, no hables así. No es un abandono. Carlos y yo creemos que necesitas estar sola para ver las cosas como realmente son.

—¿Qué es lo que queréis, que me vuelva una pesimista amargada?

—No, mamá, no has entendido nada.

—¿Me lo explicas?

—Se trata de que no des la espalda a los problemas...

—¿Cuándo vas a volver a casa? —le corté.

—Querrás decir «cuándo vamos a volver» —me rectificó.

—A mí solo me importas tú.

—Carlos te quiere mucho, mamá, él también está sufriendo con esto.

—Ya. Oye, cariño, ¿cómo va tu barriguita? ¿De cuánto estás?

—De nueve semanas.

—¿Ya? ¿Y cómo te encuentras?

—Con sueño y ganas de vomitar todo el día, pero por lo demás bien.

—¿Y Pablo?

—¿Qué pasa con Pablo?

—¿Has sabido algo de él?

—No.

¿Por qué me mentía? Me había dicho que no tenía nada con Carlos y la creí, pero también decía que no sabía nada de Pablo, y Elvira había averiguado que vivía en su casa. Me sentí incómoda, con ganas de salir pitando para descubrir lo que estaba ocurriendo realmente. Seguí hablando para que no se notara que sabía algo y, cuando vi la ocasión, me despedí. De camino a casa, me acordé de Cass. Saqué mi teléfono del bolso y vi que me había estado llamando y mandando wasaps. Paloma y Berta también me buscaban. Llamé primero a Cass, pero no me lo cogió. Paloma, sin embargo, respondió casi al primer tono.

—Estela, ¿se puede saber dónde te has metido?

—Estaba con mi hija.

—Vale, pero podías haber contestado al móvil.

—Lo tenía en silencio.

—Pues has elegido el día ideal.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No puedo creer que no hayas visto nada. Resulta que algún capullo hizo fotos anoche de Cass enrollándose con aquel tipo y de la pelea posterior con el Fiti. Esas fotos han visto hoy la luz y todos los medios se han hecho eco. En solo unas horas, el escándalo se ha convertido en cuestión nacional; en fin, ya sabes cómo va esto. Mi jefe me ha pedido que la invite al programa de esta semana.

—¿Quéee? ¿Cass personaje de la semana?

—Como lo oyes. Un marrón de los gordos.

—¿Y qué dice Cass?

—Ese es el problema. Que no dice nada, la hemos estado llamando todas y no nos lo coge. Por lo visto, solo quería verte a ti y tú no estabas.

—¡No me lo puedo creer! Cómo iba yo a saberlo. Me siento fatal. ¡Qué rabia! Tenemos que encontrarla.

—Eso llevamos intentando ya hace unas horas... y nada.

—A las diez estaba en la puerta de mi casa, eso es seguro.

—De eso hace dos horas, Estela.

—Jo, no me asustes. Voy a pensar cinco minutos y ahora te llamo.

—Vale, te espero. Oye...

—¿Qué?

—Ponle el sonido al móvil.

—Ya, ya.

Paré en una cafetería, me senté y pedí una caña. Necesitaba algo de alcohol para asumir lo que acababa de oír. Cass personaje de la semana y, lo que era peor, desaparecida. Desde que había decidido vivir sin doble ración de endorfinas, todo iba de mal en peor. Por un momento, me arrepentí de haber destruido mi último libro. En él decía que todos podíamos conseguir nuestros sueños y tocar el cielo que merecemos. Ahora ese ideal se hallaba navegando entre papeleras virtuales, o tal vez ya no quedara nada en ninguna parte. Y después de estar con mi hija, lo veía todo todavía más negro. Cass seguía sin cogerlo. ¿Por qué? Le mandé varios wasaps suplicándole que me dijera dónde estaba, pero nada. Su estado, el de siempre, «Con paso firme», última conexión a las diez y media. Me bebí la caña de un trago y pedí otra. Tenía que haber alguien que supiera de ella. Probé con el Fiti.

—Hola Fiti, soy Estela.

—Ah, qué bien. Si te llevo a tener grabada, ni te lo cojo.

—¿Por qué? —le pregunté extrañada.

—¿Y todavía lo preguntas? Tú y tus amiguitas os habéis cargado lo nuestro.

—¿Perdona?

—Mira, Estela, no te hagas la tonta. Ayer todas sabíais que Cass se estaba enrollando con otro y no hicisteis nada para impedirlo.

—¿Y tú? ¿Hiciste algo tú? Aparte de mentirle, claro. Porque, que yo recuerde, te pillé de marrón metiéndote una raya con un amiguito y me suplicaste que no le contara nada.

—Eso no tiene nada que ver —dijo excusándose.

—Vale, Fiti, lo que tú digas. Mira, ahora lo que quiero es saber dónde está Cass. No nos coge el teléfono a ninguna.

—Y a mí qué me cuentas, yo no quiero volver a saber nada de esa puta —me soltó con desprecio.

—Eres un gilipollas —espeté mientras le colgaba.

Con el pedazo de tía que era Cass, no entendía cómo podía haberse liado con semejante energúmeno. Me quedé medio atontada mirando fijamente el televisor del bar. No sabía por dónde tirar, a quién llamar. La vida de Cass giraba en torno al Fiti y a nosotras. De pronto, vi algo que me hizo pensar. En la tele alguien subía unas pequeñas escaleras de madera... Y entonces me acordé... ¡La buhardilla de Cass! Una vez me contó que era el único sitio donde se sentía ella. Allí tenía sus recuerdos, algunos de los trajes que le habían regalado los grandes diseñadores para los que había desfilado, las fotos de su madre y su padrastro, las denuncias... Pagué mis cañas y salí pitando. Por el camino, llamé a Berta. No sabía qué podía encontrarme y ella era médico. Cuando llegué, ya me esperaba en el portal. Despeinada, sin maquillar y con cara de haberse sacado veinte litros de sangre. Nos temíamos lo peor.

Llamamos al telefonillo... Nada. Y después uno por uno a los vecinos, hasta que uno nos abrió. Ya en la puerta de su estudio, volvimos a aporrear el timbre... Nada. Llamar a la policía no era una opción. Igual Cass ni siquiera estaba allí, y nuestra llamada podría filtrarse a los medios. Localicé al manitas que siempre se encargaba de abrir la puerta de mi casa cuando me dejaba las llaves dentro. Mejor pagar cien euros que aguantar a Carlos repitiéndome una y otra vez que debía fijarme más en las cosas. Sonreí, ahora era libre, y podía llamar al manitas las veces que hiciera falta sin sentirme culpable. Llegó en quince minutos y tardó cinco en abrirnos la puerta. Nos podíamos fiar de su silencio, era un revientapuertas con muchos trapos sucios que esconder. Berta, que tenía mucho mundo pero poca calle, flipó con mis trapicheos. Entramos despacio. No había luz, pero no hacía mucha falta. La sala donde la modelo organizaba desfiles y sesiones fotográficas estaba iluminada por la luz de las farolas que se colaba por la ventana. Había que buscar las escaleras que llevaban a la buhardilla. Encontré un interruptor y lo presioné. Nada, seguíamos a oscuras. Berta me dijo que deberíamos llamar a la policía, que aquello no pintaba bien.

—Tranquila, si encontramos algo raro, la llamamos. Igual Cass está ahí arriba tan tranquila.

—¿Tú crees?

—Mira, ¡ahí están las escaleras! Subamos.

—No me atrevo. Ve tú.

—Las narices, tú subes conmigo.

Levanté la portezuela de acceso y me asomé. Allí sí que nos hacía falta luz. No se veía nada.

—Vamos —le dije para que me siguiera.

—No se oye nada, estará en algún bar. Vámonos.

—Todavía no, igual ha venido antes y ha dejado alguna pista de su paradero.

—Y las pistas, ¿no las busca la policía?

—Para, no vamos a llamar a nadie.

—Vale, vale, lo que tú digas, Estela Holmes.

Nos adentramos en el pequeño espacio con miedo. Yo disimulándolo como podía, Berta pellizcándome el brazo a cada paso. Efectivamente, alguien parecía haber estado allí. Todo estaba revuelto, recortes de revista esparcidos por el suelo, trajes hechos jirones... Había un quicio de madera sin puerta que llevaba a una habitación completamente a oscuras. Casi podíamos escuchar nuestros latidos en medio de aquel silencio.

—¡¡¡Aaahhh!!! —gritó Berta, cuyo pie había tropezado con algo rígido en el suelo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Enciende la linterna del móvil de una vez, ¿a qué esperas? —dijo Berta fuera

de sí mientras retrocedía.

—Voy, voy —le contesté mientras buscaba torpemente la linterna en el móvil. La usaba cada mañana para llegar hasta el baño y cada noche para llegar a la cama sin tropezarme, pero en ese momento olvidé cómo se accionaba. Estaba de los nervios. ¡Por fin! La encendí e iluminé hacia el suelo. Ahí estaba Cass, dormida, semiconsciente... o muerta. Las dos gritamos y mi teléfono salió disparado de mi mano.

—Venga, venga, saca tu teléfono y enciende tu linterna —le apuré a Berta.

—Vale, vale, ya voy —dijo aterrada.

—Cass, despierta... Pequeña, ¿estás bien? —le susurré a nuestra amiga al oído. Nada, no contestaba.

Con la linterna de Berta pudimos ver que, junto a Cass, había una botella de whisky, un cenicero repleto de colillas y un bote de pastillas. No estaba vacío, pero tampoco sabíamos cuántas eran necesarias para irte al otro mundo. Ahora me sorprende al recordar lo fuertes que fuimos ante la visión de nuestra amiga en el suelo. Podría haber estado muerta.

—Berta, tú eres médico, ¿qué hacemos?

—Llevo quince años metiendo bótox, tampoco te creas que...

—Bueno, algo te contarían en la carrera sobre cómo reanimar a alguien, ¿no?

—Lo primero, mira si respira. Ponle los dedos debajo de la nariz.

Seguí sus indicaciones y comprobé aliviada que salía aire calentito.

—¡Está viva! ¡Está viva!

—¡Genial! Ahora lo importante es que saque lo que se ha metido. Métele los dedos.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Porque para eso no hace falta ser médico, y seguro que tú lo has hecho más veces que yo.

La pusimos de lado, le abrimos la boca y yo le metí los dedos lo más profundamente que pude. Cass se despertó y se puso a toser compulsivamente.

—¿Se puede saber qué coño hacéis? ¿Qué queréis? ¿Matarme?

—Cass, Cass, ¿estás bien?, ¿qué sientes? Dime, ¿ves mi dedo índice? —le dije mientras lo movía haciendo el gesto de negar delante de sus ojos.

—Eh, eh, para un poquito. Por cierto, tú y yo habíamos quedado, ¿no? —me recriminó.

—Sí, sí, perdóname, lo olvidé. Pero estoy aquí, ya no me vuelvo a ir. Te lo juro —le dije estrujándola entre mis brazos.

—Cass, creíamos que estabas muerta... o casi —dijo Berta todavía conmocionada.

—¿Muerta yo? ¿Y por qué voy a querer morirme, porque un capullo machista me

haya dejado de puta delante de toda España? No, queridas, he tenido razones de verdad en mi vida para largarme y no lo he hecho.

—¿Y qué haces aquí tirada? Y a oscuras.

—Amigas..., estoy realmente jodida..., más que hace mucho tiempo..., pero no pienso tirar la toalla. Estaba muy cabreada, todos los canales hablando de mi vida sin saber nada, el Fiti desaparecido... Quería ahogar las penas contigo —dijo mirándome a mí— y, al no encontrarte, me vine a mi refugio. Hice un repaso de mi vida, de todo lo que había conseguido yo solita, sin la ayuda de ese ni de ningún otro capullo. Bebí y, cuando me cansé de beber, me tomé una pastilla para dormir. Eso es todo.

—¿Y se te ocurre dormirte junto al bote? Alcohol, mujer en el suelo y bote de pastillas, ¿en qué demonios estabas pensando? —le espetó Berta.

—¿En dormir? —preguntó con sorna.

—¿En el suelo? —le pregunté.

—Aquí no hay sofá ni cama ni mesita donde guardar mis pastillas. Es solo mi rincón de pensar, pero me cansé de pensar y quería dormir.

—Pues que sepas que nosotras no te íbamos a dejar dormir ni cinco minutos. Pensábamos que te nos ibas.

—Ooohhh, gracias amiguitas —nos dijo mientras nos abrazaba—. Ahora sé que puedo venirme a beber tranquila con mi bote de pastillas.

—Ni lo sueñes, yo no vuelvo por aquí. Qué mal trago, por favor —le contestó Berta aún con el susto en el cuerpo.

—Conmigo sí puedes contar. He comprobado que, en situaciones de emergencia, soy más valiente que en mi vida. Igual hasta escribo una novela policiaca y me dejo de tanto mensaje cósmico.

Seguimos conversando hasta acabar por los suelos de la risa recordando paso a paso nuestro registro. Encontrar a Cass tirada en el suelo había sido una conmoción. La modelo se disculpó por desaparecer sin dar señales de vida. Llamamos a Paloma y en quince minutos estaba sentada con nosotras. Al contrario de lo que creíamos, Cass aceptó encantada sentarse en su programa como personaje de la semana.

—Aunque me quedara callada, no dejarán de hablar de mí. Ni soy una puta ni voy provocando peleas en discotecas. Contaré mi verdad antes de que le pongan un micro al Fiti y me deje por los suelos.

—Como quieras, pero piénsalo —le recomendó Paloma.

—Ya está pensado. Iré a tu programa —repuso Cass contundente.

—Eso se merece un brindis, ¿no creéis? —les dije.

Agarré la botella de whisky, di el primer trago y se la fui pasando a mis amigas. Cass iba a enfrentarse a las diez de Paloma y el whisky nos ayudaría a todas a asumirlo.

—Será una noche mítica —añadió Paloma.

—Dalo por hecho —sentenció Cass.

CINCO

Cassandra consiguió que algo cambiara entre nosotras. La confesión sobre la bisexualidad de su novio y su no suicidio posterior habían roto para siempre la barrera de oro y diamantes que nos separaba. Aquella noche en su buhardilla, tras encontrarla semiinconsciente y borracha, compartimos esa parte de nosotras que siempre dejábamos bajo la almohada. Nuestra amiga estaba fuera de peligro, pero aún tendrían que transcurrir unas horas hasta que pudiera pasar un control de alcoholemia sin ser detenida. Alzó la botella de whisky y nos propuso un juego.

—Venga, seguro que vosotras también tenéis motivos para esconderos del mundo y pegar un buen lingotazo. ¿Quién empieza? —dijo mientras le pasaba la botella a Berta.

—Eeeh... Bueno... ¿De qué va esto?... ¿Secretos ocultos? —repuso Berta.

—Sí, eso mismo —afirmó Cass—. Venga, dejemos de fingir de una vez que nuestras vidas son perfectas.

—De acuerdo, supongo que no hay salida, ¿no?

—No —dijimos las tres al unísono.

—Vale, vale, voy. —Y tras pegar un buen trago soltó la perla gorda—: Tengo un amante. ¿Vale eso como secreto oculto?

—Vas de coña —le dije atónita.

Ninguna dábamos crédito. Precisamente Berta, que era de las cuatro la que tenía una vida más ordenada y tradicional. Con su maridito notario y sus dos niños de revista.

—¿Desde cuándo? —preguntó Paloma.

—Desde hace bastante.

—¿Cuánto es bastante? —insistió Paloma.

—Un año —dijo bajando la mirada.

—¡Eso no es bastante, eso es un huevo! —exclamó Cass.

—Prefiero no entrar en detalles. Lo tengo y punto. No estoy orgullosa, porque Lucas no se lo merece. Todo empezó como un juego...

—¿Quién es? —le pregunté curiosa. Berta no estaba dispuesta a decir más. Bebió otro trago de la botella y se la pasó a Paloma.

—Yo ya he cumplido, ahora te toca a ti —le dijo con voz temblorosa.

—¿Yo? Yo no tengo secretos para vosotras.

—Venga ya, a otro con ese cuento. Suéltalo de una vez —le cortó Cass convencida de que la presentadora callaba mucho.

—Después de Estela —contestó pasándome la botella.

Bebí y casi vomito de la arcada que me entró. El único alcohol que bebo sin mezclar con refrescos es algún que otro tequila, y para eso tengo que estar muy pedo. ¡Qué asco!

—No seas cobarde, Paloma, te toca a ti. —Y de nuevo le pasé el whisky.

Paloma nunca se salía del guion de su vida. No se la veía en fiestas, ni en cenas con el equipo, ni de vacaciones... Nada. De su casa a la tele y de la tele a su casa. Los *paparazzi* estaban cansados de perseguirla sin poder sacar nada mejor que sus entrenamientos con Cintia o la salida de algún restaurante después de una comida de trabajo o con nosotras. Si quedábamos de noche, solía ponernos alguna excusa, casi siempre relacionada con la elaboración de su lista de diez preguntas. Estaba claro que se las curraba, y mucho, pero tenía que haber algo más. Esa noche, nuestras sospechas se hicieron realidad.

—Bueno chicas, la verdad es que sí que hay algo —empezó diciendo mientras apretaba los labios para no romper a llorar—. Llevo meses intentando quedarme embarazada. Inseminaciones, fecundaciones in vitro, nada funciona. Los médicos dicen que mi cuerpo no presenta ninguna anomalía que me impida ser madre, así que supongo que el problema está en mi mente —dijo con la mirada clavada en el infinito. Y bebió durante unos segundos que se nos hicieron eternos—. Tu turno —añadió pasándome el whisky.

—¿Y el padre? —le pregunté.

—Ni idea. En cada ocasión eligen un donante diferente.

—Ah —respondí boquiabierta—. ¿Y cómo lo llevas?

—Más o menos. Creo que lo conseguiré.

—Seguro, toda lucha tiene su recompensa —le respondí convencida.

—Eso espero. Es tu turno —me contestó pasándome la botella.

¿Mi turno? ¡Qué fuerte! Si por lo menos Cass hubiera intentado suicidarse, aquello tendría un sentido. Me parecía demasiado soltar mi verdad así, sin más. Bebí primero, necesitaba tiempo. Las tres me observaban fijamente, sin duda mi confesión era la más esperada. Yo, la reina de la *happy hour*, tenía que sacarme las tripas allí mismo. ¿Qué les podía contar para saciar su sed? ¿Que había sido jinetera a los diecisiete años, o que Carlos me había abandonado con mi hija, a la que posiblemente se estaba tirando? Me decidí por la opción B. Lo de puta era demasiado, aunque ellas seguro que le quitarían importancia. Me dirían que lo entendían, que cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo. Pero el tiempo pasaría y poco a poco se irían apartando. Yo sé de qué va esto. Por mucha fama y dinero que tuviera, no querían de amiga a una profesional del sexo, aunque ya no ejerciera. Y yo no quería eso, porque empezaba a quererlas.

—¿Estás insinuando que Carlos y Daniela pueden estar liados? —soltó Berta tras mi confesión.

—Eso mismo.

—No me lo trago —dijo Cass.

—Entonces, ¿por qué viven juntos? —pregunté.

—Porque es su familia. Tú siempre nos has dicho que ella lo quiere como a un padre —me contestó Berta.

—Es lo que yo creía —dije mientras las lágrimas salían disparadas de mis ojos con vida propia.

—Lo siento Estela —me dijo Cass mientras me abrazaba.

Las demás se sumaron al abrazo y seguimos bebiendo hasta agotar la botella. Primero lloramos, luego reímos y, cuando amaneció, nos retiramos. Ya éramos amigas.

Y por fin llegó la gran noche. La *top model* Cassandra Prado iba a sentarse en la silla «eléctrica» de Paloma, de la que era amiga íntima, para confesarse. La audiencia estaba expectante. En las redes sociales pedían que no tuviera compasión. Ahora era cuando tenía que demostrar su profesionalidad y entrar a matar, como hacía con todos sus invitados. Ninguna conocíamos sus diez preguntas. Paloma se había pasado la semana encerrada en casa sin contestar nuestros mensajes. Le daba miedo que cualquier comentario nuestro pudiera influir en su objetividad. El Fiti no había estado calladito, sino todo lo contrario. Entró por teléfono en un par de programas diciendo que nosotras éramos las que habíamos provocado la infidelidad de Cassandra, como si la hubiéramos drogado o algo parecido. Paloma sabía la verdad, porque había estado allí, nosotras también, pero permanecemos calladas. ¿Sería capaz Paloma de preguntarle sobre el gran secreto que guardaba el Fiti? Y en caso de que lo hiciera, ¿diría Cass la verdad? Berta llegó con tiempo de sobra a mi casa. Queríamos tenerlo todo preparado cuando empezara el programa para no tener que levantarnos.

Estábamos de los nervios. Llamamos a Cass para desearle suerte y lo que nos dijo nos dejó más atacadas todavía.

—Suerte, Cass, estate tranquila que todo saldrá bien. Y no digas nada que no quieras decir, Paloma lo entenderá —le sugerí a la modelo.

—Diré lo que me pida el cuerpo. Desde la comunión que no me confieso, así que creo que ha llegado el momento —me contestó envalentonada como nunca.

—Ten cuidado, que ya sabes lo que pasa luego —le advertí.

—Me importa un pito lo que pase luego, lo que tengo que frenar es lo que está pasando ahora. Te dejo que entro en dos minutos —me soltó la tía.

—Berta está conmigo, te manda fuerza —dije rápido.

—Dale un beso y dile que de eso me sobra.

Vaya tela, nuestra amiga había puesto la directa. Llegó el *japo* a domicilio que habíamos pedido para cenar, subimos el volumen de la tele y nos preparamos para lo

peor. Nosotras, que conocíamos bien a Paloma, la notamos diferente. Y no era para menos, nunca un programa fue tan duro para ella.

—Buenas noches. Esta semana el personaje que se sentará frente a mí es una muy buena amiga. Me habéis rogado desde las redes que sea objetiva, que no me deje nada en el tintero, y que demuestre con ella mis dotes de «descuartizadora». Que no tenga compasión, decís otros. Quiero que sepáis que os entiendo. Yo misma he dudado de si sería capaz de hacer bien mi trabajo, de conseguir extraer de ella la verdad. Solo vosotros podréis decir si lo he conseguido al terminar esta entrevista. Ahora, si os parece, vamos a recibir con un fuerte aplauso a nuestra invitada. *Top model* internacional, ha conquistado las pasarelas de medio mundo con una belleza sin aditivos y con su manera de moverse sobre ellas. Su último romance con Juan Martos, conocido como el Fiti, la convirtió en una de las mujeres más envidiadas del país. Un bailar admirado e idolatrado por el público femenino que ahora la repudia llamándola fulana. El motivo: pillarla besándose con otro. Ella ha querido venir a contar su verdad, sus diez verdades. Con todos ustedes, Cassandra Prado.

Cass apareció en el plató vestida con un minivestido rojo sangre que a cualquiera menos a ella le habría hecho parecer una putona. Su piel blanquecina, su delgadez de líneas perfectas y su manera sinuosa de caminar conseguían que siempre se la viera perfecta. Porque ella era elegante sin querer, de manera innata. Con ese vestido, que a mí me habría llevado a forrarme en una noche en La Habana, ella podría subir a recoger un Oscar. Así de diferentes somos. Berta y yo nos miramos boquiabiertas.

—Va a muerte —le dije.

—Más bien a matar —me respondió Berta sin apartar la mirada del televisor.

Paloma se colocó debajo de su foco, miró a Cass y guardó uno de sus más que conocidos silencios. A pesar de las muchas veces que la había visto hacerlo, en aquella ocasión casi me da un parraque. Por fin desenfundó.

Primera pregunta: «¿Por qué aceptaste nuestra invitación?».

Primera respuesta: «Por rabia. Escuchar al Fiti criticándome ha sido uno de los golpes bajos más duros de mi vida, y mira que llevo unos cuantos. A lo mejor no soy yo la única fulana de esta historia».

¡Toma, toma y toma! La cosa empezaba fuerte. No parecía que nuestra amiga fuera a dejarse nada para los postres.

Segunda pregunta: «¿Estás arrepentida de lo que hiciste en aquella discoteca?».

Silencio sepulcral en plató. Paloma había dado en el clavo. Por mucho que el personaje tuviera claro a lo que iba, siempre había preguntas que no se esperaban. Esa era una de ellas. Cassandra se quedó sin palabras.

—¿Y? —insistió Paloma.

—Sí, tal vez sí. Debí dejarle antes de besarme con otro. Pero si alguien me mandó a los brazos de ese tío fue precisamente él. Estaba decepcionada, cabreada y con

muchas ganas de sentirme deseada de verdad por un hombre.

A partir de ahí, el interrogatorio se desvió hacia los inicios de su relación, el carácter machista del Fiti y otros aspectos de su vida necesarios para llegar al clímax final, y para que Cass cogiera confianza. Se la veía cómoda y con ganas de sincerarse.

Novena pregunta: «¿Qué ocurrió para que le fueras infiel?».

Primera gran incógnita despejada. Paloma se había atrevido a invocar al diablo. Berta y yo nos cogimos de la mano y apretamos fuerte. ¿Diría ahora Cass la verdad? Vaya si lo dijo, con todas y cada una de las letras. La bomba nuclear me pilló con la copa de vino en la boca. Escupí sin poder evitarlo y salpiqué el mantel, mi camiseta y el jersey de Berta. Aun así, ninguna le dimos importancia y seguimos con la mirada fija en la tele.

Novena respuesta: «Sí, unos días antes le había pillado unas fotos con un brasileño. Le pedí que me lo explicara y me confesó que era bisexual. Al principio le creí, pero ahora estoy convencida de que en realidad es gay y que estar conmigo le venía muy bien para acallar rumores».

Se había atrevido, ya no había marcha atrás. Las fans del Fiti estarían tirándose de los pelos. Paloma consiguió que su cara reflejara sorpresa, como si acabara de enterarse de semejante bombazo.

Décima y última pregunta: «¿Sigues enamorada?».

De nuevo a Cass le costó arrancar. Meditaba sus respuestas, porque no quería defraudar a Paloma y a su audiencia, y porque se lo había tomado muy en serio. Cada palabra que pronunciaba estaba llena de ella, nada de medias verdades.

Décima respuesta: «Sí, pero ya no le deseo».

Y en ese momento, Cass rompió a llorar, y nosotras con ella. A pesar de las lágrimas, su tez seguía inmaculada, el carmín rojo de sus labios permanecía intacto, la sombra de ojos en su sitio... y su postura en aquella incómoda silla seguía siendo la de una top.

Al salir del programa, Paloma y Cass vinieron a casa. Le advertimos de lo que se le venía encima, pero ella seguía fuerte. Él se lo había buscado llamándola fulana en un programa de televisión y, de momento, se sentía feliz con su venganza.

—Si siempre hiciéramos lo que debemos y no lo que nos apetece, el mundo estaría lleno de cobardes, además de ser tremendamente aburrido, ¿no creéis, chicas?

Todas estábamos de acuerdo con esta afirmación, pero también conocíamos las consecuencias de saltarse las normas. La resaca de la libertad puede ser tan dura que, al final, llegas a la conclusión de que vivir a medias es la mejor manera de vivir, por mucho que nos pese. Cass todavía era joven, estaba en el mejor momento de su carrera y creía que tenía el *power*. Pero es precisamente cuando uno se cree imbatible cuando el enemigo encuentra atajos sorprendentes para derrocarte. Cass acabaría

pagando su soberbia de aquella noche y las tres lo sabíamos. Contagiadas por el valor de nuestra amiga, levantamos nuestras copas para brindar por las «fulanas» del mundo que tienen los santos ovarios de contestar como se merecen a los hombres que las machacan.

En un momento de máxima euforia, sonó el teléfono de casa. Era raro que alguien a esas horas me llamara al fijo. Les mandé callar y contesté.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Estela, ¿se puede saber dónde os habéis metido? Llevo horas intentando contactar con alguna de vosotras.

—Cintia, perdona, es que con la emoción de la noche ninguna estamos con el móvil en la mano. Ha sido fuerte, ¿verdad?

—¿Fuerte? ¿De qué me hablas? —preguntó.

—¿No me digas que no lo has visto? Teníamos que haberte avisado.

—¿Avisarme, de qué?

—Cass era el personaje de la semana en el programa de Paloma.

—¿Cómoooo? ¿Por qué?

—Bueno, es un poco largo de explicar.

—Vale, ¿ella está bien?

—Perfectamente —le dije mientras la observaba reír a carcajadas recordando algo con las chicas.

—Entonces mañana me lo contáis. Tenéis que estar a tope, ¡es la final! Lo recordabais, ¿verdad?

—Sí, sí, claro.

—Vale, os llamaba solo para concretar. A las nueve, las cuatro en mi casa.

—Vale, Cintia, gracias por llamar. Allí estaremos.

Cuando colgué, les conté que Cintia no había visto nada del programa, y no les extrañó. Vivía en su mundo de entrenamientos y boxeo, y el resto le daba igual. Le había mentido, ninguna nos habíamos acordado de la final de Complete Fitness. Los últimos acontecimientos nos tenían absorbidas. Mi separación de Carlos y el embarazo de mi hija ya no me parecían el fin del mundo. A mi alrededor, mis amigas vivían sus propios dramas y seguían sonriendo. Paloma deseando ser madre sin conseguirlo, Berta con un amante y sintiendo pena por su marido, y Cass con el gran marrón que ya conocía toda España y que se haría más grande a cada hora. Incluso llegué a sentirme afortunada, porque era libre para volver a empezar. Además, estaba convencida de que mi hija volvería a casa una vez que tuviera el bebé, para que la ayudara a criarlo. Y yo lo haría encantada. Nos despedimos rápidamente, teníamos que dormir algo si no queríamos quedar las últimas y cargar con la decepción de nuestra entrenadora. Eso no podía ocurrir. Llevábamos entrenando casi un año. La final consistía en hacer un recorrido de quince kilómetros en tiempo récord a través

de la montaña. Primero corriendo, luego en bici y, para acabar, descenso de barranco. Iríamos en coche desde casa de Cintia al lugar de la competición, situado en la sierra de Madrid. Su ayudante nos llevaría las bicis y el resto del material necesario.

Tuve que tomar una pastilla para conciliar el sueño. El programa de Paloma y la posterior reunión en casa me habían excitado como para no pegar ojo en dos semanas. Me sorprendió lo rápido que me hizo efecto, normalmente pasaba al menos media hora dando vueltas en la cama. Despertarme me costó mucho más, además de que lo hice con unas ganas irrefrenables de vomitar. Algo del oriental que pedimos debía de estar en mal estado, porque no era normal lo que salía por mi boca. Recordé el vómito del día que salimos las cuatro, cuando pillé al Fiti con un tío en los baños. ¿Habría pillado algún virus estomacal? Lo último que me apetecía era esa final. Tener un cuerpo diez había dejado de ser para mí una prioridad, ahora estaba más concentrada en poner en forma mi mente, que andaba descarrilada y cuesta abajo. Sonó el móvil. Era Daniela, me llamaba para desearme suerte. Al despertarse, había escuchado en la radio que las cuatro participaríamos en la final. Disimulé mi malestar general y le dije que estaba en plena forma y que lo daría todo para ganar. Me pidió que la acompañara al ginecólogo esa semana y me puse loca de contenta. Un primer acercamiento que confirmaba mis sospechas de que volvería a casa con el niño entre sus brazos.

Una vez en la Sierra juntamos nuestras manos con las de Cintia para desearnos suerte. Lo daríamos todo, aunque nuestro estado físico no fuera el ideal después de brindar sin parar la noche anterior por el yo confieso de Cass. En la carrera a pie, quedamos las primeras de los tres grupos que habíamos llegado a la final. Pero en el tramo de bicicleta acusamos el cansancio. Las piernas de las chicas de Aravaca eran más resistentes, y solo contemplar sus gemelos ya te acobardaba. Cuando empezamos el descenso de barranco, íbamos segundas. Berta fue la primera en bajar, luego Paloma y Cass, y yo la última. Habíamos conseguido adelantar a nuestras rivales y, de repente, ocurrió algo inesperado que esfumó nuestro sueño de vencer. Me desmayé en plena caída quedando suspendida e inconsciente. Fueron solo unos segundos, pero cuando me recompose las de Aravaca ya habían llegado a la meta. Ellas se llevaban el oro, nosotras la plata y las Sanse el bronce. Mis amigas y Cintia se mostraron muy preocupadas por mí. Me mojaron con agua la nuca y las muñecas, y me obligaron a beber. Yo me encontraba bien, no sabía qué me podía haber ocurrido. De vuelta a Madrid, Cintia se empeñó en acompañarme a la clínica privada donde tenía a mi médico de cabecera. Las demás también quisieron venir. Yo me dejé querer; desde que no tenía a Carlos para darme mimos, estaba falta de cariño. De camino, llamé a mi médico, me recibiría de inmediato. Pasé a la consulta mientras las cuatro esperaban fuera. Tardé mucho en salir. Lo que me dijo tras reconocermelo me dejó en

estado de *shock*. Al final, el médico me despachó muy amablemente, tenía pacientes esperando. Aparecí en la sala de espera con el semblante más blanco que sus paredes. No tenía claro si quería compartir lo que me sucedía con ellas o reservármelo para mí.

—Estela, ¿qué te ha dicho? —me preguntó Cass.

Vi en sus ojos un brillo especial. Ella, cuya vida estaba pasando por la centrifugadora, estaba más preocupada por mí que por todo lo que estaban diciendo los medios desde primera hora de la mañana. Eso me conmovió, pero no tanto como para abrirme en canal. Todavía dudaba sobre si había hecho bien en contarles lo de Carlos y Daniela. Me gustaba que me admiraran y que pensarán que mi vida era perfecta. Incluso estaba enganchada a aquella adoración. Ahora ya no era lo mismo, que te abandonen tu pareja y tu hija en el mismo momento no es como para sentir envidia. Y lo que acababa de comunicarme aquel médico terminaba de arreglar mi triste vida. Sentirían lástima de mí y me consolarían. Y nada me apetecía menos. Cuando compartes tus penas, tú mismo te colocas en la fila de los fracasados. Y cuando te cuelgan el cartel de infeliz, es muy difícil deshacerte de él. Desde que salí de Cuba, pasé a formar parte de la fila de los afortunados, y no entraba en mis planes cambiar de bando. Así que la respuesta me vino sola.

—Nada grave, chicas. Ha sido solo una reacción de mi cuerpo a tanto estrés. Siento que nos hayamos perdido la entrega de medallas por mi culpa.

—¿Qué dices? ¿Y quedarnos a ver cómo esas pijas marimachos nos restregaban el oro? Nos has hecho un favor —apuntó Paloma.

Todas intentaron quitarle hierro al asunto, incluso Cintia, a la que yo sabía que esos finales de fiesta le hacían mucha ilusión. Después de un año luchando para quedar entre las mejores, no poder disfrutarlo tenía que dolerle mucho. Consiguió que no se le notara. Al volver a su casa, cada una cogimos nuestro coche para ir en busca de la ansiada ducha y el descanso. Cogí mi Mercedes y lo descapoté para sentir el fresco en mi cara. Aún no había recorrido ni cien metros cuando di la vuelta. Tenía que hablar con Cintia. Un ataquito de estrés no era razón de peso para abandonar un podio. Sabía que eso le quitaría el sueño.

—Estela, ¿qué haces aquí? ¿Te has olvidado de algo?

—Sí, me he olvidado de decirte la verdad.

—¿La verdad de qué?

Y sin ni siquiera pasar dentro de su casa, allí mismo en el quicio de la puerta, se lo solté.

—Estoy embarazada. —Y tal cual lo dije me abracé a ella dispuesta a empaparle el hombro con mis lágrimas.

—Tranquila, pequeña, tranquila —me decía acariciándome la cabeza.

—Es lo último que esperaba en este momento —añadí como pude.

—Vaya tela, yo tampoco lo hubiera imaginado. Enhorabuena.

—No sé si es tan buena noticia, pero..., en fin..., gracias.

—¿Quieres pasar y lo hablamos?

—No, gracias. Todavía no me he hecho a la idea como para hablar de ello. Además, estoy agotada y necesito un baño. Solo he vuelto porque quería que tú lo supieras. Siento haberte fastidiado un día tan importante.

—No has fastidiado nada, tonta. Oye, si quieres cualquier cosa, aquí me tienes.

—Lo sé. —Y volví a abrazarla para despedirme.

Ahora ya me iba con la conciencia más tranquila, aunque mi mente daba más vueltas que un tiovivo. Conduje a casa por inercia, sin detenerme en mirar señales de tráfico o indicaciones. Qué curiosa es la vida. Carlos y yo habíamos intentado durante mucho tiempo tener un bebé sin conseguirlo. Mi gran frase tatuada de «lo que tú creas, así será» parecía valer para todo menos para concebir una vida en mi vientre. Con la premisa de vivir feliz y sonreír al mundo cada mañana, al final olvidamos nuestro sueño. Decidimos disfrutar de nuestro amor y de Daniela, a la que Carlos, salvo por la cuestión genética, consideraba su hija. Eso decía entonces. Llegué a casa, me preparé un baño de sales mágicas y me sumergí en el agua calentita. Qué gusto estar sola, pensé. Para poder mirarme de perfil en el espejo y tocarme la tripita sin miedo a ser descubierta. Todavía no se notaba nada, estaría de poco más de cuatro semanas. Ni siquiera me había dado tiempo a echar de menos la regla. Aun así, el tiempo jugaba en mi contra, y debía pensar cómo decírselo a las principales partes implicadas: Carlos y Daniela. Vueltas y más vueltas, sales y más sales. No había forma de que mi cabeza diera con la manera perfecta. ¿Y si Carlos estaba enrollado con aquella rubia del restaurante? O lo que era peor, ¿y si estaba enamorado de mi hija y ese bebé que esperaba Dani iba a ser para él como el que nunca tuvo conmigo? A ser padre postizo ya estaba acostumbrado. Igual se vería obligado a volver conmigo por pena, o pondría cara de «por qué justo ahora». Daniela me había dicho que él me quería muchísimo y que estaba sufriendo con esta separación, pero yo no tenía indicios de ello. Una llamada, un mensaje en el móvil, no sé, algo. Solo pensar que la noticia le viniera grande, o a deshora, hacía que se me paralizaran las piernas. De momento, mi «lentejita» era lo más querido del mundo. Si Carlos y Daniela rechazaban mi embarazo, todo iría peor. La nueva Estela estaba descubriendo que, por mucho que las cosas vayan mal, siempre puede surgir algo que te acabe de hundir en la miseria, así que debía estar alerta. Hacía tantos años que vivía instalada en el buenrollismo, que esto me quedaba grande. De repente, todo en mi vida sucedía a pares. «Al doble abandono se suma ahora un doble embarazo, y no sé qué tal le sentará a mi hija —me pregunté—. Desde pequeña sintiéndose siempre inferior a su famosa y aclamada madre, y ahora que por fin cobraba protagonismo con su embarazo, voy yo y aparezco con otro bombo». No daría crédito, tampoco yo, a que

iba a ser madre de un bebé y hermana de otro al mismo tiempo. En un momento en el que tanto Carlos como mi hija me habían abandonado por mi práctica exacerbada del optimismo. Me miré las manos, tenía las yemas de los dedos tan arrugadas que me di cuenta de que era el momento de salir al mundo. Me habría quedado sumergida los nueve meses siguientes, hasta coger a mi bebé en brazos y llevárselo a ellos. Seguro que así lo aceptarían. Me puse el camisón y subí directa al mirador para continuar con mi último libro. Estaba inspirada. «Es más probable que te suceda algo extraordinario cuando no lo esperas, que cuando te pasas el día repitiendo en voz alta tu lista de deseos», escribí. Tenía unas ganas irrefrenables de cuestionar todo lo que había dado por cierto en mis tres libros anteriores. Seguí aporreando el teclado con fuerza: «Poner mala cara a la vida no te lleva al fracaso, sino a descubrir a esa parte de ti que esperaba más de ella» o «nunca un golpe de suerte duró toda una vida», fueron algunas de las ideas que plasmé esa mañana en mi nuevo libro. Estaba disfrutando de lo lindo rajándome a mí misma. *Desmontando a Estela Cruz* era lo más sincero que había hecho en mi vida. Estaba esperando un hijo, no imaginaba mejor regalo del cielo. Y lo había concebido realmente cabreada, triste y hastiada de todo. Si el mejor fruto llegaba de esta manera, también podía llegar un buen trabajo, un coche nuevo o una reconciliación amorosa. Mis libros no decían toda la verdad, y quería ofrecer a la gente la oportunidad de darle la vuelta y cuestionar la eficacia de mi propio método. «¿De verdad el único poder reside en uno mismo? ¿Eres solo tú quien puede hacer que tu vida sea fantástica?». Nueva respuesta de la nueva Estela: «No. Siempre habrá personas y circunstancias a tu alrededor que pueden acabar con tus ilusiones. Podrás levantarte y volver a intentarlo las veces que quieras, pero igual pasas así el resto de tu vida. Algunos lo intentan, otros fracasan y unos pocos lo consiguen». «¿Tener salud de hierro, amor y riqueza depende de tu actitud?». Nueva respuesta: «No. Una actitud optimista te mantiene dormido, sin fuerza para cambiar las cosas». De nuevo escribí durante horas, hasta caer rendida sobre mis notas. Entonces me levanté y lo dejé estar. Ya no pensaba someter a mi cuerpo a los excesos a los que le tenía acostumbrado. Nada de tabaco negro, ni alcohol, ni pastillas para dormir. Quería que todo fuera bien. Al día siguiente tenía sesión de regresión con Lucía. Me moría de ganas de contárselo. A ella sí, a mi mejor amiga que no sabía que lo era. De hecho, para mí era mucho más que una amiga, era la madre que tanto añoraba. Me acaricié la tripa y pensé en ella, en mi madre, la de verdad. La que dejé sin mirar atrás a los diecisiete años. Tenía ganas de llamarla, de contarle que iba a ser abuela. También quería contárselo a mi padre y a mi hermano. Las lágrimas volvieron a mis ojos. Ahora entendía mi facilidad de los últimos días para desmoronarme. Tenía las hormonas alteradas. Cogí el teléfono, era buena hora para llamar. Empecé a marcar el prefijo para hacer una llamada internacional, luego el de Cuba y, antes de marcar todos los números que me separaban de casa, colgué. Cómo iba a decirles la verdad

así sin más, cuando llevaba mintiéndoles los últimos veintitrés años. Poniéndoles excusas para no traerlos a España y mandándoles buenas sumas de dinero para que no se cuestionaran nada. Con mi nacionalidad española podía haber ido a verles en cualquier momento, como una turista más. No podía llamar ahora como si nada para decirles que iban a ser abuelos. Ya lo eran de una mujercita de veinte años a la que ni conocían. Y que además también estaba embarazada. Hubiera seguido toda la noche mortificándome. Por suerte, el sueño me venció.

Me desperté diferente. Iba a ser madre, ¡guau! De momento ese día tenía una cita importante. Mi sesión de regresión con Lucía. Ella podría arrojar luz a mis dudas. Como siempre, tuve que esperar. La psicoanalista sin horario fijo, a la que no podía acudir nadie con una agenda apretada. Yo, por suerte, era dueña de mi tiempo. Una hora después entré y, en lugar de sentarme como siempre en el diván, me acerqué a ella y la abracé. Enseguida retrocedió sorprendida. No estaba acostumbrada a que nadie traspasara su espacio.

—Eh, eh, ¿qué pasa? ¿A qué viene tanto arrumaco?

—Lucía, voy a ser madre.

—¿Querrás decir abuela? Ya me lo dijiste.

—No, no, quiero decir madre. Estoy embarazada —dije orgullosa esbozando una gran sonrisa. Nada me hacía más feliz que pronunciar esa palabra. Em-ba-ra-za-da. Yo, que ya había dado por desahuciado a mi aparato reproductor.

—¿En serio? Ja, ja, ja. ¡Lo conseguiste! Bravo, Estela, bravo. —Y me abrazó como nunca antes lo había hecho.

Al final iba a resultar que ella también me quería, lo sabía. Algo me decía que un poco de cariño me iba cogiendo con el tiempo, aunque luchara contra sí misma para no mostrarlo. Aquí se descubrió.

—Sí, eso parece. Aunque tú bien sabes que ya no lo buscaba. Ha venido, sin más.

—Así es como vienen los grandes cambios de la vida, sin más. Me alegro mucho, en serio. Y ahora, ¿podemos empezar ya la regresión? Tengo una conferencia importante a mediodía y no me gustaría llegar tarde.

Hala, ya está, se acabó, eso era todo. La magia se había esfumado. Lucía volvía a ser Lucía, y yo volvía a ser su paciente. La que la quiere como es, y la que a partir de entonces esperaría con ansia que en algún otro momento bajara la guardia y volviera a parecer humana.

—Empecemos. Oye, y no será malo para el bebé, ¿verdad? —pregunté con miedo.

—Si fuera malo, no lo haríamos —respondió seca.

—De acuerdo, estoy preparada entonces —contesté animada.

De nuevo me indujo una relajación profunda y me acompañó en mi viaje a mi infancia en Cuba. Volvimos al punto donde lo habíamos dejado. A esa tarde en la que

yo estaba sola en casa jugando con mi *mamainé*. Alguien me pone una mano en el hombro. Lucía, sabiendo que aquí ocurría algo que me hacía convulsionar, desvió mi atención hacia otro lado.

—Estela, no hagas caso de esa mano, sigue mirando tu muñeca, ¿cómo es?

—Muy bonita, de color. Y va vestida con un vestido azul turquesa sobre el que lleva un delantal de hilo.

—Muy bien, ¿recuerdas quién te la regaló?

—Mi abuela. Ella también está conmigo, ha venido a comprobar que estoy bien. Me pone la mano en el hombro y nos miramos. «Hola, abuela», le digo. Y ella me pide que le pase la muñeca para peinarla. «No la puedes llevar así», me dice, y coge un cepillo que hay sobre la mesilla. «Qué calor hace, mi niña...». Quiere sentarse en la cama, se la ve fatigada. Pero en lugar de sentarse, se desploma en el suelo. «Abuela, abuela», la llamo. Le sale espuma por la boca, sus pupilas dan vueltas. «¿Qué te pasa, abuelita?». No contesta. Corro a la calle a pedir auxilio. «¡Mi abuela! ¡Mi abuela! ¡Que alguien me ayude!». Un vecino me acompaña dentro de la casa y, al verla tendida en el suelo convulsionando, me pide que le muestre dónde está el teléfono. Llama a una ambulancia. La espera es eterna, ella aguanta. Es tan fuerte como las rocas del Malecón. Mi abuela, que había permanecido erguida a pesar de todos los palos de la vida, se había desmoronado por primera y última vez ante mis ojos. Los de su nieta del alma, a la que todas las noches susurraba al oído canciones de cuna. La única que lograba que mi corazón dejara de latir tan rápido. Llegó la ayuda, la colocaron en una camilla. El vecino y los hombres de blanco me dicen que espere en casa. «Cuando lleguen tus padres, les dices dónde está tu abuela y os venís a verla». Yo quería ir con ella, gritaba que me dejaran subir a la ambulancia, pero nadie me escucha. Le agarro la mano. «Abuelita, te vas a poner buena, te quiero, abuela, sé fuerte», le susurro al oído para que me oiga. «Enseguida vamos». Entonces ella me aprieta la mano, me ha escuchado, sigue luchando. Muere de camino al hospital, nos enteramos cuando llegamos mis padres y yo una hora más tarde. «No puede ser, no puede ser, ahora me moriré yo», le grito a mi madre fuera de mí. Ella me da una bofetada y yo corro escaleras abajo hasta llegar a la calle. Allí emprendo de nuevo mi huida, ya nada me ata a esa maldita isla. Quería correr hasta caer muerta y así estar de nuevo a su lado, en el cielo. Solo soy una niña y ya quiero morirme.

Poco a poco Lucía me devuelve a la realidad. Me pasa un pañuelo y me sorprende encontrar mi cara empapada en lágrimas. No recuerdo nada, pero tengo una sensación extraña, de mucha pena. Lucía me lo cuenta todo. No recordaba nada de aquello. ¿Cómo podía ser posible? Ella me lo explica.

—Cuando vivimos un episodio muy traumático en nuestra infancia, pueden ocurrir dos cosas. Que no puedas dejar de pensar en ello, o que tu mente lo borre por completo como defensa. La terapia de regresión trata lo segundo.

Le agradecí a Lucía que me ayudara a recordar, aunque supusiera sumar más preguntas a mi atribulada mente. Había crecido con la idea de que mi abuela había muerto de un ataque al corazón mientras trabajaba. ¿Por qué mi familia me lo había ocultado? ¿Quién más lo sabía? Lloré durante años por su ausencia y mi madre no quiso contarme que me había elegido para despedirse. No lo entendía. Menos mal que la tenía a ella, a Lucía, que dejó la libreta y la pluma sobre la mesa, y se dispuso a hacer aquello que me enganchaba a su diván. La psicoanalista se convertía en consejera.

—Estela, es el momento de volver.

—¿Ahora? ¿Otra regresión? Estoy agotada, Lucía, mejor mañana. Lo de hoy ha sido demasiado.

—No me has entendido, es el momento de coger un avión y volver a tu casa. Allí te esperan las respuestas que yo ya no puedo darte.

—¿¿¿¿¿Cómooo???!!!

—Sí, aquí ya hemos acabado.

—No me digas eso, Lucía, no creo que pueda vivir sin venir a verte.

—Lo siento, Estela, mi agenda me impide perder el tiempo con casos cerrados. Podemos tomar un café el día que quieras.

Lloré. Empezaba a estar cansada de ese eterno estado lacrimógeno. Me pasó pañuelos y se mantuvo fría. Me sequé las lágrimas, me levanté y me di media vuelta para irme. No podía articular palabra y cuando estaba a punto de cerrar la puerta y desaparecer, Lucía insistió.

—Lo del café iba en serio, cuando quieras —y añadió—: Buen viaje —dando por sentado que le haría caso.

La miré, asentí con la cabeza y me fui. Como siempre, Lucía tenía razón, había llegado la hora del cara a cara. Ya en la calle, me topé con una agencia de viajes. Era precipitado, lo sabía, pero si no lo hacía cabía la posibilidad de que pasaran otros veinte años planeando mi vuelta. Cuando me pongo cobarde, no hay quien me gane. Así que abrí la puerta y entré, guiada por la euforia de estar haciendo lo correcto... por fin. Cogí el catálogo de Cuba, miré las fotos de sus playas, leí los nombres de sus ciudades... y apenas pude disimular mi ansia cuando una empleada se dirigió a mí.

—Hola, ¿puedo ayudarla en algo? —me dijo mientras me indicaba que me sentara.

—Por supuesto, querría volar a Cuba, a La Habana concretamente. Y quiero hacerlo cuanto antes —le contesté entusiasmada como una niña.

—¿Un billete para La Habana entonces?

—No, dos, serán dos billetes.

SEIS

Primera visita al ginecólogo con mi hija. Posiblemente ese día le dijeran el sexo del bebé. Y quería que yo estuviera con ella. Ni Pablo ni Carlos, solo yo. Me arreglé con mimo. Ni muy *fashion* ni muy juvenil, ni muy ceñida ni muy... Debía parecer una madre, sin más. Falda tubo, camisa blanca, fular de *cashmere*, chaqueta y abrigo. Parecía que me iba a la oficina, pero no encontré nada mejor. Estela Cruz vestía siempre a la última y regalaba a sus amigas lo que ya no usaba, así que eso era lo más cercano a una madre que había encontrado. Me veía sosa, y ñoña, pero correcta.

La cita con el médico era a última hora de la tarde, un viernes. Me pareció raro, pero lo raro en mi vida había empezado a ser una norma, así que ni lo cuestioné. Daniela se empeñó en venir a casa a por mí, y yo feliz. Quería aprovechar para coger algunas cosas que le hacían falta. Habían pasado casi dos meses desde que se fuera y, aunque no era la primera vez que subía, sí era la primera que lo hacía estando yo. Llamó en lugar de usar su llave. Ese día parecía que los rayos de sol se colaban con más fuerza entre las cortinas del salón. Elvira tampoco pudo disimular su alegría al abrirle la puerta.

—Señorita Daniela, dichosos los ojos.

—Hola, Elvira, ¿cómo va todo?

—Bueno, ya sabe, un poco solas. ¿Y usted?, la veo radiante. Y ya se le nota la tripita, ¿ya se sabe lo que es?

—Sí... Es decir, no. Nos lo dicen ahora.

—¿Y usted qué quiere?

—Que esté todo bien, la verdad. Oyes tantas cosas...

—La entiendo, eso es lo principal, que venga sano.

Mientras las escuchaba a distancia, me daba cuenta de lo mucho que echaba de menos esas conversaciones entre ellas. Llenaban la casa de vida, hasta entonces no sabía cuánto. Entonces Dani me vio.

—Hola, mamá, ¿ya estás lista?

—Oye, ¿no vas a darme un beso? —le dije extrañada de que no se acercara.

—Sí, claro, pero... ¿seguro que quieres ir así? —me dijo dándome dos besos rápidos.

—Sí, ¿por qué? ¿No te gusta? —pregunté extrañada.

—Bueno..., es que no pareces tú —me contestó con expresión de desaprobación.

Otra vez había metido la pata. Con ella no había manera de acertar. Si me vestía a mi estilo, se sentía apabullada; si iba discreta, no me reconocía.

—Si quieres, te espero mientras eliges algo más... No sé..., más tú.

—Cariño, vamos al ginecólogo, no a una entrega de premios. Yo me veo bien. Además, no quiero llegar tarde.

—No te preocupes, nos esperará —insistió Dani.

—Ni hablar, mi vestuario es lo de menos. Estoy impaciente por ver a mi primer nieto... o nieta.

—¿Seguro?

—Segurísimo, yo me veo bien. ¡Qué nervios, hija! Anda, vayámonos de una vez.

Tenía tantos motivos para estar nerviosa que ya no sabía si mi estado de excitación se debía a la visita al ginecólogo con mi hija, a la que debía hacer yo en breve, o al viaje a Cuba que supuestamente debía emprender al día siguiente. Había dejado en mi escritorio los dos billetes a La Habana. Debía encontrar el momento idóneo para decirle a mi hija que tenía que acompañarme. Se lo diría luego, en ese instante íbamos a ver si nos decían qué esperaba mi hija. «Y el mío», pensé, «¿será chico o chica?». Todavía era pronto para saberlo, solo estaba de siete semanas. Ese era otro secreto que no pensaba compartir con nadie, ni siquiera con Elvira.

Llegamos a nuestro destino, una finca majestuosa en el Madrid de los Austrias. Creía recordar que el ginecólogo que la trataba, conocido mío y de Carlos, tenía la consulta en el paseo de la Castellana. Le pregunté extrañada a Dani y me dijo que había cambiado de dirección. Subimos en un ascensor de esos que te hacen viajar en el tiempo. Madera de caoba, pomos dorados y puertas de cristal. Dani llamó a la puerta y nos abrió una mujer vestida con bata blanca. No había mostrador. «Enseguida las llamamos», dijo, y nos abrió la puerta de lo que se suponía debía ser una sala de espera. Entonces ocurrió algo que hacía dos meses me atormentaba, pero que en ese momento mi mente había olvidado. Al día siguiente cumplía cuarenta años. Un grupo de unas treinta personas cuidadosamente colocado gritó al unísono:

—¡¡¡FELICIDAAADEEES!!!

Me quedé alucinada, sin capacidad de reacción. Mis mejores amigos reunidos en aquel precioso salón para celebrar mis cuarenta primaveras. Disimulé como pude mi decepción. Lo que realmente quería era saber el sexo de mi nieto, recuperar a mi hija, invitarla a viajar conmigo en busca de nuestros orígenes... Ni siquiera podía emborracharme para fingir que aquella fiesta sorpresa, perfectamente organizada, me había hecho feliz. De nuevo algo que siempre había deseado ocurría cuando ya no lo esperaba. A diferencia de mi segundo embarazo, esta fiesta no me hacía ninguna ilusión. Y aquel grupo, con el que me unía todo y nada, comenzó con el ritual propio de estos eventos: «Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, Estela, cumpleaños feliz». Qué martirio, aquella gente había dejado todos sus planes y llevaba esperando una hora, nerviosos e inmóviles para darme la gran sorpresa. Pensé en desmayarme para que me sacaran de allí, aunque fuera en camilla, pero me dio corte. Seguro que me descubrían. Empezó a dolerme la cara del esfuerzo que me

suponía sonreír mientras seguían cantando. Que si *Feliz, feliz en tu día*, que si *Porque es una chica excelente*. Por primera vez en mi vida, aquellas canciones me parecían patéticas y desfasadas. Es lo que tenía verlo todo sin edulcorantes, sin cristales de colores, así, a pelo. En cuanto pararon para coger aire, me giré, agarré a mi hija del brazo y le pregunté al oído:

—¿Y qué hay del bebé? Me apetecía mucho hacer esa visita contigo.

—Es niña, mamá, y se va a llamar como tú.

—¿Daniela?

—No. Estela, como la abuela.

—Qué bien, Daniela, una nueva Estelita en el mundo. Me parece un sueño que vayas a ser mamá.

Y cuando fui a abrazarla, alguien me cogió de la mano, tiró de mí y me llevó al centro del salón para que bailara. La tortura tenía pinta de seguir hasta las tantas. Hice lo que se esperaba de mí. Saludé, agradecí la sorpresa, me fotografíe con todo el que me lo pedía... y por fin vi algo que me animó. Mis amigas Paloma, Berta y Cassandra entraban en el salón. Me apresuré a recibirlas, dejando colgado a mi editor y a unos cuantos más que amenazaban con iniciar una conga conmigo a la cabeza.

—¿Cómo se os ocurre llegar tarde a una fiesta sorpresa? —les reproché como si me importara mucho.

—Cumple cuarenta tacos, querida, a partir de ahora vas a tener problemas mucho más serios que el que unas amigas lleguen tarde a tu fiesta —soltó Paloma con guasa.

—¿No eras tú la de mirar siempre el lado bueno de las cosas? —apuntó Cass—. Al final, has tenido dos sorpresas en una. Y no nos negarás que la nuestra es mucho más original.

—La verdad es que sí. Gracias por venir, chicas. Estaba entre tirarme por la ventana o buscar la buhardilla —dije mirando a Cass y recordando su no suicidio.

Desde entonces no habíamos vuelto a hablar entre nosotras de aquellas confesiones tan fuertes que nos habíamos hecho, pero estábamos más unidas y relajadas que nunca. Sin disimular lo que éramos: mujeres imperfectas con vidas imperfectas.

—¿No ha venido Carlos? —preguntó Berta rompiendo la magia.

—Eso parece —respondí decepcionada.

—¿Quién necesita a un hombre con esta música? Hace siglos que no escuchaba este temazo. *I will survive!!!* Venga, chicas, ¡sobrevivamos bailando! —exclamó Paloma.

Y tal cual lo dijo, agarró del brazo a un compañero con el que estudié Filología y que era un cachondo mental, Santiago, arrastrándolo hacia la improvisada pista. La fiesta era tal cual la había imaginado. Guirnaldas de colores, la música que bailaba de

jovencita y fotos de toda mi vida colgadas por la sala. Desde mi boda, los primeros días de vida de Daniela, pasando por mi época de estudiante, hasta las colas que se formaban en las firmas de mi primer libro, los premios, las fiestas... Y después de la tarta, la proyección de un vídeo hecho por mi hija con un «te quiero, mamá» en letras gigantes como broche final. Me sequé la lagrimita y cambié el chip. Mi hija, mis amigas y aquellas personas que me habían acompañado durante años merecían disfrutar de la mejor Estela. «Un par de copas de vino no pueden hacerle daño al bebé», pensé. Y bebí para ponerme un poco a tono con el ambiente. Solo dos copas que me sentaron como cuatro o cinco, debía de ser por el embarazo. Tanto me envalentoné que hasta bailé un *twist* con el escritor tocapelotas que tiempo atrás me había dicho que había visto a Carlos con otra.

—Me dejaste hecha polvo con aquel chisme —le confesé a la primera ocasión.

—¿Qué chisme? —me dijo sin recordar.

—Me contaste que habías visto a Carlos en un restaurante besándose con una rubia, ¿no lo recuerdas?

—Ah..., aquello. Lo dije para ver si te dejabas consolar en mis brazos, siempre me has puesto cachondo, lo sabes —dijo.

Y se quedó tan ancho. Esa imagen de Carlos besándose con otra, que además yo pensaba que podía ser mi hija, me había torturado desde entonces. Y resulta que se lo había inventado para que me liara con él. No pude evitarlo, le solté un guantazo y lo dejé clavado en el sitio. Busqué entonces a mi hija para disculparme y me la encontré en un rincón charlando animadamente con Alberto Ferrán, el director del diario con mayor tirada del país y muy amigo nuestro desde hacía años. Todos los veranos les invitábamos a él, a su mujer y a sus tres hijos a compartir unos días a bordo de nuestro yate. Me sorprendió verlos tan apartados, pero no le di importancia. La mejor amiga de Dani era su hija, que no había podido venir a la fiesta. Le estaría preguntando los motivos de su ausencia, pensé. Les interrumpí cuando reían sobre algo que no alcancé a escuchar.

—Dani, ¿puedo hablar contigo? —lo interrumpí.

—Claro, mamá, ¿todo bien?

—Sí, cariño, la fiesta es tal y como la quería. Gracias.

—Me alegro —contestó satisfecha.

—Es solo que quería pedirte perdón.

—¿Por? —preguntó extrañada.

—Por dudar de ti... y de Carlos —le confesé.

—Ah... No te preocupes, ya lo había olvidado —respondió sincera.

—Alguien me contó un chisme y yo me lo creí.

—Tranquila, de verdad. Ya te dije el otro día que Carlos te quiere mucho y que lo está pasando muy mal sin verte.

—Y si tanto me quiere, ¿por qué no ha venido?

—Ha venido, lo que pasa es que no se atreve a subir. Llevo una hora intentando convencerlo. Piensa que tú no querrás verle.

De repente, me sentí como una adolescente en su baile de graduación. El chico que debía haberme acompañado estaba en la calle pasando frío. Tenía que ir a por él. Salí a toda prisa de la casa, el ascensor estaba lleno. Los invitados bajaban y subían de fumar formando tapón. Bajé las escaleras de dos en dos. Me había pasado los dos últimos meses convenciéndome de que era un cerdo, uno como tantos otros que corren a los brazos de una jovencita a la menor ocasión. Nada más salir del portal lo vi, frágil e inseguro, pero tan guapo como siempre. Estaba de espaldas y miraba nervioso el móvil. Le sorprendí agarrándole con fuerza por la cintura. Se giró, me miró sorprendido y me besó hasta dejarme sin aliento. Hay besos que hablan de todo lo que uno es incapaz de decir con palabras, y ese era uno de ellos. Nos acariciamos la cara sin creernos que estuviéramos juntos de nuevo. Quiso hablar y no le dejé. Hacía demasiado que no saltaban chispas entre nosotros como para dejarlas escapar. El chófer seguía aparcado en doble fila. Agarré a Carlos de la mano y lo empujé dentro del coche. Le susurré al oído la dirección adonde quería que nos llevara y me acomodé junto a Carlos en el asiento trasero. Qué gusto volver a olerle tan de cerca. Llegamos al hotelito donde solíamos vernos en nuestros inicios. Pedí en recepción una de las suites. Carlos quería decirme algo pero yo le tapaba la boca. Me daba miedo que estropeará el momento. Al final lo soltó.

—Estela, he estado muy mal, ¿podrías perdonarme?

—Ahora no, Carlos, disfrutemos de la noche. Es mi cumpleaños —le dije para que no siguiera por ahí.

Si se ponía lastimero, se me cortaría el rollo. Me apetecía hacer el amor con él, no consolarle como a un gatito. Sacándonos la ropa a toda prisa tropezamos torpemente y caímos en la mullida alfombra. Qué buena sensación volver a tenerle dentro. Nos olvidamos por completo de la fiesta hasta que Carlos me dijo que tal vez deberíamos volver. «¿Para qué?», le contesté, la gente estaría ya tan alcoholizada que ni siquiera me echarían en falta. Le pareció bien, y seguimos disfrutando del reencuentro. Amanecimos juntos, y entonces sí me pareció el momento ideal para desatar nudos.

—Carlos, ¿por qué has estado tan ausente? —le pregunté en cuanto vi que abría un ojo.

—Estaba muy deprimido, Estela. Sin fuerzas ni para coger un teléfono.

—Me has hecho mucho daño con tu silencio, ¿lo sabes?

—Me hago una idea, sí, y lo siento.

—Y ¿qué es lo que pretendías exactamente? Sigo sin tragarme que me dejerais únicamente porque lo veía todo de color de rosa. Tiene que haber algo más.

—Eso era lo principal, no nos comprendías, Estela.

—Has dicho lo principal, ¿o sea que hay algo más?

—Sí, necesitábamos ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para afrontar algo que todavía no sabes.

—¿Algo que no sé? ¿El qué? Carlos, me estás poniendo de los nervios. ¡Suéltalo de una vez!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque afecta a Daniela, es ella la que debe decírtelo.

—¿Tiene algo que ver con que estéis viviendo en casa de Pablo?

Carlos se quedó sin habla. Se suponía que yo no debía saber eso.

—¿Cómo lo sabes? —soltó al fin.

—Mi hija se va de casa embarazada y el capullo que le ha hecho el bombo la deja tirada. Quería encontrar a ese pingajo humano y cantarle las cuarenta. Y va y descubro que os habéis montado una especie de comuna entre los tres.

—Te equivocas.

—Eso espero, pero hasta que alguien me lo explique no puedo pasar página.

—Pablo solo es el dueño del piso, no vive con nosotros. Y tampoco es el padre de tu futura nieta.

—¿¿¿Cómoooo??? Ahora sí que me has dejado muerta. ¿Y quién es?

—Ya te lo he dicho, tiene que ser Dani la que te lo cuente, no yo —me respondió muy serio.

Y tras decir esto, se levantó, se vistió, me dio un beso en los labios y se fue. Así, sin darme más explicación. Otra vez me dejaba tirada, lo mío no tenía remedio. Tirada y rayada. ¿Por qué Dani no me lo había dicho? ¿Y por qué puso a Pablo a los pies de los caballos cuando el chaval no tenía culpa? Me duché, me vestí y salí pitando. El grupo de WhatsApp que compartía con Berta, Cass y Paloma ardía. Desde la noche anterior reclamaban que les dijera dónde y con quién me había fugado. Daniela les había dicho que estaba con Carlos, pero ellas querían que se lo dijera yo de primera mano. Embarazada y en ayunas, no pude resistirme a su invitación de compartir desayuno. De todos modos, era demasiado pronto, debía hacer las cosas bien si quería que Daniela embarcara conmigo esa misma tarde. Reflexionar con mis amigas no me vendría mal.

Quedamos en Candys, un horno pastelería famoso por tener la mejor bollería francesa de la ciudad. Solíamos desayunar allí un día a la semana. Compartíamos un pedazo de tarta esponjoso entre las cuatro, demasiadas calorías para una sola.

—¿Así que lo has pasado bien esta noche? No hay nada como los polvos de reconciliación —dijo Cass que contaba con una larga experiencia en el sector.

—Bueno, no estuvo mal —contesté con mis pensamientos en otro sitio.

—¿No estuvo mal? ¿Eso es todo? Si después de dos meses eso es lo único que tienes que decir, mejor no vuelvas con él o acabarás en brazos de otro, como yo. — Berta hablaba sin tapujos de su *affaire*, ese que duraba ya más de la cuenta.

—No, en realidad estuvo muy bien. Lo que pasa es que esta mañana me ha dicho algo que me ha dejado mal sabor de boca.

—Ya se nota, ya. Deberías dejar de masticar para respirar entre bocado y bocado. ¡Madre mía! ¡Qué voracidad! No te emociones, que dicen que a los cuarenta te abandonan todos menos los kilos. Ja, ja, ja —rió con ganas Cass, a quien, a sus veintiséis, los cuarenta le parecían la senectud de la vida.

—Muy chisposa. Chicas, esto es serio. Aún no sé quién ha dejado embarazada a mi hija.

—¿No era un compañero de facultad, un tal Pablo? —preguntó Paloma.

—Eso creía yo. Carlos dice que debe ser Dani quien me lo cuente.

—¿No será él? Sería para cortarle las pelotas —soltó Cass sin cortarse un pelo.

—No, no, mis sospechas sobre un lío entre ellos eran infundadas —les aclaré.

—Desde luego, Estela, has pasado de ser icono de los dalái lamas a protagonizar un culebrón al más puro estilo venezolano —dijo Paloma divertida.

—Pues todavía no sabéis lo mejor.

—¿Y a qué esperas? Cass no piensa volver a empinar el codo en su buhardilla por mucho tiempo, así que el momento es ahora —me incitó Paloma.

—Eso, cuenta, cuenta —me urgió Berta.

No veía razón para seguir callada con ellas, y necesitaba compartir la noticia con alguien o me volvería loca. Cintia, la única que lo sabía, no me servía como terapia. A ella todo le parecía bien. Igual le daba que le dijeras que estabas embarazada como que te ibas a pegar un tiro. Si eso te hacía feliz, a ella también. Yo lo atribuía al estado algo disperso que tienen algunos boxeadores. Necesitaba testar la noticia con alguien de carne y hueso.

—Estoy embarazada —solté justo después de tragar mi último trozo de tarta.

—¿¿¿Quéee??? Eso es imposible —soltó Cass incrédula.

—Oye, guapa, tampoco te pases. Cumplo cuarenta, no ochenta.

—Pero vas a ser abuela, ¿cómo vas a ser abuela y madre al mismo tiempo? —insistió.

—No soy la primera en el mundo, ¿no crees? —le dije ya un poco harta de que me tratara como a una vieja decrepita.

—Eh, chicas, parad. Se nos olvida lo más importante. Enhorabuena, cariño —dijo la dulce Berta mientras me abrazaba.

—Oye, ¿y lo sabe Carlos?, porque es suyo, ¿no? —Cass seguía en sus trece. Parecía querer aguarne la fiesta.

—Claro que es suyo. No, no lo sabe. Solo lo sabéis vosotras. Ah, y Cintia.

—¿Cintia? Ya te vale —me recriminó la modelo.

—Me supo mal que tuviéramos que retirarnos el otro día por mi culpa. Tenía que decirle la verdad.

—O sea, ¿que tu desmayo en el descenso no era a causa del estrés? —recordó Berta.

—Llevaba días que me encontraba rara, pero no podía imaginar que fuera por eso.

—Lógico. Madre a los cuarenta, qué fuerte, nena. Va a ser muy divertido ver cómo te pones gorda como una vaca. Ja, ja, ja —se rio Cass, que al parecer lo estaba pasando en grande burlándose de mí.

—Lo peor es que no sé cómo decírselo a Daniela.

Paloma, que permanecía callada, se levantó repentinamente y se despidió.

—Me alegro mucho por ti, Estela, en serio. Y ahora disculpadme, pero tengo trabajo en casa.

—¿Un sábado por la mañana? —preguntó Cass incrédula.

—Sí, tengo mucho pendiente —añadió.

Se levantó y se fue. La noticia le había caído como un jarro de agua fría. Ella estaba deseando dar esa misma noticia desde hacía años y todo eran intentos fallidos. Supongo que ahora que lo sabíamos no se sentía con fuerzas de disimular. En ese momento ninguna caímos en la cuenta, y nos despedimos como si nada. Yo estaba demasiado ofuscada con mi particular cruzada contra el mundo. No había cabida en mi mente para problemas ajenos. Así que, en cuanto desapareció de nuestra vista, seguí con lo mío.

—Tampoco os he contado que vuelvo a Cuba.

—Pero, Estela, hija, deja algo para las demás —dijo Cass sorprendida.

—¿Cuándo? —preguntó Berta.

—Mañana.

—¡Mentira! Te estás quedando con nosotras —añadió Berta.

—En serio, ayer compré los billetes. Dos.

—¿Dos? ¿Con quién te vas? —quiso saber Cass.

—Con Dani. Por eso quería veros, necesito que me aconsejéis.

—Primero déjanos que procesemos tanta información. Estás embarazada, tu hija también y tus padres no saben nada de nada. ¿Hace cuánto que no les visitas? —repasó mentalmente Berta.

—Desde que salí de allí con diecisiete años.

—¿Diecisiete? Pensábamos que eran veinte —apuntó Cass.

—Ya, bueno, esa es otra historia. Tal vez os la cuente a mi vuelta. Ahora necesito que me aconsejéis. ¿Cómo se lo digo a Dani?

—Cógela de la mano, mírale a los ojos y dile la verdad. Está embarazada, tú también, y es el momento perfecto de pasar un tiempo a solas para asimilarlo. Y de

paso conocer a tu familia, por cuyas venas corre la misma sangre que la de su futura hija.

—¿Y si me dice que no?

—Entonces solo te queda arrodillarte y suplicar.

Me pareció un buen consejo y decidí ponerlo en práctica esa misma mañana. Así que pasamos al tema Carlos; según ellas, también debía decírselo cuanto antes. Egoístamente, no me convenía. Quería tener los cinco sentidos puestos en mi hija en aquel viaje, y decírselo supondría estar pendiente del móvil. Acabamos nuestro festín calórico y nos despedimos. El marido de Berta aguardaba en la puerta. Más enamorado que nunca y agarrándola de la cintura camino del coche. Ella se dejaba querer, supongo que por miedo a ser descubierta o por puro remordimiento. Cass se despidió soltándonos, como si nada, que había quedado con el Fiti. Había sido él quien había dado el paso y ella no pudo negarse. Después de que nuestra amiga se explayara a gusto en Las diez de Paloma y dijera que el Fiti era bisexual, la prensa lo tenía acorralado. Portada de todas las revistas del corazón, perseguido día y noche en busca de alguna declaración que confirmara la mayor. Él no habló, pero sí lo hizo el cachitas con el que me lo encontré la noche de autos. Dijo que aquella noche habían salido juntos, y que el Fiti coqueteaba abiertamente con él y que se dieron algún que otro beso. Eso destrozó al bailaor. En la última foto que se había publicado se le veía muy desmejorado. Me dio pena hasta a mí, que me caía al hígado. Y ahora había llamado a Cass, necesitaba verla. Yo le dije que era pronto para hacer las paces y pasar página: «No te puedes fiar de un tío que te llama fulana delante de toda España». Pero ella estaba convencida, acudiría a la cita. «Solo hemos quedado para hablar. Nos hemos metido mucha caña y quiero escucharle». Nada pudimos hacer, ya era mayorcita para saber lo que le convenía. Le deseamos suerte y la advertimos de que se anduviera con ojo.

El desayuno me había sentado de maravilla, ya estaba preparada para convencer a Daniela. Cuando llegué al piso donde vivía con Carlos, la pillé dormida. Cuando desaparecí de la fiesta tuvo que tomar las riendas y hacer de anfitriona, aguantando como una jabata hasta que se fue el último invitado. Estaba bastante cabreada.

—Cariño, despierta, tengo algo importante que decirte.

—¿Qué es esto, una broma pesada? Déjame dormir.

—Dani, es importante —le dije intentando que se incorporara.

—Sí, ya sé, has vuelto con Carlos, me alegro... Y ahora déjame dormir.

—No, no es eso. Nos vamos a Cuba, tú y yo. El avión sale dentro de tres horas.

—Muy bueno, mamá, se nota que has descansado. Yo no tengo ganas de bromitas mañaneras. Por favor, necesito dormir. Luego hablamos.

—No, Dani, es en serio, despierta. Yo te ayudo con la maleta.

Dani abrió un ojo y me observó fijamente. Se dio cuenta de que no mentía y se incorporó.

—Vas en serio, ¿no?

—Totalmente.

—Y ¿por qué tendría que irme a Cuba? Estoy embarazada, no sé si es lo más adecuado.

—Precisamente por eso, para que conozcas tus raíces ahora que vas a ser madre.

—Un poco precipitado, ¿no crees?

—Quise decírtelo anoche, pero llegamos a la fiesta y...

—Y te piraste dejándome con todos tus amigos.

—Ya, Dani, perdona, me encantó la sorpresa, pero Carlos estaba abajo, nos reencontramos...

—Vale, vale, no me cuentes más, ya me hago una idea.

—Entonces qué, ¿hacemos la maleta?

—No, mamá, no cuentes conmigo. Hoy no tengo cuerpo de vuelo.

Recordé entonces las palabras de Cass y pasé al plan B. Me arrodillé junto a la cama y le supliqué.

—Por favor, hija. Tienes que venir.

—Mamá, te he pedido mil veces que me lleves y has pasado de mí. Ahora no es el momento, me da miedo. ¿Y si me pasa algo?

—Allí también tienen hijos, Dani, yo conozco buenos médicos. Además, no te va a pasar nada, ya estás de tres meses, el peligro pasó.

—No me convences.

—¿Y si te digo que yo también estoy esperando un bebé?

Ahora sí que conseguí que saltara de la cama, literalmente.

—Mentira, me tomas el pelo.

No, estoy de dos meses. Vas a tener un hermano.

—¡Qué pasada! No puedo creerte. Ja, ja, ja. Un hermano y un hijo a la vez. ¡Increíble! ¿Lo sabe Carlos?

—Todavía no, paso a paso, cariño. No hay prisa.

—Pero...

—Lo importante ahora es que cojamos ese vuelo. Me pedisteis que volviera a ser la de antes y, para eso, tenemos que volver a esa isla. ¡Vayamos juntas!

—Está bien, me has convencido. Un hermano, yujuuu, más vale tarde que nunca. Gracias, mamá, gracias —me dijo emocionada mientras me besaba en la mejilla una y otra vez.

Me alegré de haberme equivocado. Había creído que a Daniela le molestaría que hubiera decidido tener un hijo justo a la vez que ella, que se sentiría eclipsada. Al ver cómo le brillaban los ojos, salí de dudas, mi hija era todo bondad. Nunca quiso ser

protá de nada, para eso ya estaba yo.

Hicimos su equipaje a toda prisa, riendo y flipando al mismo tiempo. Íbamos a ser madres a la vez. Nuestros hijos crecerían como hermanos. ¡Menuda aventura! Pensé en preguntarle quién era el padre, pero temí estropear el momento, o que se echara atrás y no cogiera el vuelo. Ya me lo diría ella cuando quisiera, o pudiera. Lo importante era que estábamos juntas de nuevo, lo demás podía esperar. Subimos al avión emocionadas. Las dos deseábamos hacer ese viaje desde hacía mucho tiempo. En el despegue, nos cogimos de la mano y apretamos con fuerza. Me vino a la mente la imagen de mi abuela mientras la subían a la ambulancia, apretando mi mano como despedida. Cuando el avión se estabilizó, Dani sacó una libretita y un bolígrafo, y empezó su interrogatorio. No quería que mi familia descubriera que no sabía nada de ella. «Bastante mal has quedado no llevándome en todos estos años», me dijo, y apuntó uno por uno los nombres y apellidos de todos. Los abuelos, los tíos, los primos, las mujeres de los primos, sus hijos. Eran parte de mi vida, mi familia, pero nunca la compartí con ella. Solo le pedía que se pusiera al teléfono por Navidades o por los cumpleaños de mis padres. Para qué marearla con la familia de Cuba cuando no pensaba llevarla allí. Ahora Dani parecía querer recabar todos los datos que yo no le había dado. Teníamos un vuelo de ocho horas por delante. Le hablé de mi infancia, de mi corazón desbocado y de cómo acabé vendiendo mi cuerpo para salir de aquel lugar, quitarme el olor a pobreza y empezar de nuevo. Ella me escuchaba muy atenta, sin cuestionarme ni reprocharme nada. Había imaginado cientos de reacciones que podría tener mi hija cuando le confesara mi pasado, pero al final fue mucho más fácil. Lo entendió, sin más. Yo pensé que igual lo sabía.

—Entonces, ¿mi padre era un cliente tuyo? —preguntó atónita.

—Sí, pero con él fue diferente. Paseábamos por el Malecón de la mano, nos mirábamos embobados y nos reíamos mucho. Era muy divertido, eso me conquistó.

—Pero tenías diecisiete años, ¿no le importaba?

—Supongo que no mucho, hija. Siempre le gustaron jóvenes.

—¡Qué asco! Me alegro de que nos dejara. Era un viejo verde.

—No digas eso, Dani. Las mujeres eran su perdición, y supongo que lo seguirán siendo, pero no puedes hacerte una idea de cómo te miraba. Te quería más que a nada.

—Ya, por eso nos dejó tiradas. Menudo cabronazo, mamá, haz el favor de no excusarle.

—No le excuso, pero me niego a vivir una vida de rencor. No importa dónde esté ahora, ni con quién, ni si se acuerda o no de nosotras. A mí me reconforta recordar que cuando estuvimos juntos fue de verdad. Cada vez que te tenía en brazos todo su mundo se paraba. Tú eras lo más importante.

—Pues a mí lo único que me reconfortaría sería tenerlo delante y preguntarle por

qué cuando se fue dejé de interesarle yo también. Podría estar muerta y a él le daría igual.

—¿Te gustaría buscarle? Estoy dispuesta a ayudarte en todo si eso es lo que quieres.

—Mamá, ¿en serio? ¿De verdad harías eso por mí?

—Sabía que llegaría el día en que me lo pedirías. Podemos llamar a Elvira y que se ponga manos a la obra.

—Sí, por favor, hagámoslo. Necesito verle, decirle que va a ser abuelo, ver qué cara pone, saber si todavía importo algo —respondió.

—Seguro que sí, hija...

—Yo no lo tengo tan claro. Necesito comprobarlo con mis propios ojos.

—Te entiendo —le contesté cogiéndole de nuevo la mano.

Comenzamos el descenso a la isla de la que había escapado a los diecisiete años para no volver. Todos mis sueños se habían ido cumpliendo desde que saliera de allí. Conseguí fama, dinero, tuve una hija preciosa y volví a encontrar el amor después de que mi marido me abandonara. Una vida de película que se había desmoronado como un castillo de naipes. Ahora mi felicidad dependía de esa vuelta a casa, del reencuentro con mis padres y de su perdón. Me acordé en ese momento de mis amigas. Cass, Paloma y Berta. Les encantaría saber que había conseguido convencer a mi hija, que le había contado lo de mi embarazo y que estaba como loca de contenta. Entonces, Dani me zarandeó suavemente para que volviera en mí. «Mamá, mira, ya se ve La Habana, es impresionante». Y vaya si lo era. También era la primera vez que yo la veía de aquella manera. El primer aterrizaje de mi vida en la ciudad que me vio nacer. Hacía muchísimo viento y atravesamos unas turbulencias bastante fuertes. Observé por la ventanilla el mar embravecido y pensé en la cantidad de cubanos que habían perdido sus vidas en esas aguas, en busca de la libertad, esa que yo había alcanzado. Veintitrés años de exilio que terminaban al tocar tierra. Los pasajeros aplaudieron cuando el avión frenó del todo. Nosotras también lo hicimos, mientras reíamos. Realmente no aplaudíamos al piloto, sino a nosotras. Estábamos donde debíamos estar, hacía ya mucho tiempo.

SIETE

Me habría gustado alojarme en el hotel Nacional, uno de los más emblemáticos y caros de La Habana. Cuando tenía tan solo trece años, ya lo rondaba con mis amigas para espiar a los turistas. Un día descubrimos un agujero en uno de sus muros y, desde entonces, no había día que no pasáramos un buen rato fisgoneando. Teníamos que turnarnos, porque el hueco para ver era pequeño, pero no nos importaba esperar. La recompensa valía la pena. La visión de aquellas mujeres tostándose al sol, bebiendo mojitos o daiquiris de colores, mientras sus parejas las untaban de crema, nos tenía fascinadas. Todas soñábamos con crecer, salir de Cuba y volver casadas con uno de esos untadores de crema a ese mismo hotel, para pasar días enteros acomodadas en aquellas hamacas que parecían más confortables que nuestras propias camas. Yo podría haberlo hecho, antes de que mi marido me dejase por otra, pero tuve miedo y vergüenza. Porque a los inocentes años de mi adolescencia les siguieron otros en los que mis visitas al hotel Nacional tenían un fin bien distinto. A la caza del turista pudiente... y caliente. Algunos viajaban solos, otros con novias o mujeres, pero casi todos aprovechaban el ansia de sol de sus chicas para darse una vuelta por los alrededores del Nacional y satisfacer su curiosidad. No podría contar cuántas horas de mi vida pasé dando vueltas a unos muros que no podíamos traspasar. Los cubanos teníamos prohibida la entrada, a no ser que fueras empleado. Aunque yo, para envidia de mis amigas, logré pasar una noche dentro. Y fue gracias a Eduardo, el camarero más guapo de la terraza. Algo mayor que nosotras, ese cubano listo conseguía embaucar a las turistas con la fascinante visión de sus músculos y su trasero salsero. Se llevaba un buen sobresueldo por los servicios que ofrecía más allá de esa terraza. Eduardo fue el primer chico que me gustó, y el primero con el que hice el amor a los quince años aquella única noche como intrusa en el Nacional. Nos habíamos conocido dos años antes, cuando nos pilló en pleno espionaje a los turistas. Mis amigas lo vieron acercarse y salieron corriendo, pero yo ni me di cuenta. Una mujer que debía de ser alemana o inglesa, muy rubia y muy blanca de piel, se quitaba la parte de arriba del bikini para hacer *topless*. Alguien se acercaría pronto para decirle que debía taparse. Yo contemplaba fascinada la piel casi transparente de sus pechos y sus pezones rosa chicle. Entonces, Eduardo me agarró de la oreja y yo le solté un manotazo pensando que era una de mis amigas.

—Es mi turno, déjame —dije enfadada.

—Conque tu turno, eh... —me contestó él separándose del agujero.

Cuando me di cuenta de que estaba sola, quise salir corriendo, pero el camarero me lo impidió cogiéndome de la coleta.

—Suéltame o llamo a la policía —le dije revolviéndome.

—¿Ah, sí? ¿Estás segura? A lo mejor soy yo el que la llamo. ¡Policía, policía! —gritó desafiante.

—De acuerdo, de acuerdo. No sigas, por favor. ¿Puedo irme? —pregunté ya asustada.

—No sin antes decirme tu nombre, niña bonita —contestó con una sonrisa.

—¿Mi nombre? ¿Y para qué lo quieres? ¿No irás a denunciarme? Te prometo que no volveré por aquí.

—Hola, yo soy Eduardo. ¿Amigos? —dijo extendiendo el brazo para que le chocara la mano.

—Ah, vale, yo Daniela, Daniela Santos —dije respondiéndole al saludo.

—Veo que tienes muy buenas amigas —se burló mirando a un lado y a otro.

—Sí..., bueno... Yo habría hecho lo mismo. Mejor que pillen a una que a todas, ¿no crees?

—Tal vez, pero eso no es amistad. Oye, ¿y qué es eso que os divierte tanto para pasar las horas pegadas a este muro?

—Compruébalo tú mismo —le contesté señalando el agujero para que se asomara.

—¡Caramba, menudas vistas! Desde aquí veis los culos de las turistas mejor que yo.

—Ja, ja, ja, y el tuyo también —dije sin pensar al tiempo que me ruborizaba.

—¿El mío? ¿No eres muy niña tú para ir mirando el culo a los chicos?

—Tengo trece años —dije orgullosa.

—Ja, ja, ja, lo que yo digo, una niña bonita.

—¿Cuántos tienes tú?

—Dieciocho, aunque mi culo aparenta veinte, ¿no crees?

—No lo sé, tampoco lo miro tanto —mentí.

—Ya —contestó sin creermelo.

Así empezó nuestra amistad, que mantuvimos hasta el día en que me fugué de La Habana. Fue al único al que le dije que me iba. Mi última noche en la isla me escapé y fui a verle. Le prometí que volvería a por él, con un contrato de trabajo: «Seguro que en España matan por tener a un cubano guapo como tú en cualquiera de sus hoteles». Y le dije que no olvidaría nuestra noche en la gran suite. Esto último sí lo cumplí, de lo demás me olvidé al poco de partir. Yo, al igual que hicieran conmigo mis amigas, le dejé tirado en aquel agujero.

—Mamá, ¿cuándo vamos a ver a los abuelos? —me apremió mi hija ya en el hotel.

—Pronto, antes quiero ir a ver a Eduardo, ¿recuerdas? Te hablé de él ayer en el vuelo —le dije mientras cogía mis cosas.

—¿El camarero del Nacional? —me preguntó.

—Sí, a ver si todavía está allí. Le debo una disculpa —contesté.

—Vale, pero prométeme que volverás pronto. Tengo muchas ganas de ir a verles.

—Lo prometo, ahora relájate y descansa del viaje. A la hora de comer estaré de vuelta.

No comimos juntas. Cuando llegué al Nacional, me fui directa a nuestro agujero secreto. Quería verle sin ser vista, como cuando le miraba de niña. El muro seguía igual, y la grieta por la que mirábamos también. Había que guiñar un ojo y mantener el otro bien abierto para ver algo. Observé la terraza durante un buen rato. Era temprano, pero los primeros turistas ya iban bajando para coger el mejor sitio, cerca de la piscina. Muchos camareros jovencitos, de unos veinte años. De él, ni rastro. Según mis cálculos, ahora tendría cuarenta y cinco. A esa edad en Cuba ya no te ponen como reclamo de nada, pensé. Tendría que pasar dentro para averiguar qué había sido de él. Pregunté en recepción, a los mozos, botones, camareros... Nada. Casi todos eran chicos jóvenes y ninguno recordaba haberlo conocido. Me senté en una mesita de la terraza y me pedí un cóctel. Curiosamente, no me sentí tan poderosa como había imaginado. Había conseguido fama y dinero, pero no había sido capaz de mantener mi amistad con Eduardo, una de las personas más importantes de mi vida. De pronto, un hombre mayor se acercó hacia mí.

—Buenas tardes, señora, me han dicho que está buscando a Eduardo Ramírez.

—Sí, ¿lo conoce?

—Claro, trabajó para mí durante diez años.

—¿Sabe dónde está ahora?

—No he vuelto a tener a nadie como él. Honrado, trabajador y con mucho sentido del humor. Un gran empleado y un amigo. A usted la quería mucho.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Daniela, ¿no?

—Sí, Daniela Santos —respondí emocionada.

—Decía que usted lo sacaría de aquí y se lo llevaría a España.

—Sí, eso le dije —contesté.

—Señora Daniela, si me admite un consejo, olvide el pasado y vaya a buscarle, se alegrará de verla.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle?

La Niña Bonita de La Habana, así se llamaba el paladar que había abierto Eduardo con el dinero que consiguió ahorrar de sus años en el Nacional. Las propinas de las turistas habían dado de sí. Cuando llegué y observé desde el taxi el letrero luminoso, me estremecí. Así era como él me llamaba. Bajé del taxi, me aproximé unos pasos y enseguida le reconocí. Su sonrisa permanecía intacta..., y su trasero también. Nada que ver con ninguno de los otros hombres que habían pasado por mi

vida. Ese habanero tenía varios extras de serie difíciles de encontrar. Me acerqué sigilosamente por detrás y le cogí de la oreja, tal como hizo él cuando me pilló espiando en el Nacional.

—¿Daniela?!

—Hola, Eduardo.

—No puedo creer que te tenga delante. Estás... guapísima.

—Tú tampoco estás mal. Veo que tu culo sigue en su sitio.

—¿Dónde si no? Pero niña, ¿qué te trae por aquí? No tengo hecha la maleta.

—Eduardo, lo siento, no tengo excusa. Debes de odiarme y lo entiendo, me he portado fatal, pero es que... —me excusé.

—Para, para, ha pasado mucho tiempo. Lo importante es que ahora estás aquí —dijo realmente contento—. Estoy libre en media hora, ¿me esperas?

Cómo no iba a hacerlo, después de hacerle esperar yo a él durante años. Me propuso picar algo en uno de sus locales preferidos, otro de esos lugares en los que soñábamos sentarnos algún día. Al terminar de comer, dimos un paseo por el Malecón. Le resumí mis veintitrés años de ausencia obviando los abandonos y mi reciente embarazo, y le enseñé una foto de Dani que llevaba en la cartera.

—Es igualita que tú —me dijo acariciándome una mejilla.

—Sí, pero más buena.

—Eso es fácil. Nos olvidaste rápido, ¿eh?

—Demasiado. No quise mirar atrás, supongo que tenía miedo.

—Te entiendo.

—¿Aún querrías salir de Cuba?

—¿Y eso? ¿Me has traído un contrato?

—Yo misma puedo contratarte, de lo que quieras.

—Muy tentador, gracias.

—¿Y?

—Al final encontré aquí mi lugar en el mundo, y aprendí a vivir sin desear lo que no tengo. La Habana es mi hogar, aquí está todo lo que quiero, solo faltabas tú.

—Pero yo me vuelvo en dos días.

—Bueno, algún día volverás. Además, ya me acostumbré a vivir esperándote.

—Como quieras. Te veo muy bien, ¿has sentado la cabeza?

—¿Tú que crees?

—¿No me digas que sigues pendoneando?

—¿Qué otra cosa se puede hacer en La Habana? Demasiadas chicas bonitas a las que satisfacer.

—Ja, ja, ja. No has cambiado nada, las turistas deben de estar contentas.

—Muchas hasta repiten, así que no debo de hacerlo mal.

—Ja, ja, ja.

Aunque a mí siempre me pareció el chico más guapo de La Habana, nuestra relación era la de dos muy buenos amigos. Hasta que un día le pedí que me diera algunos consejos para acercarme a los turistas, como él hacía con las mujeres del Nacional. Estuvo sin hablarme una semana. Empecé a vestirme muy provocativa y a echarme kilos de maquillaje para aparentar más edad. Mis amigas, con mi misma edad, también lo hicieron, y no tardaron en acostarse con turistas a cambio de dinero. Eduardo vio que, con o sin su ayuda, yo iba a hacer lo mismo, y me citó una noche en el Nacional. Su turno había acabado y me esperó al otro lado del muro, donde estaba el agujero. Mis amigas por un lado, y él por el otro, me ayudaron a saltarlo. Una vez dentro, un compañero nos condujo hasta una de las suites situadas en el jardín, que esa noche estaba desocupada. Vigilaría desde fuera para que nadie nos pillara.

—¡Qué bonita! —exclamé al ver la habitación.

—No más que tú, niña —respondió el camarero agarrándome de la cintura.

—Gracias, Eduardo, esto es importante para mí.

Me había besado con algún chico, incluso me había dejado manosear las tetas, pero nada tenía que ver con aquello. Mi amigo me trató como si fuera a romperme entre sus dedos, y yo me dejé llevar. Había fantaseado muchas veces sobre cómo sería, si me gustaría o si dolería mucho. Curiosamente, lo que más recuerdo es que, después de esa noche, me sentí distinta. Al acabar, salimos pitando del hotel y paseamos por el Malecón. Eduardo me advirtió entonces de los peligros que podía correr.

—Niña bonita, deja de mirar a las estrellas y escúchame. Regla número uno: nada de borrachos. Un tío muy mamado puede hacer que acabes tirada en cualquier callejón.

—De acuerdo —asentí todavía en Babia.

—Regla número dos: el dinero siempre por delante.

—Vale.

—Regla número tres: usa siempre protección. Los turistas se acicalan mucho por fuera para que no descubras la peste que emanan sus pantalones.

—¿Algo más profe? —le pregunté divertida.

—Esto no es un juego Daniela, ándate con ojo.

Después de aquella noche, nos hicimos todavía más íntimos, pero no volvimos a hablar de lo que habíamos hecho. En nuestro paseo por el Malecón, veintitrés años después, me lancé a la piscina.

—Eduardo...

—Dime.

—¿Tú disfrutaste?

—¿Yo? ¿Cuándo?

—De nuestra noche en el Nacional.

—¿Y eso? ¿A qué viene ahora?

—Siempre quise preguntártelo, pero no me atrevía.

—Uf, estaba muy nervioso, para mí eras una niña, además de mi mejor amiga.

—O sea, que no —contesté decepcionada.

—Me impactó verte desnuda, te notaba temblar y me daba miedo hacerte daño.

Fue un poco tenso todo, ¿no crees?

—Sí, bueno... Pero en medio de esa tensión, ¿hubo algún momento bueno?

—¿Quieres saber si llegué al orgasmo? Ja, ja, ja, Daniela, qué graciosa eres. Claro que sí.

—Ah, vale, pensaba que lo hiciste solo como un favor.

—Fue un favor mutuo. ¿Y a ti?, ¿te gustó? Tampoco me lo has dicho nunca.

—Porque nunca me lo preguntaste.

—¿Y? —insistió curioso.

—Me dolió bastante, la verdad.

—¿En serio? Lo siento.

—Pero ningún otro dolor me ha vuelto a gustar tanto.

—Ah, qué bien —dijo satisfecho.

Mi hija me llamó al móvil, quería que fuera a cenar con ella. Estaba aburrida de tanto daiquiri sin alcohol en soledad. Estuve a punto de pedirle a Eduardo que me acompañara, pero lo pensé mejor. No quería que a mi hija le diera un yuyu antes de empezar nuestra aventura.

—Te prometo que pasaré a despedirme.

—Tu última promesa has tardado veintitrés años en cumplirla.

—Tienes razón, nada de promesas. ¿Sabes una cosa? Sigues siendo mi mejor amigo.

—Y tú mi niña bonita.

Nos dimos un beso en los labios y cada uno emprendió su camino. Exactamente igual que la última vez que nos vimos. De vuelta al hotel, pensé lo rara que era mi vida. Mi mejor amiga era una psicoanalista con la que nunca había mantenido una conversación sin libreta de por medio, y mi mejor amigo no sabía qué había sido de mí en casi un cuarto de siglo. Las amistades de mis años en Madrid eran circunstanciales, iban y venían. Y Cass, Berta y Paloma, que eran lo más parecido que tenía a unas amigas de verdad, todavía no sabían casi nada de mí. Nadie sabía casi nada de mí. *Desmontando a Estela Cruz* les daría una idea. Llegué al hotel y conseguí que mi hija accediera a cenar en su restaurante. Ella se moría de ganas de visitar La Habana, pero conseguí convencerla. Le prometí que al día siguiente a primera hora nos pondríamos en marcha. Yo y mis promesas incumplidas. Solo quería que se acostara para quedarme a solas. Ver a Eduardo había removido muchas cosas y necesitaba escribir. Pasé la noche en vela dándole al teclado a una velocidad

de vértigo. Solo paré un momento, a las tres de la mañana, para hacer una llamada importante a España. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Paloma abandonando la cafetería durante nuestro desayuno después de decirle que estaba embarazada. La pillé como siempre, con los pimientos en el horno y la cabeza a punto de estallarle de tanto darle vueltas a sus diez preguntas. Me contó que esa semana el personaje, un político de medio pelo acusado de corrupción, no le ponía nada. Decía que los políticos rara vez te dan un buen titular, y que la lucha por conseguir que no se hiciera un mitin a su costa era realmente agotadora. Le pregunté por sus tratamientos de fertilidad y le dije que no se rindiera, que seguro que lo conseguía. «Tranquila, seguiré hasta que me quede el último pimiento en el horno», me contestó quitándole hierro al asunto.

Colgué con Paloma, ya más tranquila, y seguí escribiendo hasta el amanecer. Antes de acostarme, fui a la habitación de Dani y deslicé un papelito por debajo de la puerta. Le pedía disculpas por no acompañarla en su primer paseo por la ciudad. También le indicaba el lugar exacto donde se encontraba el agujero secreto del Nacional, los sitios adonde iba con mis amigas, mi zona preferida del Malecón, etcétera. Me pareció buena idea que mi hija supiera un poco más de mí antes de conocer personalmente a mi familia. Luego dormí plácidamente hasta que sonó el teléfono, sobre la una de la tarde. Era mi amiga Cassandra que, en lugar de interesarse por mi viaje, me llamaba con efecto de urgencia para que la aconsejara. La tía, no contenta con la que se había liado desde nuestra última noche de despendole, había vuelto a quedar con el yogurín que provocó la ira del Fiti y su consiguiente ruptura. Me confesó que ya no se acordaba de lo que era sentirse tan deseada y que, cuando la llamó, no se pudo negar. Juan, que era como se llamaba el casi adolescente, se la llevó al típico mirador adonde van los jóvenes sin casa a darse el lote. Cass pensó que allí estarían a salvo de mirones con móvil y de la prensa. Pero Juanito nos había salido espabilado. Lo tenía todo pactado con una agencia. Mi amiga, que cayó como una tonta en la trampa, estaba destrozada. Yo en principio no lo vi tan grave, al fin y al cabo ella era libre de hacer lo que le viniera en gana. Hasta que me contó cómo acabó el encuentro.

—¡¡¡Cass!!! Dime que eso no es verdad.

—Ojalá pudiera.

—Estás mal de la cabeza, ¿cómo se te ocurre?

—Estoy desentrenada, Estela, me parecía todo taaan de verdad.

—Sí, claro, y de verdad te la metió, pero hasta el fondo.

La pobre Cass se puso a llorar como una niña al otro lado del teléfono. Me dio pena no estar en Madrid, ahora que empezábamos a compartir entre nosotras algo más que entrenadora personal y grandes firmas. Pero este era mi momento y el de mi hija. Me duché a toda prisa y salí a su encuentro. Estaba pletórica, vestida con una

camiseta blanca con la bandera de Cuba marcándole la tripa y unos vaqueros. Me recibió con una sonrisa que se le salía de la cara. Decía que se sentía como en casa. La gente, los colores, el olor a salitre del Malecón..., como si todo formara ya parte de ella.

—Mamá, no sé cómo has podido pasar tanto tiempo alejada de este paraíso —me dijo sobreexcitada.

—Por miedo. No quería que se supiera mi pasado, y que tú te enteraras por la prensa de quién era tu madre —le contesté poniéndome trascendental.

—Una superviviente, eso es mi madre —me dijo besándome en la mejilla.

Las ocho horas de vuelo taladrando a Dani con mi pasado habían surtido efecto. Estaba a favor de todo. Ni la espera en el hotel, ni que la mandara a recorrer sola La Habana... Nada le torció el morro en un viaje que la tenía fascinada. Comimos en un lugar pintoresco del centro y luego la llevé a la iglesia a la que solía ir con mi madre los domingos. Los rayos de sol se filtraban entre las vidrieras de colores creando un ambiente místico, muy propicio para las confesiones. Quería contarle a Dani la relación que tenía con mi madre, más allá de felicitaciones de Navidad o llamadas de cumpleaños. Le conté que de niña me recogía del colegio y me llevaba a casa de Mercedes, mi abuela paterna, donde pasábamos las tardes cosiendo. Botones, patatas en los calcetines, bajos de pantalones..., todo tipo de arreglos que hacíamos de tapadillo a los vecinos del pueblo. Desde los siete hasta los trece años. Nunca me dio nada. Ni un caramelo o un cuaderno para pintar, y mucho menos un peso. Decía que todo lo que sacábamos era para darnos de comer. Así que ese era mi premio: comida. Me hice mayor y empecé a pedirle que me dejara quedarme alguna tarde con mis amigas, en lugar de ir a coser. Ella siempre me contestaba que otro día, pero ese otro día nunca llegaba. Una tarde, aprovechando su ausencia, le lloriqueé a mi abuela, que conocía mis ansias de libertad. A la semana siguiente tuve mi primera tarde libre. Mi madre no lo vio con buenos ojos y menos aún que hubiera usado a la abuela para conseguir mis fines. Dejó de ir a recogerme y yo empecé a descubrir el mundo. Desde entonces, nos fuimos distanciando, hasta compartir nuestras tardes en esa iglesia y poco más. Era el único lugar donde notaba su cariño, cuando me cogía la cara entre las manos y me besaba al darme la paz. Gertrudis era muy devota de la Virgen de la Caridad del Cobre, la patrona de Cuba, aunque jamás consiguió inculcarme su fe. Yo no quería saber nada de una Virgen que no conseguía hacer sonreír a mi madre. Una vez le dije a mi padre que no sabía cómo podía soportarla. Del sopapo que me soltó se me quitaron las ganas de volver a preguntar.

Después de poner al día a mi hija, nos pusimos en marcha. Mi familia vivía en Guanabacoa, un pueblo situado a diez kilómetros de La Habana. Pudimos coger un taxi, pero preferimos ir en guagua, que era el medio que yo utilizaba a diario para volver a casa por las noches. Si se me hacía tarde y ya no había servicio, solía ir en

botella, opción totalmente descartada con mi hija y nuestros bombos a cuestras. Mis abuelos por parte de padre eran guajiros, campesinos cubanos de raza blanca, y mis padres se trasladaron a vivir con ellos al campo cuando nació mi hermano. A medida que nos acercábamos al pueblo, el pánico se apoderó de mí. Hasta pensé en dar media vuelta y regresar a casa para meter la cabeza debajo de la manta otros veintitrés años. Me fui sin previo aviso, triunfé y enterré mis orígenes con billetes por vergüenza. Mi madre no me había perdonado por aquello, por mucho que en nuestras conversaciones por teléfono lo disimulara. Mi padre y mi hermano sí, ellos eran más facilones y guasones. Bajamos de la guagua y caminamos un buen rato. Era casi de noche y, en cuanto vi las luces encendidas de mi casa, mis pies se quedaron clavados al camino.

—Mamá, ¿quieres hacer el favor de moverte? —me animó mi hija tirando de mi brazo.

—¿Y si vas solo tú? —le pregunté asustada.

—Estás de broma, ¿no? Es tu familia, no creo que te cierren la puerta en las narices.

—Vale, vale, ya voy, dame solo un momento —le dije soltándole la mano de mi brazo.

Me recosté en el camino mirando al cielo y comencé con la respiración de rescate ante la mirada atónita de Dani. Inspirar, mantener, soltar, inspirar, mantener, soltar... Mano derecha en el corazón, mano izquierda en el abdomen.

—¿Se puede saber qué haces, mamá?

—Respiración costodiafragmática.

—Sí, ya veo, pero ¿justo aquí?, ¿en mitad del camino?

—Tengo ansiedad.

—Vale, esperemos entonces. Seguro que en un rato se te pasa.

—No, de verdad, ve tú. Luego me acerco. Para mí es demasiado llegar las dos juntas.

—¿A qué tienes miedo?

—A la vida.

—Vale, vale, ya me hago cargo. Iré yo primero.

Al decirme que iría ella sola, la taquicardia empezó a remitir. Me quedé apoyada sobre el tronco de una palmera y le prometí que no me movería de allí. En qué mala hora se me ocurrió este viaje sorpresa, debí avisarles primero, pensé. No pasaron ni diez minutos cuando vi que un hombre se dirigía hacia mí corriendo. Ese hombre me alcanzó y se me abalanzó.

—¡Daniela! ¡Daniela! Has vuelto. Mi hermana loca —gritaba Alfredo llorando y riendo al mismo tiempo.

—¡¡¡Alfredo!!! Eres tú... Casi me da un infarto... —le dije aliviada.

—Infarto el que casi nos da al ver a tu hija. Es igualita a ti.

—¿Y mamá? ¿Qué ha dicho?

—Se ha quedado traspuesta, loca. Debió de creer que estaba soñando.

—Ay, pobre.

—¿Y tú qué haces aquí sola?

—No sé, tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Ha pasado mucho tiempo... ¿Pero mamá está bien? ¿Y papá, qué ha dicho?

—Están todos bien, corre, vayamos a casa. ¡Qué sorpresa! Estás aquí. Ja, ja, ja —decía sin casi respirar Alfredo.

Lo primero que vi al entrar en casa fue a mi madre, cogida de la mano de mi hija sin soltarla y llorando a moco tendido. Como decía mi hermano, verla entrar en la casa tan parecida a mí cuando dejé La Habana la había dejado traspuesta. Mi padre se acercó y me plantó en la mejilla muchos besos rápidos y cortos. Mua, mua, mua... Cuánto había echado de menos esos besos. Besos, abrazos, lágrimas, risas..., aquello parecía el desenlace de una telenovela. Cuando por fin nos relajamos, mi madre cocinó unas papas revueltas con huevo y un quimbombó con pollo y plátano. Dos platos típicos cubanos a los que ella daba su toque personal. Mi padre preparó guarapo con ron y entre todos pusimos la mesa. Al contrario de lo que pensaba, ninguno me reprochó que hubiera tardado tanto en volver. Lo que no me perdonaban es que no les llevara ninguno de mis tres libros, cuya venta estaba prohibida en Cuba. En mi biografía se decía que yo era una de los muchos cubanos que habían tenido que escapar de la isla por la puerta de atrás. Aquello no debió de gustar al régimen de Fidel y censuraron toda mi obra.

—De todos modos, es papel mojado. He dejado de creer en casi todo lo que escribí —les dije.

Se quedaron muy sorprendidos, pero aun así querían tener la oportunidad de leerlos, y también el último. Me dieron un contacto para poder mandarlos de forma segura, y prometí que me pondría a ello en cuanto llegara a España. Después de comer, pasamos a la salita. Era la hora del ron con ron, nada de mezclas. Daniela y yo habíamos disimulado mojándonos los labios con el guarapo, pero esto era demasiado.

—Papá, a Daniela y a mí no nos sirvas.

—De eso nada, tenemos mucho que celebrar —insistió mi padre.

—Es que no podemos.

—¿Y eso?

—Estamos embarazadas —solté sin anestesia.

—¿Querrás decir que tu hija está embarazada? —preguntó confuso.

—Sí, sí, ella está embarazada, y yo también. Vais a ser bisabuelos y abuelos al mismo tiempo.

Ni yo misma creía todavía que aquello fuera verdad.

—¡La Virgen de la Caridad del Cobre! —exclamó mi madre mientras se santiguaba.

—Eso es... —añadió mi padre sin saber qué adjetivo ponerle.

—¡Increíble, loca! —exclamó mi hermano.

Ahora sí que había un buen motivo para beber. Mi padre y mi hermano se pusieron tibios, mientras mi madre nos acribillaba a preguntas. Que cómo se iban a llamar los retoños, que de cuántas semanas estábamos, si sabíamos el sexo... Y como pregunta colofón, que quiénes eran los afortunados padres.

—Imagino que el tuyo será de Carlos —me dijo.

—Sí, mamá, aunque todavía no se lo he dicho.

—¿Por qué, mi niña?

—Me enteré poco antes de coger el vuelo y no me pareció el mejor momento.

—Bueno, tú sabrás, hija, ¿y el tuyo, Dani? Supongo que él si lo sabrá. Estando de tres meses...

—No, tampoco —dijo sin pensar.

Enseguida se dio cuenta de que había metido la pata y quiso rectificar, pero le salió fatal.

—Es decir, sí, es un compañero de la universidad, se llama Pablo.

—¿Os casaréis, supongo? —quiso saber mi madre.

—Tal vez, todavía no lo hemos decidido. No nos lo esperábamos.

Se hizo tarde e insistieron en que nos quedáramos a dormir. Le pedí a mi hermano que nos dejara su cuarto, que era nuestra habitación hasta que me fui. Una sola cama muy grande en la que durante años dormimos con la abuela, hasta que faltó. Recordé cuando mi padre se colaba de puntillas por las noches, aprovechando que mi madre recogía la cocina, y nos contaba cuentos que él mismo inventaba. Si alguna vez mamá lo descubría, le mandaba salir a gritos, no le gustaba que nos quitara horas de sueño. Él rompía las reglas y ella le reñía. Así era casi siempre. Esa noche la vi como no la recordaba, radiante y contenta. Cuando mi padre entró a darnos las buenas noches, se lo dije. Me contó que su hermana gemela, la tía Luisa, había estado muy enferma. Mi madre rezaba día y noche pidiendo a su Virgen un milagro. Su hermana se curó y a mi madre se le fue el mal humor, ese fue el auténtico milagro. Yo ni siquiera me había enterado de aquello. Vivía al margen de sus vidas. Dani escuchó la historia con los ojos bien abiertos. Estaba fascinada con la casa, con mis padres, con mi hermano. Decía que era todo tal cual lo había imaginado desde niña. Y que Cuba era el lugar más alucinante que había visitado jamás. Aproveché su estado de encantada con la vida para intentar que se sincerara conmigo.

—Dani, tú siempre me lo has contado todo.

—Claro, mami, y lo sigo haciendo.

—Entonces, dime, ¿por qué me has mentido? Ya sé que Pablo no es el padre de tu bebé.

Dani se quedó blanca, no se esperaba para nada que le soltara aquello.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿No habrá sido Carlos?

—Hija..., mamá no es tonta.

—Bueno, vale, no es Pablo. Siento haberte mentido.

—¿Y quién es?

—Ahora no, mamá, disfrutemos de este viaje.

—Como quieras, cariño. Cuando necesites hablar, aquí estaré.

—Lo sé, buenas noches —contestó a la vez que se daba media vuelta en la cama dándome la espalda.

Dormimos profunda y plácidamente hasta que mi madre nos despertó para desayunar. La jornada sería intensa. Visitar a los abuelos, los tíos y los primos. Ninguno sabía todavía que la pequeña pecosa de ojos verdes había vuelto a la aldea. El reencuentro fue emotivo e intenso. Paseo, comida copiosa, sobremesa extensa y un calor pegajoso que nos agotó. Al día siguiente teníamos el vuelo de regreso a España. Mi familia intentó convencernos de que nos quedáramos, pero no era posible. Dani tenía que hacerse una ecografía importante, y yo también quería saber si todo iba bien. Con mis cuarenta recién cumplidos mi embarazo podía considerarse de riesgo. Por otro lado, tampoco teníamos mucho más que hacer allí. En ese pueblo de La Habana la vida pasaba sin más. Mi hija les prometió que volvería con su pequeña para que la conocieran. Yo no me atreví a tanto, en esta ocasión no quería dejar a nadie esperándome. Mi intención era volver, pero qué sabía yo lo que me deparaba el destino. Ya de vuelta en La Habana, nos desviamos por un momento de nuestro camino y paramos en La Niña Bonita. Le pedí a Dani que esperara fuera.

—Imaginaba que vendrías —dijo Eduardo satisfecho de verme.

—No podía irme sin despedirme.

—Nunca puedes, es un pequeño defecto que tienes.

—Ni sin presentarte a mi hija, Daniela.

Salió emocionado a su encuentro y, cuando la vio, la cogió en volandas como si la conociera de toda la vida.

—Otra niña bonita, ja, ja, ja. Eres igualita a tu madre.

—¿Eduardo? —preguntó mi hija.

Él asintió con la cabeza y dio un giro sobre sí mismo pavoneándose. El muy cabrito sabía lo que tenía. Un cuerpazo que te dejaba en el sitio.

—Ja, ja, ja —rio Daniela—. No entiendo cómo mi madre no se quedó aquí contigo.

—Porque está un poco loca.

Eduardo se empeñó en prepararnos unos mojitos. Le dijimos que no queríamos

beber alcohol y no preguntó por qué, lo cual agradecí. En su lugar, nos sirvió dos refrescos que nos tomamos sentados en la terraza. Sin duda, una despedida mucho más alegre que la anterior. Ya en el hotel, hicimos las maletas a toda prisa. Se nos había ido un poco la cabeza y llegamos por los pelos al aeropuerto. Un vuelo, el de vuelta, muy diferente al anterior. Era de noche y Dani lo pasó durmiendo. Yo lo intenté, pero no pude. Saqué mi bloc de notas y aproveché para anotar todo lo que había vivido esos cuatro días. No quería olvidar ni una sola frase, ni un solo gesto. Esta vez Cuba se venía conmigo con todas las consecuencias.

OCHO

—«¡Venga, chicas, que os pesa el culo!», —nos gritó Cintia, que corría junto a Cassandra unos metros más adelante. Berta y yo no podíamos más. Después de correr diez kilómetros cuesta arriba, realmente nos pesaban hasta las pestañas. Les saqué el dedo para que se dieran por enteradas. No pensábamos acelerar el paso, básicamente porque habríamos muerto. Dos cuarentonas a la cola, ese era el resumen de la jornada de *running* de esa mañana en la sierra de Madrid. Cintia y Cass se giraban cada dos por tres para animarnos a alcanzarlas. Y nosotras, hartas de contemplar sus culos prietos, acabamos por rendirnos.

—¡Seguid vosotras! —alcancé a decir con el poco aliento que me quedaba.

—¡De acuerdo, pero no os paréis! ¡Seguid andando! —contestó nuestra entrenadora.

Qué cansina era la tía. En momentos así te daban ganas de decirle que se buscara a otras a las que humillar.

Cuando desaparecieron de nuestra vista, Berta y yo nos miramos y nos paramos en seco. Hasta andar nos parecía una heroicidad. Nos tiramos en la hierba y jadeamos un buen rato hasta que pudimos pronunciar palabra.

—¿Has visto con qué cara nos han mirado cuando nos hemos parado? Eso no se lo perdono —dijo Berta medio en broma, medio en serio.

—Tranquila, algún día ellas también cumplirán cuarenta, y entonces ahí estaremos nosotras para reírnos en su cara —le dije a Berta a modo de consuelo.

—¿Reírnos? Nosotras tendremos sesenta —respondió sin entender.

—Por eso, seremos unas señoras respetables. Ya nadie esperará de nosotras que sigamos estando buenas y deseables. Estaremos relajadas, por fin —le expliqué.

—Ja, ja, ja, nuestra venganza será tremenda —rio Berta.

—Tú y yo podremos seguir trabajando hasta la jubilación con dignidad, pero ellas... Una modelo y una entrenadora personal a los cuarenta son poco menos que ancianas —añadí.

—Jo, te has pasado, me están dando hasta pena —dijo afectada.

—¿Pena? ¿Te dan pena esas dos engreídas? A mí ninguna, y no descansaré hasta que se hagan viejas y gordas —contesté totalmente en serio.

—Pero tú también estarás vieja y gorda.

—¿Y a quién le importa? Lo importante es que a ellas se les descuelgue todo, hasta las orejas.

—Ja, ja, ja, me parto contigo. Anda, vayamos a buscar a esas dos futuras decrepitas.

Seguimos montaña arriba con menos peso en nuestras espaldas. Rajar a espaldas de las amigas sentaba de maravilla. Desde la publicación de mi cuarto libro, *Desmontando a Estela Cruz*, ya no tenía que fingir ser quien no era. Podía cabrearme con el mundo y llamar a las cosas por su nombre. No pasaba nada, ninguna fuerza centrífuga salía a mi paso para destrozarme la vida. Había días malos, días no tan malos y días buenos. A cada día le ponía la cara que me daba la gana. Si me apetecía llorar, lo hacía, y si me apetecía sonreír o maldecir, también. Era mucho más relajado vivir así que esforzándote día y noche en hacer creer al mundo que eres atontadamente feliz. Contra todo pronóstico, mis lectores no se habían cabreado conmigo, ni me esperaban a media noche en callejones oscuros para acuchillarme. Interpretaron el cuarto libro como una evolución necesaria en la eterna búsqueda de la felicidad. Todos aplaudieron que hubiera sido capaz de desmontarme a mí misma para crear una nueva Estela, mucho más auténtica.

—Estela, a este ritmo me va a costar mucho que vuelvas a la talla 38 —me recriminó Cintia cuando nos vio aparecer en la cima a paso de tortuga.

—Tampoco hacía falta decirlo en voz alta, ¿no crees?

—Tranquila, lo llevas escrito en las nalgas. Vas a reventar la ropa —soltó Cass sin piedad.

—No pienso comprarme ropa más grande. Sería como aceptar que perdí la batalla.

—Es que la has perdido. Hace ya tres meses que diste a luz y sigue pareciendo que te dejaron dentro al gemelo. A ver cuándo empiezas la dieta.

—Cass, no te pases, estoy en ello, pero tengo mucha hambre.

—Y yo muchas ganas de sexo, y no voy por ahí tirándome a todo lo que se menea.

—Poco te falta —soltó Berta para defenderme.

—Habló la Virgen de Fátima —sentenció Cass.

—Os habéis despertado fuertecitas, ¿eh? Venga, guardaos algo de aliento, que aún queda la bajada.

Cass me tendió la mano para que me pusiera en pie y firmamos la paz. La mujer espigada levantando a la morsa marina de las profundidades del océano. Mi amiga tenía razón, debía tomarme la dieta en serio o nunca volvería a mi peso. El problema era que empezaba a acostumbrarme a la doble visión de mí misma y que a Carlos tampoco parecían importarle mis kilos de más. Desde que volví de Cuba y le dije que íbamos a ser padres, su visión de la vida era otra. Estaba pletórico y le encantaba atiborrarme de comida, como si de esa manera el bebé fuera a nacer más hecho. Llegó el pequeño Jaime, al que llamamos así en honor a su abuelo paterno, y con él un contrato de trabajo. Carlos pasó a formar parte de la plantilla de una de las firmas de abogados más prestigiosas del país. No era su bufete, ni aspiraba a convertirse en

socio, pero era todo lo que quería. Yo, por mi parte, deseaba más que nada en el mundo volver a lucir tipín, pero me faltaba fuerza de voluntad para salir a quemar calorías. Pasaba los días en casa con el bebé y, cuando dormía, aprovechaba para sentarme a escribir. *Desmontando a Estela Cruz* había sabido a poco a mis lectores ávidos de más claves para encontrarse a sí mismos, como había hecho yo. Mi nuevo libro *El secreto del secreto*, iría más allá.

Un día, en pleno éxtasis literario, Elvira entró en mi rincón de escritura y me tocó el hombro por detrás. Llevaba puestos los cascos con el volumen a tope. Mientras escuchaba música, mis dedos seguían aporreando el teclado; si la paraba, paraban ellos también. A veces, ya en la cama, escuchaba sonidos lejanos que provenían de mi oído. Tantas horas con la música golpeando mis tímpanos no podía ser bueno, pero si cambiaba mi método corría el riesgo de que mis musas se fueran por la ventana.

—Señora, tiene una visita.

—¿De quién se trata?

—Mejor compruébelo usted misma.

Elvira tenía el arte de saber qué decir y qué callar en cada momento. Me solté la coleta y me atusé un poco el pelo. Debía de ser alguien importante para que Elvira jugara a las sorpresitas. Bajé las escaleras y me encontré de frente con la última persona que esperaba ver allí.

—Lucía, ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —acerté a decir.

—Teníamos un café pendiente, ¿lo recuerdas? —me respondió con una sonrisa.

—Claro que lo recuerdo —añadí.

No había sabido nada de ella en casi un año. Ni cuando mi cuarto libro dio la vuelta al mundo y se convirtió en líder de ventas, ni cuando di a luz a mi pequeño en un hospital muy cerca de su casa. Y ahora tenía los santos ovarios de aparecer de repente pidiéndome cuentas por una taza de café perdida. Daba igual, Lucía estaba allí, de pie en mi salón, para decirme sin palabras que era mi amiga. Hacía una tarde de julio increíble, con un airecito fresco que daba tregua a una semana de calor insoportable. En unos días, embarcaría en mi yate con unos amigos y, después, me trasladaría a la casa de la playa, pero de momento tocaba aguantar el calor abrasador de Madrid. Le pedí a Elvira que nos sirvieran el café prometido en el jardín y me dispuse a escuchar a Lucía por primera vez en mi vida.

—Aunque no lo creas, te he echado de menos —confesó.

—Tienes razón, me cuesta creerlo, pero si tú me lo dices, haré un esfuerzo —contesté con guasa.

—Estela, iré al grano. Me caso, y quiero que vengas a mi boda —me dijo mirándome fijamente a los ojos.

Me dejé caer sobre el respaldo de la silla. ¡Guau! Mi mejor amiga que no sabía que lo era había pasado de no contarme nada de su vida a invitarme a su boda. Mil

preguntas se agolpaban en mi cabeza con ganas de salir disparadas por mi boca. ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Dónde?... Recordé que a Lucía le gustaba marcar los tempos y no quise agobiarla. Había venido a mi casa para hablarme, así que preferí escuchar.

—Será una ceremonia íntima. Poca familia y pocos amigos, solo los que han sido importantes en nuestra relación, como tú.

—¿Yo? Si ni siquiera conozco al novio.

—No importa. Tu relación con Carlos me sirvió de guía.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Me ocurre con más pacientes. Veo los errores que cometéis e intento no repetirlos. En tu caso estaba claro. Querías imponer tus ideas a toda costa y eso te llevó a quedarte sola. Yo soy también muy cabezota y me vi reflejada, así que rectifiqué.

—Ah, qué bien, pues me alegro de que mi desgracia te ayudara —le contesté con sarcasmo.

—No sabes cuánto. Estoy a punto de terminar mi ensayo *La cura del que cura*, en el que hablo precisamente de esto. De cómo los terapeutas usamos a los pacientes para sanar nuestra mente. Porque todas las mentes necesitan ser tratadas.

—Muy interesante. Oye, ¿y cómo se llama?

—*La cura del que cura* —me repitió.

—No, me refería al afortunado novio.

—Miquel Llobart.

—¿El psiquiatra?!

—Sí.

—¿El que te ponía verde porque te saltabas las normas?

—Sí, el mismo.

—¡Madre mía! Pero si te caía fatal.

—Coincidimos en un congreso de psiquiatría en Suiza. Estábamos alojados en el mismo hotel, que era donde tenían lugar las ponencias. Al principio ni nos saludábamos. Hasta una noche en que nos vimos en el restaurante. Solo quedaba una mesa libre y accedimos a sentarnos juntos. Me explicó por qué pensaba que yo estaba equivocada y no me lo tomé nada bien. Aun así, accedí a tomarme una copa con él en el bar del hotel. La cosa no acabó bien. No toleraba que nadie discutiera mi método. Me levanté, subí a mi habitación y no volvimos a hablarnos. Luego llegué a España y tú entraste a mi consulta contándome que Carlos y tu hija te dejaban porque no escuchabas. Él me llamó para disculparse, recordé sus ojos negros y quedamos.

—¡Increíble, Lucía! He hecho de celestina sin saberlo.

—Así es. Como ves, tu presencia en esa boda es fundamental.

—Cuenta conmigo.

Lucía ni siquiera esperó a que asimilara la noticia. Tenía prisa. Pasamos un

momento a que viera a Jaime y se fue. Elvira me recordó que en quince minutos tenía que estar en el hotel Palace. Esa noche era el gran desfile. Con la visita de Lucía casi lo había olvidado. Me vestí a toda prisa mientras mi coco daba vueltas y más vueltas. Mi separación de Carlos impulsó a Lucía a quedar con su peor enemigo, con el que iba a casarse después del verano. De locos.

Cuando llegué al Palace, ya estaban todas y habían montado tal alboroto que apenas se percataron de que llegaba una hora tarde. Cassandra, Berta, Paloma y yo íbamos a participar esa misma noche en un desfile benéfico contra la violencia de género. Una buena causa que merecía que dejáramos nuestra vergüenza en casa. La idea había partido de Cass y enseguida nos animamos todas. Nuestra amiga se volcó con los preparativos y hasta nos enseñó cómo recorrer la pasarela con dignidad. Quedamos un par de tardes en su estudio y nos lo pasamos en grande jugando a ser modelos. Ahora llegaba la hora de la verdad y estábamos acongojadas. Al conocerse que las cuatro participaríamos en el evento, este se había convertido en portada de periódicos y revistas. Cass y Paloma parecían encantadas con semejante despliegue, pero Berta y yo estábamos deseando que acabara aquella pesadilla. Varios diseñadores participarían desinteresadamente aportando sus creaciones más atrevidas. Se trataba de mostrar a las mujeres como seres sin miedo, autosuficientes y libres. Contemplé anonadada cómo iban quedando mis amigas. Cass estaba impresionante con su melena color trigo cardada al máximo, Paloma llevaba una sencilla coleta alta con el pelo muy estirado y fijado con gomina y Berta... parecía un caniche. Le habían cortado y rizado su bonita melena lacia para transformarla en un esperpento. Si ya le apetecía poco el desfile, esto acabó por derrumbarla.

—Berta, no es para tanto. Será solo por unas horas —le dije para tranquilizarla.

—De eso nada, es un rizado permanente —me aclaró.

—Tampoco estás tan mal, te da un toque a lo Donna Summer —añadió Cass.

—¡Quiero que me lo alises ahora mismo! —le gritó al peluquero.

—Como usted quiera, pero se le va a estropear el cabello —le respondió apurado.

—¡Da igual! No soporto verme así —contestó afectada.

—Berta, él tiene razón. Además, a tus años no creo que sea conveniente rizar y alisar el pelo así de golpe —le soltó Cass con toda la intención.

—¿A mis años? Serás zorra —le respondió Berta fuera de sí.

—Oye, guapa, que yo no tengo la culpa de que cumplas años.

—Al menos yo a mis cuarenta tengo un marido que me quiere.

—No estoy tan segura de que te quisiera si supiera que te acuestas con otro.

—Chicas, ¿queréis parar de una vez? Estamos haciendo el cuadro —les suplicó Paloma.

Y así era. El equipo de peluqueros y maquilladores que nos preparaba para el desfile estaba alucinando con la pelea de gatas que se había desencadenado entre mis

dos amigas. Berta tendría suerte si ninguno de los presentes filtraba la conversación buscándole un problema con su marido. De Cass te lo esperabas más, pero era rarísimo que Berta se comportara de aquella manera, y menos aún en público. Agarré a Berta del brazo y conseguí apartarla de Cass por un momento.

—Berta, ¿se puede saber qué demonios estás haciendo? Mírame a mí. Parece que me esté cebando para protagonizar la versión española de Bridget Jones y pienso salir a lucir mi mejor sonrisa. Hoy lo importante no somos nosotras, sino la causa por la que desfilamos.

Cuando la tenía casi convencida de firmar la paz, Cassandra irrumpió y reanudó la guerra.

—Y para que te enteres, si estoy sola es porque a mí me da la gana. No como tú, que sigues con tu marido por cobardía. Madura de una vez, que ya tienes edad —le soltó a gritos.

—¿Ah, sí? Te crees la reina del mambo porque eres joven y delgada, pero no tienes ni idea de cuáles son los auténticos valores —contestó Berta de nuevo enfurecida.

—¿Y tú me lo vas a decir? ¿Tú que trabajas borrando defectos y vendiendo a tus pacientes la idea de la eterna juventud? Ja, ja, ja, perdona que me ría.

En una hora empezaría el desfile y aún nos quedaba acabar de maquillarnos, vestirnos y hacer el último ensayo. No pensaba decirlo en ese momento, ni ante tanta gente, pero no se me ocurría otra cosa para parar aquello.

—El Fiti viene al desfile.

Y funcionó. Cassandra y Berta dejaron de gritarse y el resto de los allí presentes afinaron los oídos. La historia del Fiti y Cass seguía siendo, un año después, uno de los platos fuertes de las tertulias del corazón y las portadas de las revistas. Cass nunca se doblegó ante las súplicas de su ex para que rectificara y el bailarín se buscó otra presa fácil con la que acallar los rumores sobre su homosexualidad. Una modelo listilla a la que poco debía importar que el bailarín se acostara con hombres con tal de que la ayudara a promocionarse. Cass se había dejado la piel organizando aquello y enterarse de que el Fiti tenía intención de aparecer le revolvió por dentro. Había buscado a los patrocinadores, además de conseguir que muchos otros trabajaran a cambio de nada. Ella misma confeccionó la lista de invitados dejando bien claro que el Fiti no estaba en ella. La modelo, visiblemente afectada, llamó a la persona encargada de las invitaciones, que le aseguró que él no la tenía. «Pues cuando lo veas aparecer ya le estás prohibiendo la entrada, ¡¿queda claro?!», le gritó Cass antes de colgarle. Luego se dirigió a mí con la fuerza de un torbellino.

—¿Se puede saber quién te ha dicho que ese fantoche va a venir a joderme el desfile?!

—No te lo puedo decir, Cass —le dije haciéndole un gesto para que se hiciera

cargo de que no estábamos solas—. ¿Puedes relajarte? Ya has dado la orden de que no le dejen entrar.

—Es que no me cabe en la cabeza que ese tío tenga los huevos de aparecer con esa fulana en mi desfile.

—Y no lo hará. Venga, hagamos un esfuerzo y serenémonos. Hay mucha gente que ha trabajado duro para que todo salga bien. ¿Qué tal si pasamos del Fiti y acabamos de ponernos divinas? —le dije.

Abracé a mi amiga y conseguí que reaccionara y cambiara su actitud. Tomamos asiento y los maquilladores se pusieron el turbo para llegar a tiempo. La temática del desfile estaba inspirada en las amazonas de la mitología griega. Mujeres guerreras que en este caso sustituían el arco y las flechas por banderas blancas. La puesta en escena era espectacular. El alcalde de Madrid y rostros muy conocidos de la política, las finanzas y los medios de comunicación, así como actores, cantantes y artistas reconocidos iban haciendo su entrada en la sala que el lujoso hotel Palace había habilitado para la ocasión. La presentadora Ana Delgado, compañera de cadena de Paloma, dio la bienvenida al público al tiempo que le explicaba el motivo del desfile. Las cuatro nos asomamos por detrás de las cortinas para cotillear quién había venido. El máximo directivo de la cadena de Paloma y el director de su programa, algunas de las pacientes más importantes de Berta y sus caras de revista, modelos internacionales amigas de Cass, mi gran amigo el director del *Diario Independiente* Alberto Ferrán y su mujer ya habían ocupado sus asientos en las primeras filas. Junto a ellos, también vimos a la madre de Paloma, el marido de Berta y sus dos hijos, mi novio Carlos con mi hija Daniela y a su pareja Pablo. Por parte de Cassandra, ningún familiar. Así eran las cosas, no se hablaba con sus padres y no tenía hermanos. Su vida transcurría entre pasarelas y reuniones de amigos.

—¿Ves? Ni rastro del Fiti. Ahora a disfrutar —animé a mi amiga.

—Sí, parece que no está. Menos mal —dijo con un suspiro—. Oye, Berta, ¿me perdonas por lo de antes? He sido una tonta —se disculpó Cass.

—A veces te pasas con tus bromas sobre la edad, pero tranquila, ya me vengaré cuando vengas a que te opere las tetas. Ahora lo importante es que no nos matemos sobre esa pasarela —le dijo Berta.

—Desde luego, ¡qué nervios! ¿Y si se nos rompe una cremallera o se nos tuerce un tobillo? —preguntó Paloma.

—Eso no va a pasar y, si ocurriera, ¿qué debéis hacer? —preguntó Cass en plan profesora.

—Seguir como si nada —respondimos.

—Exacto. Una buena modelo permanece siempre inalterable ante cualquier fenómeno, bien sea el llanto desesperado de un niño, un fallo de sonido, e incluso su propia caída.

La presentadora dio comienzo al desfile y las modelos empezaron a recorrer la pasarela. Nosotras salimos las últimas como broche final, encabezadas por Cass. Erguidas, mirada al frente, sonrisa y media vuelta. Llevábamos la lección bien aprendida. Luego subieron los diseñadores a la pasarela y volvimos a hacer el paseíllo con ellos. Una gran ovación de los asistentes nos confirmó que todo había salido perfecto. Solo quedaba que Cassandra cerrara el desfile con unas palabras. Ana pidió un fuerte aplauso para ella, que había sido el alma del evento. Todo lo recaudado con las entradas iría a parar a la lucha contra la violencia de género. Cassandra se adelantó hasta el atril mientras nosotras nos quedábamos junto a los diseñadores y el resto de modelos. Ahora sí que se veía a nuestra amiga nerviosa.

—Buenas noches, disculpen que saque la chuleta, pero es muy importante que no me olvide de nadie.

Enumeró entonces a las empresas, modelos y diseñadores que habían hecho posible un desfile benéfico de semejantes dimensiones, y les dio las gracias. Luego habló de la lacra que supone el maltrato y de las mujeres que cada día mueren a manos de sus parejas. Todos se levantaron para aplaudir sus palabras, y ahí fue cuando sucedió. Las tres nos dimos cuenta de que algo no iba bien, porque Cassandra se había quedado petrificada haciendo caso omiso a las indicaciones de la presentadora para que volviera a nuestro lado para la foto final. Nuestra amiga había visto al Fiti acompañado de su nueva novia. Él miraba a Cass desafiante y su amiguita rubia platino enseñaba su blanca dentadura disfrutando con el momento. Nuestra amiga se volvió hacia nosotras, que respiramos aliviadas al creer que volvía a nuestro lado, pero no fue así. Algo debió de cruzar por su cabecita que la obligó a girarse de nuevo hacia donde estaba su ex. Caminó hacia el atril donde había hablado, arrancó el micro de su pie y se situó en el extremo de la pasarela, a pocos metros de la pareja. Paloma, Berta y yo nos cogimos de la mano y nos preparamos para lo peor. Y lo peor sucedió.

—Disculpen, me gustaría añadir una última cosa —dijo Cass. La modelo hizo un gesto al público para que tomara asiento y prosiguió—. Si algo tenía claro cuando se me ocurrió la idea de este desfile es que quería que fuera de verdad. He asistido a muchos actos benéficos en los que la causa por la que se lucha acaba siendo lo de menos, e incluso ni siquiera se habla de ella. Se trata de dejarse ver, colgarse la medallita de solidario para poder dormir tranquilo y poco más. Por eso se me ocurrió organizar algo yo misma, para hacerlo a mi manera. Y justo cuando creía que lo había conseguido, me doy cuenta de que no.

Cass miró fijamente al Fiti y su acompañante de modo que a todos los presentes nos quedó claro a quién iban dirigidas sus palabras.

—En esta sala hay una persona que no estaba invitada y que, no sé cómo, ha conseguido colarse. Alguien que no respeta a las mujeres y que ensucia con su

presencia todo lo que significa este evento. Sé que muchos le admiráis como bailarín, pero creedme si os digo que, como hombre, deja mucho que desear. Ni siquiera sé cómo ha tenido la poca vergüenza de presentarse aquí. Les pido disculpas por ello, buenas noches y gracias a todos por su colaboración.

Ahora sí, Cassandra se dio media vuelta, se colocó junto a nosotras, sonrió y se hizo la foto. El Fiti y su novia se retiraron avergonzados del recinto mientras todos les seguían con la mirada. El gallo escondía las plumas y la Barbie Malibú ya no mostraba los dientes. Después de las fotos, nos retiramos a los camerinos y nuestra amiga se derrumbó. Nos contó un episodio en el que el Fiti la había agredido. El bailarín estuvo días suplicándole perdón y, al final, ella le perdonó porque le juró que no volvería a pasar. Y en efecto, no volvió a ocurrir, tal vez porque al poco tiempo lo dejaron. Nunca lo sabría.

Todos los medios congregados en el desfile querían unas palabras de Cass después de aquello, pero ella denegó hacer ninguna declaración. Nos pidió que nos quedáramos al cóctel y la disculpáramos ante sus invitados.

—Júranos que no cogerás una botella y te irás a la buhardilla —le pedí.

—Tranquilas, estaré bien.

—Oye, ¿y qué decimos si nos preguntan? —cuestionó Berta.

—La verdad, que vosotras no sabéis nada.

—Pero sí que lo sabemos —contestó torpemente Berta.

—Berta, por favor... —le dije dándole un codazo.

—Ah, vale, ya lo pillo, tranquila, te guardaremos el secreto.

El mánager de Cass consiguió sacarla por la puerta de atrás sin que fuera vista y nosotras salimos con nuestra mejor sonrisa, disfrutamos del cóctel y hasta nos emborrachamos un poquito. Al llegar a casa, Cass nos mandó un mensaje desde la cama. Nos daba las gracias por ser tan buenas amigas y nos pedía que nos desmadráramos a su salud. Y así lo hicimos. La fiesta siguió en una discoteca del centro adonde fuimos muchos de los invitados. El marido de Berta se llevó a los niños a casa y Carlos no quiso venir porque tenía que madrugar para ir al trabajo. Las tres nos sentimos felices de estar sin hombres y quemamos la pista hasta el cierre. Seguíamos maquilladas y peinadas como Amazonas. Fue una noche mítica.

A la mañana siguiente, me desperté con tal resaca que los recuerdos del día anterior eran difusos. Algo me había impactado, eso seguro, pero no conseguía saber de qué se trataba. Fue en el desayuno, al coger entre mis manos el *Diario Independiente*, cuando me vino a la mente la imagen que buscaban mis neuronas todavía borrachas. Yo entraba en los lavabos de aquella superdisco cuando los vi detrás de una columna. Escondidos de las miradas ajenas y más risueños de la cuenta, mi hija Daniela y el director del diario que me disponía a leer, Alberto Ferrán. Una pillada que dotaba de

significado a la primera, cuando los descubrí también más arrimados de la cuenta en la fiesta de mi cuarenta cumpleaños, hacía más de un año. Hablaría con mi hija para que parara ese juego, tremendamente peligroso. Seguí remoloneando en la cama un rato más, hacía mil años que no me dedicaba un rato a mí. Era viernes y Carlos había tenido que ir a trabajar sin apenas pegar ojo. Me alegré de pasar sola la resaca. El nuevo estado de eterno subidón en el que vivía instalado me tenía agotada.

—Señora Estela, su hija Daniela y la pequeña han llegado —interrumpió Elvira.

—Gracias, Elvira, ponga a los dos niños en el parque para que jueguen y dígame a mi hija que suba a verme.

Me había cansado de pedirle a mi hija que se viniera a vivir a casa con mi nieta. Quería que siguiera sus estudios, que saliera con las amigas y que no se perdiera los mejores años de su vida. No le daba la gana. Decía que ya estaba bien de ser la niña de mamá, que ahora era madre y tenía que ser responsable. Carlos vino a vivir de nuevo a casa en cuanto regresamos de Cuba, pero Daniela prefirió seguir en el piso de Pablo, adonde también se trasladó él para cuidarla. Volvieron a liarse, esta vez más en serio y el chico quiso adoptar a la niña y darle sus apellidos. Una actitud que le honraba, pero que era totalmente innecesaria. Esa niña estaría mucho mejor atendida en mi casa.

—Mamá, ¿no piensas levantarte en todo el día? ¡Menudas pintas! —exclamó Daniela al verme mientras descorría las cortinas.

—Ya, hija, es que lo de ayer fue demasiado.

—Y que lo digas, ¿has visto los titulares de esta mañana? Después de esto el Fiti lo va a tener complicado. Tú sabes lo que pasó entre ellos, ¿no? Cass te lo habrá contado.

—Sí, pero me hizo jurar que no se lo contaría a nadie.

—No me digas que ahora vas a tener secretos con tu propia hija.

—Igual si tú me contaras los tuyos, yo también lo haría.

—¿A qué secretos te refieres?

—A quién es el padre de Estela, por ejemplo.

—Mamá, no vuelvas otra vez con lo mismo. El padre es Pablo y punto. Todavía no es el momento de contártelo, tal vez algún día.

—Está bien, seguiré esperando. Dime otra cosa, ¿qué hacías anoche tan acaramelada con Alberto Ferrán?

—¿Qué? ¿De quién hablas? ¿Con Alberto? Esto... Pues qué iba a hacer, lo estaba saludando.

—Me pareció que compartíais algo más que un saludo.

—Pues te equivocas. Voy a ver cómo están los niños, te espero abajo.

Daniela salió de la habitación escopetada y a mí me quedó claro que escondía algo. En una semana nos embarcaríamos en nuestro tradicional crucero con él y su

familia. Su hija mayor y Dani eran amigas íntimas desde el colegio. Su hija empezó a distanciarse de ella con la excusa del embarazo, aunque yo me daba cuenta de que era Dani la que pasaba de ella. Ahora mi hija aceptaba venir al crucero, con lo cual supuse que volvían a ser amigas. Me había acostumbrado al carácter reservado de Daniela y ya no le preguntaba aquello para lo que nunca tenía respuesta. Partiríamos en una semana, dejando a nuestros bebés a cargo de Elvira y mi personal de servicio. Nuestros chicos tampoco vendrían. Carlos por trabajo, Pablo porque se iba todo el verano a Estados Unidos para reforzar su nivel de inglés. En su lugar, invité a Cassandra y a Cintia. La entrenadora prometió meternos caña para que nuestras carnes siguieran en su sitio a la vuelta. Iríamos por la costa italiana, nuestro destino favorito. Tenía mucho que preparar antes de embarcarnos, así que decidí, pese a mi resaca, que era un buen día para ir de compras. Llamé a mis amigas y les dije que no pensaba pasearlas por el Mediterráneo con trapos viejos pasados de moda. Después de la intensidad de la noche anterior, un poco de frivolidad no nos vendría mal. Nos citamos en una terraza de Serrano donde inevitablemente estuvimos comentando el *little show* de Cassandra de la noche anterior. La entrenadora seguía viviendo en su mundo paralelo y aún no sabía nada. Cass nos contó que Paloma la había llamado a primera hora para invitarla de nuevo al programa. Su jefe se lo había pedido insistentemente durante toda la noche y a la presentadora no le había quedado más remedio que intentarlo. La modelo se había negado en redondo. Aunque pareciera lo contrario, no entraba en sus planes destrozarse la carrera del bailarín. Eso sí, no pensaba rectificar, como tampoco lo hizo cuando habló de su condición sexual.

—Todo lo que he dicho es la verdad y no, no voy a engañar a la gente para salvarle el culo a un caradura. Oye, pero cambiemos de tema, ¿adónde vamos primero, a Loewe o a Miu Miu? —cortó rápidamente Cass.

Ante semejante declaración de intenciones, nos acabamos el cafelito y nos dispusimos a quemar la milla de oro a golpe de Visa. Enseguida nos llenamos de bolsas que Elvira le iba pasando a mi chófer: bikinis, pareos, sandalias, pamelas, sombreros, capazos... y también ropa de noche para nuestras cenas en cubierta o en algunos lugares donde fuéramos atracando. Lo estábamos pasando en grande cuando mi móvil sonó. En la pantalla, un número extraño. Supuse que sería él.

—¿Sí, dígame? —contesté.

—Daniela, soy yo —me contestó Eduardo.

Solo Eduardo y mi familia me seguían llamando así. Ni siquiera intenté que dejaran de hacerlo. Me gustaba que, de vez en cuando, alguien me recordara esa otra parte de mí.

—Eduardo, ¿pasa algo? Te noto la voz rara.

Desde que había vuelto de La Habana, Eduardo y yo hablábamos al menos una vez a la semana. Los dos quisimos que esta vez nuestra amistad no quedara

suspendida en el aire hasta mi próxima visita. Pasábamos horas contándonos cómo nos iba la vida. Él con sus mujeres de quita y pon, y yo con mis idas de olla sobre la felicidad. Ahora que no tenía a Lucía, los consejos de Eduardo me ayudaban a encontrar la luz. Cada vez que me atascaba con mi nuevo libro o que me daba por darle un giro, llamaba a mi amigo para que me aconsejara. No conocía mi obra anterior, con lo cual para mí era una opinión diferente a todas las demás, sin ideas preconcebidas. Con *El secreto del secreto* pretendía desenganchar a mis lectores de la autoayuda. Basta de comportarse como otros dicen que hay que comportarse para encontrar el Santo Grial. Este libro sería un canto a la libertad como medio de vida. Si conseguía mi objetivo, este sería mi último libro de autoayuda. Dejaría de salvar vidas para dedicarme a entretenerlas. Me moría de ganas por escribir una novela.

—El gobierno me cierra La Niña Bonita.

—¿¡No puede ser verdad!?! ¿Por qué?

—Un lío de faldas muy largo de contar. El caso es que me lo quitan.

—¿Y qué vas a hacer?

—Hablé con mi amigo del Nacional, igual puede conseguir que me readmitan.

—¿En serio? ¿Volver al Nacional? Pero si ahí te pagaban fatal.

—Ya, pero es un trabajo seguro.

—Eduardo, qué pena.

—Desde luego, niña, ese paladar lo era todo para mí.

—¿Y no hay nada que se pueda hacer?

—No creo, he hablado con otros propietarios. Cuando te llega una orden de cierre, lo mejor es no crear problemas y cumplir la ley.

—Qué injusticia.

—Bienvenida a La Habana.

—Déjame que piense algo. Esta noche te llamo.

Cass y Cintia alucinaron con la noticia y entendieron que diera por finalizada la jornada de compras. Yo gastando a manos llenas mientras mi mejor amigo lo perdía todo. No tenía sentido. Le pedí a mi chófer que me llevara al despacho de mis abogados. El encargado de los asuntos internacionales me dijo que había poco que pudiéramos hacer por su negocio. Si se hubiera tratado de un hotel o algún establecimiento turístico todavía, pero los paladares eran cosa de cubanos. Un extranjero no tenía nada que hacer ahí.

—Estela, lo único que puedes hacer por tu amigo es traértelo a España con un contrato de trabajo, pero sería mejor que tú no fueras la contratante. Podríamos tener problemas.

Me acordé de Cintia. El trabajo se le había multiplicado en los últimos meses y necesitaba a alguien de confianza que la ayudara a llegar a todo. La llamé desde allí.

—Cintia, quiero proponerte algo. ¿Estás todavía por aquí?

—Sí, estaba devolviendo el trikini amarillo que me habéis obligado a comprar.

—¡No lo devuelvas, es ideal! Yo me lo quedo. ¿Puedes acercarte?

—¿Sigues en el despacho?

—Sí.

—Voy.

Cintia sabía perfectamente lo que significaba Eduardo para mí y no dudó en dar su aprobación. Además, mi mejor amigo era un cubano guapo y cachas, así que sus clientas no pondrían pegos. Yo sabía que en Cuba practicaba bailes de salón, e incluso que llegó a dar clases un tiempo. A Cintia eso no le preocupaba, ella se encargaría de formarlo hasta que estuviera preparado. Una vez fuera del despacho, le di un abrazo tan fuerte que por poco la parto en dos.

No me des las gracias, cuando murió mi padre yo también necesité la mano de otros para levantarme.

Ahora solo faltaba que Eduardo dijera que sí.

NUEVE

Llegamos al puerto de Valencia con la salida del sol. Queríamos aprovechar la calma del amanecer para poner rumbo a la costa italiana. Mi preciado yate, un Princess de cuarenta metros de eslora con capacidad para doce invitados, era un sueño hecho realidad. Todos los años hacíamos al menos dos travesías. Una en invierno y otra en verano. Me encantaba compartir con mis amigos unos días de relax apartada de todo. A Carlos también, pero esa vez no podía dejar el trabajo. Le ofrecí cambiar la fecha del viaje para que pudiera venir, pero se negó. «Ve tú y pásalo bien», me dijo. Al volver nos iríamos juntos a pasar todo el mes de agosto a la casa de la playa y, para él, era suficiente. Llegamos casi todos al mismo tiempo. Alberto con su mujer y sus tres hijos, Cassandra y Cintia, mi colega Luis con su novio Julián y mi hija Daniela y yo. Luis también era escritor de libros de autoayuda, aunque enfocados al éxito profesional, y Julián era un pintor sin demasiado tirón pero con muchas ganas. Como no vendía su obra, nos la colocaba a los amigos. Solo en ese yate teníamos cinco o seis de sus cuadros colgados por las diferentes estancias. Más de una vez, después de unas rondas de *gin-tonics* en cubierta, Carlos y yo habíamos estado tentados de arrojarlos por la borda. Por suerte nunca lo hicimos, porque lo primero que hacía Julián al entrar en el barco era buscarlos.

Acomodamos nuestro equipaje en los diferentes camarotes y salimos a cubierta, donde teníamos preparado un succulento desayuno. Yo no podía quitarme de la cabeza la próxima llegada de Eduardo a España. Una vez conseguí convencerlo, le puse en contacto con Cintia. Ella le propuso que pasara el verano en Madrid para formarle y así estar listo para empezar a trabajar en septiembre. Su inminente llegada me producía una mezcla de vértigo y emoción. Eduardo saldría por primera vez de La Habana y aterrizaría en Madrid. Me levanté de la mesa pensativa y Cass me siguió.

—¿Estás bien, cubana? —me preguntó.

—Sí, solo quería sentir la brisa marina.

—Se trata de Eduardo, ¿verdad?

—Bueno..., sí, me preocupa cómo se encontrará en Madrid, con una vida tan diferente a la suya.

—¿Me dejas que te diga lo que yo pienso?

—Claro.

—Creo que lo que te preocupa es cómo lo llevarás tú. ¿Se lo has dicho a Carlos?

—No.

—¿Por qué?

—No sé, él ni siquiera sabe que existe.

—Ahí está, ¿lo ves?

—No, no veo nada.

—Eso es porque el cubano te importa.

—Claro que me importa, es mi mejor amigo.

—Y el hombre que te desvirgó.

—Cass, no empieces.

Le aparté la mano de mi hombro y volví a la mesa, donde mis invitados se quitaban las legañas mientras tomaban zumo de naranjas valencianas recién exprimidas y tostadas con miel del bosque. También huevos con beicon y una selección de quesos franceses para los más hambrientos. El capitán nos avisó de que salíamos de puerto rumbo a nuestro primer destino, Marsella, una parada obligada de camino a Italia. Luego partiríamos rumbo a Génova y, de allí, a Nápoles. La primera vez que hice esta ruta fue con mi exmarido Luis. Él me contagió su amor por el mar y por Italia. En sus ciudades llenas de historia, mi mente se abrió y aprendí a valorar el arte.

La hija mayor de Alberto, Rosana, se levantó de la mesa y se fue con sus hermanos pequeños a inspeccionar el barco. Le hice una señal a Daniela para que los acompañara.

—Lástima que no paremos en Palermo. Allí tuve un lío con un italiano. Se llamaba Giovanni y follaba como los ángeles —dijo Julián.

—Entonces yo debo de follar como los dioses —respondió Luis, su pareja.

—Siempre me ha impresionado el poco pudor que tenéis los gais para hablar de sexo —intervino Alberto.

—Eso es porque no tenemos al lado a una mujer que nos castre —contestó Julián.

—O porque estáis todo el día cachondos —rebató Cassandra.

—Ja, ja, ja —reímos todos.

La conversación fue subiendo de tono y yo, que en otro momento estaría por los suelos de la risa, estaba ausente. Tenía la mente en otro lado. «La Habana es mi hogar, aquí está todo lo que quiero, solo faltabas tú», me había dicho Eduardo al verme. ¿Tendría razón Cass? ¿Sentía por Eduardo algo más que amistad? Solo el hecho de planteármelo me provocaba ansiedad. Tenía un hijo de tres meses y Carlos y yo formábamos una pareja ideal. Por fin mis días transcurrían con normalidad. ¿Qué más quería? ¿Acaso no iba a estar nunca contenta? En *El secreto del secreto*, el libro que tenía en marcha, decía que la felicidad consiste en tener siempre metas que alcanzar. En ese momento, Carlos parecía haber cumplido todas sus perspectivas de vida y ya no era el mismo. Paradójicamente, me gustaba mucho más cuando pensaba que el mundo estaba en su contra y luchaba con uñas y dientes por cambiar su suerte.

Atracamos en Marsella y bajamos a dar un paseo alrededor del Puerto Viejo. Todos

menos Luis y Julián, que tardaron más de una hora en unirse a nosotros. Supongo que Luis quiso demostrarle a su chico que estaba en plena forma. Compramos jabones, aceite de oliva y *pastis*. Degustamos la famosa *boullabaisse* y volvimos a rastras al barco para descansar. Yo no podía pegar ojo y salí a cubierta. Un día antes de partir, Lucía me había hecho llegar su ensayo *La cura del que cura* junto a su invitación de boda. En el sobre donde estaba el libro, una nota de su puño y letra: «Ábrelo cuando estés sola, completamente sola». Me recosté en una hamaca, nadie a la vista. Era el momento. Rasgué el sobre con ansia y abrí el libro. Allí estaba el mensaje que lo cambió todo.

*Espero que haya valido la pena.
A mi amiga Daniela Santos*

¿A qué se refería Lucía? ¿Qué era lo que había valido o no la pena? Mi primer impulso fue llamarla para que me lo explicara, pero sabía que la decepcionaría. Debía captar yo misma el mensaje. Me cayó una lagrimita al ver que me llamaba amiga. Era la primera vez que lo hacía, como también era la primera vez que se dirigía a mí con mi nombre real. Me levanté, caminé por cubierta, observé la inmensidad del mar y le di mil vueltas a su dedicatoria. Lucía me había confesado que las razones que habían llevado a Carlos a abandonarme hicieron que ella aceptara escuchar a su enemigo. Así se enamoró de él. ¿Me había valido a mí la pena pararme a escuchar? ¿Estaba contenta con mi transformación? Estela Cruz se había conformado y vivía una vida sin sobresaltos, rodeada de comodidades y aparentemente feliz. Pero Daniela Santos, por el contrario, echaba de menos a la niña que perseguía sus sueños entre nubes de algodón. Lucía me llamaba así con toda la intención. Ahora que por fin lo tenía todo, mi amiga me pedía que me cuestionara si eso era realmente lo que quería. Entonces vi algo en la cubierta inferior que hizo que volviera a la realidad. Mi hija y Alberto se estaban besando. Mis ojos se abrieron como platos, aquello no podía estar pasando. De sospechar que se atraían a verlos en acción había un mundo. Les dejé que creyeran que estaban solos, de lo contrario me vería incapaz de continuar la travesía. Su mujer, Carmen, era amiga mía y ahora me tocaría disimular delante de ella como si no supiera nada.

Pasamos el día de travesía acomodando nuestras cosas y, a la hora de cenar, volvimos a reunirnos todos. Yo seguía con un nudo en el estómago, incapaz de probar bocado. A mi preocupación por la llegada de Eduardo, se sumaba el cabreo y la rabia de que mi amigo Alberto se hubiera liado con mi hija, a la que doblaba en años.

—Estela, no te empeñes, aunque no comas en toda la semana, el trikini amarillo de Cintia no te va a entrar —me dijo Cass al comprobar que mi plato seguía intacto.

—Si quieres ponerte a dieta, déjame que le pase al cocinero unos menús especiales para que no caigas enferma —sugirió la entrenadora.

—¿Enferma? Pero si tiene suficiente grasa para aguantar un invierno sin comer.

—Qué graciosa eres, Cass, menos mal que te invité —contesté ironizando.

La cena se fue animando para todos menos para mí, que no podía apartar de mi mente la imagen de mi hija y Alberto besándose. Antes de los postres dije que estaba muy cansada y me retiré a mi camarote. Llamé a Carlos y se lo conté. Se quedó en silencio.

—Carlos, te acabo de contar que los he visto besarse, ¿no tienes nada que decir?

—Estela..., yo ya lo sabía —dijo al fin.

—¿¿Cómo?! ¿Y me habéis tenido engañada? ¿Qué soy? ¿La tonta del bote?

—Dani me hizo jurarle que no te lo contaría. Estaba muy asustada.

—¿Y tú le guardas el secreto a una cría de veinte años? No te creía capaz de esto.

—Estela, tranquilízate.

—¿No te das cuenta de la magnitud del problema? Alberto está casado y con tres hijos, y es el director del periódico más importante del país. Si esto sale a la luz, el escándalo será mayúsculo.

—Lo siento. Daniela me dijo que era algo sin importancia y que iba a dejarle. No volví a verlo por casa, pensé que se habría acabado.

—Pues ya ves que no.

Le colgué el teléfono, lo apagué y me tomé una pastilla para relajarme y poder dormir. Por suerte, guardaba algunas en mi botiquín de a bordo. De no haberlas tenido y sin poder recurrir a Elvira o a Lucía, me habría arrojado al mar esa misma noche.

Por la mañana, la visión del puerto más grande del Mediterráneo me cambió el chip. ¡Estábamos en Italia! Mis invitados no merecían que pasara el viaje con la cara larga hasta el suelo. Cuando tuviera ocasión, hablaría con mi hija para intentar parar aquello, aunque al final ella haría lo que le viniera en gana y yo me tendría que aguantar. De pronto, entendí muchas cosas. Su distanciamiento de Rosana, las visitas de Alberto a nuestra casa con cualquier excusa y lo reservada que se había vuelto conmigo. Esa mañana, ella y Rosana se ofrecieron a hacer de canguros y llevarse a los pequeños a ver el acuario del puerto de Génova, el más famoso de Italia. Me alegré mucho de su iniciativa y yo, por mi parte, propuse a las chicas que nos fuéramos por nuestra cuenta. Así no tendría que pasarme el día fingiendo delante de Alberto. La idea fue muy bien recibida por todos. A los chicos les parecía mucho más atractivo irse a almorzar tranquilamente a seguir nuestro ritmo de guías turísticas.

—Total, para ver un montón de piedras —dijo Julián.

—No son un montón de piedras. Dicen que es la casa natal de Cristóbal Colón y está en ese estado porque los franceses la bombardearon en 1684 —le rectificó en plan marisabidilla.

—¿Ah, sí? ¿Y quién dice eso? —preguntó Julián.

—Los italianos —le contesté.

—Fíate tú de los italianos y acabarás a cuatro patas —dijo Julián con toda la intención.

—¿Y a qué esperamos para comprobarlo? Vayámonos ya, chicas —añadió Cass divertida.

Viajando con mi exmarido nunca necesitamos guía, porque se lo sabía todo. Ahora yo les reproducía a mis amigas todo lo que él me había enseñado en nuestros viajes por Italia. Después de visitar la casa de Colón, las llevé a la catedral de San Lorenzo y al palacio Ducal. A Cintia, acostumbrada a hablar solo de prácticas deportivas, se la veía realmente interesada, pero Cass empezó a cansarse de tanto dato y nos obligó a parar. Necesitaba un trago para asimilar la información. Paramos en una terraza al sol en la que solo quedaba una mesa libre. Dos chicos que también esperaban nos la cedieron y, en agradecimiento, Cass les invitó a compartirla con nosotras. Se llamaban Pietro y Marcello.

—¿Españolas? —preguntó Pietro.

—Sí.

—¿Qué las trae por Génova? —prosiguió Pietro.

—Los genoveses, básicamente —contestó Cass con descaro.

—Estamos de paso, esta noche partimos rumbo a Nápoles —les aclaré.

—¿De crucero? —preguntó Marcello.

—Más o menos, tenemos bote propio —alardeó Cass.

—¡Guau! Qué suerte. ¿Y viajan solas? —preguntó Pietro.

—Algunas más que otras —aclaró Cass guiñándole un ojo.

Bebimos unas cuantas rondas de cerveza, comimos algo y alargamos la sobremesa con las hormonas alteradas. Los dos italianos estaban tremendos y no paraban de adularnos, sobre todo a Cass, que no desaprovechó la ocasión para recordarles quién era. Ellos dijeron conocerla, pero me daba a mí que lo hicieron por no decepcionarla. No tenían mucha pinta de asistir a desfiles, ni de seguir las revistas de moda. Le pedí a mi amiga que me acompañara al baño para que me explicara hasta dónde pretendía llegar con aquel despliegue de medios.

—¿Qué demonios estás haciendo? Vas un poco a saco, ¿no crees?

—¿A saco? ¿Pero tú te has fijado bien en esos dos tíos? ¡Menudo par de genoveses! ¿A ti cuál te gusta? A mí me vale cualquiera.

—Por mí puedes quedarte con los dos. No pienso liarme con ninguno.

—Venga, cubana, no seas estrecha.

—En esa mesa está una de las mejores amigas de Carlos. Deja de comportarte como si estuviéramos preparando una orgía.

—Ah, ¿es por eso? Tranquila, yo me encargo.

—No, no es por eso. Venga, Cass, volvamos al barco.

—Ni loca —me contestó tirándome del brazo para llevarme de nuevo a la mesa.

A decir verdad, no recordaba cuándo había sido la última vez que me reía tan a gusto. Los chicos se empeñaron en agradecernos el gesto de invitarles a la mesa con una botella de *limoncello* que nos acabamos entre todos. Se hizo de noche y, de pronto, me di cuenta de que Cassandra y yo nos habíamos quedado solas. Le pregunté a Cass por Cintia y Carmen.

—Te dije que las despacharía rápido —me susurró al oído.

Yo estaba disfrutando tanto que no quise saber más y me dejé llevar por Italia. Pietro y Marcello nos propusieron seguir la juerga en algún lugar más animado.

—Eh, bueno..., yo creo que me voy a ir retirando —dije.

—No le hagáis caso, siempre dice lo mismo y luego cierra todas las discotecas.

Cass me agarró del brazo y, aprovechando un momento en que los italianos estaban a la suya, me habló sin tapujos.

—¿Eres mi amiga?

—Sí, claro que lo soy.

—Pues haz el favor de acompañarme.

—¿Y para qué te hago falta?

—Porque me da miedo quedarme sola. ¿Y si luego resultan ser dos mafiosos y me cortan las piernas después de abusar de mí?

—Menos lobos, Caperucita.

—Por favor, te lo suplico.

—Bueno, pero solo un rato.

—Te quiero, te quiero, muchas gracias.

No le costó mucho convencerme, realmente estaba encantada. En Italia mis libros se vendían muy bien, pero la gente no me reconocía. Para mí eso era el paraíso. Una vez en la pista, me dejé llevar por la libertad que te da el anonimato, y que ya casi no recordaba, y por los brazos de Marcello, que me manejaba como si fuera un yoyó. Lo mejor era la música, con temas italianos míticos mezclados con música electrónica. El momento apoteósico llegó cuando el DJ pinchó la canción *Ma quale idea*. La pista se llenó en cuestión de segundos. Todos querían bailar. Busqué a mi amiga, pero ya era tarde. Ella y Pietro compartían fluidos en los sofás de la zona vip. Al verlos, recordé con nitidez la noche en la que el Fiti apareció y pilló a Cass con otro. Sonreí. Esa noche nadie nos cortaría el rollo. En mitad de mi ensoñación, Marcello me cogió de la mano y me llevó a bailar. Una de las veces que me lanzó para luego recogerme me plantó un beso en los morros. «¡Basta ya de ser perfecta!», pensé, y me enrollé con aquel guapo genovés sin pensar en nada ni nadie. Cass se quedó alucinada al verme.

—Estela, ¿estás bien? —me preguntó asustada.

—*Molto bene* —le contesté.

—En serio, ¿quieres que nos vayamos?

—¿Y dejar de bailar? —le contesté mientras me perdía de nuevo en la pista con el italiano.

Con la bajada del efecto del alcohol, desapareció también mi euforia y apareció la culpa. Me acordé de Carlos y quise desaparecer. Por suerte, Cass ya estaba satisfecha y no le importaba dar por finiquitada la noche. Les dijimos a los genoveses que íbamos al baño y nos escapamos de allí corriendo y riendo como dos chiquillas adolescentes. Ya en el taxi, más tranquilas, comentamos la jugada.

—Pobre Pietro, ese pensaba que esta noche mojaba el *panettone*.

—¿Y quién te ha dicho que no lo ha hecho?

—¡Serás putón! ¿Dónde? ¿En los baños?

—¡Equilicuá, *ragazza*!

—Qué fuerte lo tuyo.

—Pues anda que tú... ¿Qué tal besaba Marcello?

—Ni me lo recuerdes, ese tío no ha existido, ¿te queda claro?

—Tranquila, cubana, te guardo el secreto.

Como única contestación, le apreté con fuerza la mano. Si alguien se enteraba de aquello, mi familia feliz se vendría abajo. Ya en el barco, nos quitamos los zapatos para no hacer ruido y nos metimos en la cama derrotadas.

Cuando me desperté a las pocas horas, la resaca no era el mayor de mis problemas. Acababa de tener un hijo con un hombre del que me creía enamorada y lo celebraba enrollándome con un italiano de veintipocos años. ¿Con qué cara iba a reñir a mi hija por estar con un hombre casado? Mi euforia genovesa se había transformado en angustia existencial en menos de veinticuatro horas. Tenía llamadas perdidas de Elvira y de Carlos. La llamé a ella.

—Elvira, ¿pasa algo?

—He estado pensando en lo que me dijo.

—¿A qué te refieres?

—Lo de alojar a su amigo en mi casa.

—Ah, ya, no te preocupes, puedo buscarle otro sitio.

—No, por favor, quiero que se quede. Los cubanos debemos ayudarnos.

—Muchas gracias, Elvira, estoy segura de que os llevaréis de maravilla. ¿Qué tal están los niños?

—Fenomenal. Anoche hablé con su hija Daniela y le conté lo bien que va todo. Usted disfrute de su viaje, que le hace falta.

—Gracias. Dile a Carlos que andamos algo mal de cobertura, que ya hablaremos por la noche.

Mentí. No quería hablar con él hasta que el recuerdo de mi noche loca fuese más

difuso y el olor de Marcello desapareciera por completo de mi piel. Me duché y salí a cubierta para disfrutar de un día de sol navegando hacia la *bella Napoli*. Mis invitados llevaban ya un rato en las hamacas. Nada más verme, y sin esperar a que me despejara, Luis y Julián me sometieron a un quinto grado del que pude salir airosa gracias a los capotes de Cass. La modelo contó su lío con Pietro con todo lujo de detalles a la vez que me daba las gracias por ejercer de aguantavelas y no dejarla tirada. Carmen y Cintia también se conformaron con esta versión sin cuestionarse que yo pudiera haberme enrollado con el otro italiano. Nadie me veía capaz de semejante hazaña, ni siquiera tras enterarse de mi pasado de jinetera. Yo misma había relatado esa parte de mi vida en el prólogo de *Desmontando a Estela Cruz*. La crítica y mis lectores entendieron que aquello fue una lucha por sobrevivir y nadie lo criticó. Curiosamente, a mis amigas les impactó mucho más que dejara a mi amigo Eduardo esperándome durante años que haber vendido mi cuerpo por las calles de La Habana. Les encantaba que les hablara de nuestras fechorías, de nuestra noche en el Nacional y de nuestro reencuentro por el Malecón veintitrés años después.

Pasadas las ocho de la tarde, llegamos a Nápoles, una ciudad intensa y divertida. Desembarcamos y nos perdimos por las callejuelas de la ciudad repletas de bodeguitas antiguas. Ese día íbamos todos juntos. Decidí no desaprovechar la jornada torturándome por mi desmadre a la italiana. ¿Acaso no lo hacían a diario millones de hombres y mujeres en todo el mundo? Volvían tarde del trabajo, se iban a viajes inesperados o a cenas con amigos que no existían, para volver luego a los brazos de sus parejas, a seguir con su perfecta vida imperfecta. ¿Por qué yo no podía ser como ellos? Cass decía que lo que no hagas cuando tus carnes están prietas lo lamentarás cuando ya no se sostengan. Mientras visitábamos el interior de la iglesia de San Francisco de Paula, me sonó el móvil. Miré la pantalla y, al ver que era Paloma, se lo pasé a Cass; imaginaba que llamaba por el incidente del desfile.

—Paloma, no insistas, paso de volver a hablar de ese tío. Llama a la Barbie, esa seguro que lo raja de arriba abajo por un minuto de gloria —le dijo la modelo.

—Buena idea, pero no llamaba por eso.

—¿Ah, no? ¿Y entonces? ¿No te habrás echado un ligue? Porque, si es así, estamos en racha.

—¿En racha? ¿A qué te refieres?

—Ya me conoces, siento una debilidad especial por los italianos.

—¿No era por los franceses?

—Sí, también, pero ahora estamos en Italia.

—Ah, ya. Oye, ¿estás con Estela?

—Claro, aquí está, a mi lado, mirando un fresco embobada.

—¿Puedes poner el altavoz?

—Claro..., ya está.

—Hola, Paloma, soy Estela, ¿qué pasa?

—Chicas, ¡¡¡estoy embarazada!!! —gritó la presentadora.

Los turistas que nos acompañaban en la visita nos pusieron cara de perro y Cass y yo corrimos hacia la salida con el teléfono entre las manos y dando gritos de euforia.

—¡Qué pasada, Paloma! ¡Enhorabuena! —dijo Cass.

—¿Ves? Al final todo llega —añadí—. No sabía que te habías hecho una inseminación recientemente.

—Y no me la he hecho, me he quedado al estilo tradicional.

—¿En serio? ¿De quién?

—¿Te acuerdas de Santiago, tu compañero de estudios, con el que bailé en tu cuarenta cumpleaños?

En ese momento, quité el altavoz para hablar yo sola con mi amiga.

—¿Te ha dejado embarazada Santiaguín? No me lo puedo creer. ¿No estaba casado?

—Estaba, se ha separado. Estela, perdona por no contarte nada, sé que es tu amigo. Pero él no quería que lo hiciéramos público hasta que su separación fuese oficial.

—No te preocupes, eso no es lo importante. Me alegro mucho por ti, ¿de cuánto estás?

—De casi tres meses.

—¿Ya? Qué bien, eso ya está hecho.

—Bueno, todavía hay algo más.

—¿Qué?

—Nos vamos a casar.

—Aaahhh, ¡qué fuerte! ¡Enhorabuena doble entonces!

Increíble, nuestra amiga más solitaria, la que se pasaba las noches encerrada en casa alimentándose de pimientos con la única compañía de un perro gordo y vago, había encontrado el amor y se casaba por todo lo alto. Le pregunté por la mujer de Santi, a la que yo apenas conocía. Me contó que su matrimonio había ido mal desde el principio y que un buen día él descubrió que le ponía los cuernos con un antiguo novio. Fue ella la que le pidió el divorcio, luego apareció Paloma y todo vino rodado. No tenían hijos en común, así que había sido fácil. Les pasé el teléfono a Cass y a Cintia para que la felicitaran y luego seguimos paseando por Nápoles. Solo faltaba un pequeño detalle: no nos había dicho la fecha de la boda. Cogí el teléfono para preguntárselo por mensaje y vi uno suyo en la pantalla.

«La boda es el 3 de septiembre, apuntadlo en la agenda. Os quiero, feliz viaje». Me quedé helada, era el mismo día que la boda de Lucía. No dije nada para no romper la magia del momento. Estábamos eufóricas con la doble noticia de boda más bombo de nuestra amiga. No había prisa, me quedaba todo agosto por delante para

decidir a cuál de las dos bodas debía ir.

—Chicos, ¿qué os parece si acabamos el día napolitano en el Chez Moi? —sugerí.

—¡Bravísimo! Dicen que allí van los tíos más buenos de toda Italia —exclamó Julián.

—Si quieres, me quedo en el barco —respondió Luis molesto.

—No te pongas tonto, cariño, prefiero que vengas y disfrutemos los dos de las vistas —le contestó dándole un achuchón.

El Chez Moi era el lugar de referencia en la noche de Nápoles, un lugar con una oferta exquisita en restauración y ocio que siempre estaba a rebosar. Conseguimos reserva gracias a un amigo común de mi exmarido. Ya arreglada y justo antes de salir de mi camarote, me animé a llamar a Carlos. Estaba muy enfadado, llevaba todo el día intentando ponerse en contacto conmigo sin conseguirlo. Le dije que me apetecía desconectar y sentirme libre por unos días, que el último año había sido muy intenso y que el aroma a salitre del Mediterráneo me estaba sentando de maravilla. Mi romántico discurso no le conmovió lo más mínimo y siguió echándome la bronca hasta que conseguí colgar diciéndole que el resto del grupo me esperaba para salir a cenar. Hacía poco más de un año me abandonaba y ahora no podía vivir sin mí. Qué curiosa es a veces la vida: «Persigues algo y lo pierdes, pasas de ello y se adhiere a ti como un imán» (*Desmontando a Estela Cruz*). Me perfumé, me eché por los hombros un chal turquesa que resaltaba mi moreno y me reuní con mis amigos. Alberto excusó a su mujer Carmen. Una insolación la tenía tumbada en la cama y a oscuras, así que no vendría a cenar. A Daniela se le iluminó la cara y a mí se me apagó, aunque lo disimulé como pude. Aún no había dibujado mi plan de ataque, pero si algo tenía claro era que no debía oponerme de manera rotunda a su relación, porque lo único que conseguiría sería reforzarla. Sin cortarse un pelo, se sentaron juntos y no dejaron de compartir confidencias. Menos mal que Cassandra y Julián estaban sembrados y nos hicieron reír a carcajadas porque, si no, no habría aguantado hasta el postre. Tras la cena, pasamos a la sala de baile, donde la música electrónica y el ambiente moderno nos llevaron a disgregarnos. Julián y Luis se situaron muy cerquita de la pista con los anteojos puestos, Alberto y mi hija hicieron como que les acompañaban, pero desaparecieron disimuladamente y Cass, Cintia y yo nos sentamos en una mesita baja y nos pedimos una copa. Hablamos mucho sobre Paloma y su próximo enlace-parto, de Berta y su probable ruptura-noviazgo, y de Carlos y el Fiti. Cintia escuchaba mucho, opinaba poco y, de su vida privada, no decía ni palabra. Nosotras no le dábamos mucha importancia, suponíamos que sería por pudor. Cass y yo rajábamos sin descanso y casi ni nos dimos cuenta de que la entrenadora había desaparecido. Cuando quisimos volver al barco, la buscamos por todo el local hasta que a Cass se le ocurrió la genial idea de meterse en la cabina del DJ, arrebatarle el micro y llamarla

por los altavoces. Al chaval casi no le dio tiempo a reaccionar y la dejó hacer mientras miraba embobado el cuerpazo de la modelo, que esa noche vestía un minúsculo vestido azul Klein. Al poco, Cintia apareció despeinada y muy sonriente, y nos pidió que nos fuéramos sin ella, que estaba muy bien acompañada.

—¿Cómo vamos a dejarte sola? —le dije.

—¿Me quedé yo en Génova de carabina?

—Ja, ja, ja, tiene razón, dejémosla. Además, es boxeadora, sabrá defenderse —añadió Cass.

Alberto y mi hija Daniela aparecieron de la nada, así como Julián y Luis. Para todos era la hora perfecta de volver, así que nos fuimos y la dejamos a sus anchas. Cuando llegamos, todos se retiraron, y le pedí a Cass que se quedara un rato más charlando conmigo. Tenía la noche tonta.

—Cass, me he enterado de algo en este viaje que... —empecé a decir.

—Sí, ya sé, Alberto y Daniela están liados —acabó ella.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie.

—¿Tanto se les nota?

—Sí, supongo que solo disimulan delante de Carmen.

—Cass, estoy fatal. ¿Qué puedo hacer?

—Lo mejor es que no hagas nada. Tu hija ya es mayorcita para equivocarse sola.

—Solo tiene veinte años.

—¿Y tú me lo dices?

—Su vida y la mía no tienen nada que ver.

—El amor siempre tiene que ver.

La modelo tenía razón. ¿Quién era yo para decir que veinte años son pocos para tomar tus propias decisiones? Yo, que a los diecisiete me había fugado de mi casa y de mi isla con un hombre que me triplicaba la edad. Aun así, no podía evitar que me pareciera una tragedia. Le prometí a Cass que abordaría el tema con cuidado y nos dimos las buenas noches. Estuve tentada de tomarme algo para dormir, pero me contuve. Si empezaba a doparme para sobrellevar los reveses del día a día, acabaría en el diván de Lucía con calambres en las piernas. Una decisión valiente de una mujer cobarde. El miedo a la vida se fue apoderando de mí y pasé la noche en vela buscando soluciones. ¿Cómo conseguir que mi hija dejara a Alberto? ¿Cómo seguir acostándome con Carlos como si nada? Sobre las seis de la mañana, escuché ruidos y me asomé para ver qué pasaba. Era Cintia, que volvía de marcha bastante contenta y acompañada de una chica. Qué raro, pensé, ¿qué habría sido del chico con el que había ligado? Y de pronto las dos se fundieron en un beso que me dejó muerta. Lo primero que me vino a la mente fue aquel otro beso que se dio con Cameron en el avión rumbo a Londres. Según nos contó, fue la actriz la que se abalanzó sobre ella,

pero en esa ocasión la entrenadora no oponía resistencia sino más bien todo lo contrario. ¿Por qué no nos había dicho que le gustaban las chicas? Tal vez no le inspirábamos confianza. Siempre andábamos cotorreando de nuestras cosas, pero rara vez le preguntábamos por su vida personal. Entré en mi camarote para que no me descubriera espiándola y me metí en la cama. La visión de Cintia morreándose con otra chica hizo que olvidara mis preocupaciones y por fin caí en un profundo sueño.

A las pocas horas, el capitán puso rumbo a España. Volvíamos a casa. Durante la travesía, visité a mi hija en su camarote.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—Ven luego, ahora voy a dormir.

Entré de todos modos, necesitaba hablar con ella cuanto antes.

—Mamá, déjame, no es nada.

—Hija, me gustaría que confiaras en mí.

—Te he dicho que no es nada, déjame en paz.

—Pero yo quiero ayudarte.

—Nadie puede ayudarme.

—¿Es por Alberto?

Mi hija se quedó callada.

—El otro día vi cómo os besabais. ¿Estás segura de saber dónde te metes?

«Mal, Estela, mal, así no vas bien», pensé. Mi hija se encerró todavía más en sí misma y yo aflojé la cuerda.

—No pasa nada, cariño, yo también me enamoré una vez de quien no debía —le dije.

—Mamá..., lo siento..., sé que Carmen es tu amiga —dijo al fin.

—Sí, Carmen es mi amiga, y tú mi hija. ¿Realmente crees que vale la pena romper una familia?

—He intentado dejarle muchas veces, pero... le quiero.

—¿Y él a ti?

—Supongo.

—¿Y estás dispuesta a ser la segunda toda tu vida? Podrías estar con quien quisieras. Alberto está casado, tiene tres hijos...

—Cuatro.

—¿Cómo?

—Estela es hija suya.

Entonces fui yo la que me quedé sin palabras. Mis sospechas se confirmaban. Alberto era el padre de mi nieta.

—¿Qué? ¿Se te ocurre ahora alguna solución? —me preguntó.

—No, la verdad es que no —contesté como pude.

Me levanté, salí del camarote de mi hija y me asomé por la borda en busca del aire que me faltaba. El mar estaba en calma, pero yo casi podía ver cómo un tsunami se aproximaba hacia mí a gran velocidad. ¿En qué momento mi faceta de madre feliz y pareja estable se había venido abajo? Quizá no debí haberme embarcado en esta travesía. Deseé llegar a puerto, separarme de todos y volver a mi vida de cuento con final feliz. Cass se acercó al verme sola y pensativa para ofrecerme su hombro. Me dio un buen consejo: que afrontara las cosas como eran sin intentar cambiarlas a toda costa. Nadar contra corriente solo me llevaría a perecer ahogada. Alberto era el padre de mi nieta y mi hija estaba enamorada de él, tal vez lo mejor era que siguieran juntos. Yo me había enrollado con un italiano y no dejaba de pensar en la llegada de Eduardo, pero eso no quería decir que no quisiera a Carlos y la vida que teníamos junto al pequeño Jaime. Todo esto dicho por Cass logró tranquilizarme. Nada más despertarse, Cintia se unió a nosotras. Se la veía diferente, más segura y relajada. Nos contó que pasó la noche con unos ingleses con los que compartió recuerdos de su etapa en Londres. Ni una palabra acerca de la chica de larga melena y su morreo de despedida. Solo yo sabía su secreto, al igual que solo Cass conocía el mío. Miré la estela que iba dejando el barco y me dio muchísima pena alejarme de Italia... y de nuestra libertad.

DIEZ

Era la primera vez que no me apetecía preparar las maletas de verano. Con la ayuda de una de mis empleadas y de Elvira, pasábamos toda una mañana eligiendo con mimo cada prenda para luego doblarla con el máximo cuidado. Todo debía llegar en perfecto estado a su destino. Un ritual con el que siempre disfrutaba. Sin embargo, ese año la idea de pasar un mes aislada en la casa de la playa no me atraía en absoluto. Yo lo que quería era quedarme en Madrid, cambiarme por Elvira y compartir piso con Eduardo. «Se puede mentir a todo el mundo menos a una misma» (de *El secreto del secreto*). Y así estaba yo, mintiendo a diestro y siniestro para autoconvencerme de que mi vida era perfecta. Carlos, sin embargo, estaba pletórico, canturreando canciones mientras acababa de preparar su equipaje. Era su primer día de vacaciones y se mostraba insultantemente feliz. Me agarraba de la cintura cuando nos cruzábamos por el pasillo, me daba besos sonoros en la mejilla y hasta caminaba dando saltitos. «Ahora entiendo por qué me dejaron cuando yo era así», pensé. Ver a alguien alardeando de su alegría cuando tú no estás para fiestas es un auténtico martirio. Incluso deseé que, en uno de esos brincos, se torciera el tobillo para así poder quedarnos en Madrid unos cuantos días más. Al menos hasta la llegada de mi amigo. Nada de eso ocurrió y en pocas horas estábamos metidos en el coche en dirección a mi casa de la playa. Un chalé blanco de teja rojiza situado en un punto privilegiado. En la montaña pero a un paso del mar. Tenía un porche donde pasábamos las tardes leyendo, escuchando música y contemplando las espectaculares vistas al mar. Durante el viaje, mientras Carlos seguía con su repertorio de abominables temas veraniegos, dejé volar la imaginación y me vi a mí misma en ese porche rodeada de barrotes. No era el Mediterráneo lo que se divisaba, sino el Pacífico, y yo había sido condenada a pasar un mes en esa casa de verano convertida en prisión de Alcatraz.

—Cariño, ¿te ocurre algo? —me preguntó Carlos.

Casi doce horas le había costado darse cuenta de que ese no era el día más feliz de mi vida.

—Nada —respondí sin saber qué otra cosa decir.

—Te conozco bien y sé cuándo te preocupa algo —insistió.

Me preocupaban tantas cosas que no me fue difícil elegir una al azar para que dejara de indagar.

—Pensaba en mi último libro. Quiero que, tras leerlo, mis lectores dejen de necesitarme.

—No sé qué decirte. Si esa panda de tarados deja la autoayuda, podríamos tener

un problema.

—Te he dicho mil veces que no son tarados. Están perdidos, eso es todo.

—Pues ya va siendo hora de que se encuentren.

—Eso es lo que quiero, darles la guía definitiva para que caminen solos.

—Y se la darás, siempre lo haces, lo que ocurre es que no quieren soltarse de tu mano, están enganchados a ti. La gente está mal y seguirá estando mal, da igual los cientos de consejos que le des.

—Eso no es cierto. Mis libros curan.

—En *Desmontando a Estela Cruz* no decías lo mismo.

—Ay, Carlos, me pones de los nervios. ¿Acaso no has entendido nada? Lo que digo en mi último libro es que la autoayuda no es la panacea de la felicidad, que si la teja cae hacia ti como un proyectil, da igual lo positivo que seas, te dará igualmente.

—Pues eso, sonreír no cura, ¿qué es lo que no he entendido?

—Nada, déjalo. No estoy con ánimos de discutir.

—Ni yo, cariño, disfrutemos del viaje y de nuestras vacaciones. Te quiero —
remató dándome unas palmaditas en la rodilla.

Además de querer tirarme del coche en marcha, también quería curar a mis lectores. Sabía perfectamente lo que les pasaba, porque yo misma lo había provocado con cada uno de mis libros. Querían más sonrisas, más dinero, más amor, más viajes, más éxito, más amigos, más belleza, más poder, etcétera, pero al final lo que más recibían era frustración. Había creado un regimiento de insatisfechos y mi nueva misión era lograr que se retiraran del campo enemigo sin sufrir demasiadas bajas. Basta de fijarse metas cada vez más altas, de dejarse la piel por ser los mejores y de renunciar a los pequeños placeres para alcanzar la gloria. Si para algo debía servirme ese mes de aislamiento involuntario era para encontrar la pieza que me faltaba del rompecabezas. Esa era mi auténtica misión estival. Esa, y escaparme al humo del asfalto para reencontrarme con el camarero del Nacional. Al llegar a nuestro destino, el personal de servicio ya se había encargado de que todo estuviera perfecto. Los grandes ventanales que daban al mar estaban abiertos de par en par y las cortinas ondeaban al viento como banderas blancas. Las miré embobada y decidí firmar la paz. No era justo que Carlos pagara por mis pecados. Él no tenía la culpa de que mi travesía por el Mediterráneo me hubiera llevado mucho más allá de Italia y de que la poca libertad que siquiera había acariciado me supiera a poco. Tampoco quería que el pequeño Jaime notara que su madre estaba triste. Me haría la feliz, eso siempre se me había dado bien. Paseos al atardecer, horas de relax en la playa, comidas con amigos, escribir, leer... Un verano de ensueño para cualquiera menos para mí. Yo pasaba los días esperando a que se hiciera de noche para perderme entre los pinos del jardín y llamar a Eduardo. Estaba encantado con Elvira, con Cintia y con Madrid. «¿A qué esperas para venir, niña?», me preguntaba siempre. Yo le iba dando largas, no lo tenía

fácil. Carlos ese verano estaba pegado a mí como una lapa, como si estuviera preparando oposiciones a pareja y padre del año o algo así. Y así pasaron dos semanas en las que llegué a acostumbrarme a aquel estado de alegría fingida. Quince días más y estaremos de vuelta, ¿para qué liarla ahora?, me decía a mí misma. Si había podido vivir veintitrés años sin saber nada de él, podría aguantar un poco más. Y justo cuando dejaba de fantasear con escaparme a Madrid, llamó Cassandra suplicando que fuera.

—Estela, no puedes faltar.

—Es que no sé si Carlos se apañará con el bebé.

—¿No querrás que me trague que no tienes a nadie que pueda ayudarle?

—Bueno, sí, pero es que...

—Es que nada, levanta el culo y ven, aunque sea para ver a Eduardo. Sé que lo estás deseando.

—No te creas, ya me había hecho a la idea de verlo en septiembre.

—Mira, guapa, puede que hayas conseguido engañar a todos con tu *wonderful Summer* de catálogo, pero conmigo no te esfuerces. Lo que te pasa es que tienes miedo.

—¿Ah, sí? ¿A qué?

—A no querer volver. Tu relación con Carlos hace aguas, te pongas como te pongas.

—¿Qué sabrás tú?

—Tienes razón, no sé nada, es solo intuición. Bueno, Estela, tú verás lo que haces. No voy a insistir más.

—Te lo agradezco.

—Que te vaya bien, adiós.

—Adiós.

Colgué el teléfono realmente enfadada. Ahora que ya no necesitaba tumbarme en el diván de Lucía a llorar mis penas, ni llamar a Elvira a medianoche para que me salvara de una muerte segura, mi amiga Cassandra irrumpía en mi vida para tocarme las narices. Me daba rabia reconocerlo, pero en una cosa tenía razón: estaba aterrada. Por fin la vida me daba la oportunidad de criar a un hijo en pareja y no pensaba arriesgarlo todo por un cosquilleo en la barriga. Quedaba descartado viajar a Madrid para ver al cubano, pero ¿y Paloma? Pensé en ella y en lo largo que había sido su camino hasta encontrar un hombre adecuado y conseguir llenar su barriga de algo más que pimientos. El buenazo de Santiago y la diva de la tele, padres de un retoño. Había mucho que celebrar y yo no podía faltar. Saqué una pequeña maleta del armario y la llené solo con lo necesario. Me duché, me vestí con ropa cómoda y salí al porche, donde Carlos leía entusiasmado el final de una novela.

—Carlos, me voy a Madrid.

Mi novio ni siquiera levantó la mirada del libro. Cuando leía, se concentraba tanto que su cerebro parecía desconectar el sentido del oído.

—Las chicas le han organizado una despedida de soltera a Paloma y no puedo faltar.

Más silencio, Carlos seguía con el piloto automático puesto.

—¿Carlos? ¿Me estás escuchando?

—¿Qué? No, ¿qué pasa?

—Que me voy.

—¿Cómo que te vas?! ¿Adónde?

—A Madrid, dos días.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Nada grave, mis amigas le han preparado una despedida de soltera a Paloma.

—¡Me podías haber avisado antes!

—No lo sabía. Por lo visto ha surgido así, de repente, como su boda.

—¿Y qué hacemos con Jaime?

—No te preocupes, Encarnita sabe bien cómo cuidar de él.

—Ya, bueno, pues no sé qué decirte, no me hace mucha ilusión quedarme solo, pero supongo que ya lo tienes decidido.

—Sí, Carlos, quiero ir. Será solo un par de noches.

Me acerqué hasta donde estaba sentado y me incliné sobre él para darle un beso. Carlos se levantó y me ayudó a cargar la maleta. Me metí en el coche nerviosa, di marcha atrás, luego primera, saqué la mano por la ventanilla para despedirme y pisé el acelerador hasta el fondo para salir de allí cuanto antes. La visión de Carlos diciéndome adiós con cara de te quiero «hasta el infinito y más allá» me hizo sentir mal. A medida que me alejaba, ese estado de culpa se fue convirtiendo en euforia por llegar a la capital cuanto antes. Conecté mi móvil al aparato de música y seleccioné la lista «Boda Paloma» que había ido confeccionando desde que supe que se casaba. Eran canciones que las cuatro conocíamos y que habíamos bailado en infinidad de ocasiones.

Cuando llegué a Madrid, tras más de seis horas de viaje, mi propósito de no ir a ver a Eduardo se había desvanecido. Sin pensármelo dos veces, llamé a mi amigo como hacía cada noche, solo que, en lugar de estar escondida entre los matorrales de mi jardín, me encontraba de pie frente al portal de Elvira.

—Buenas noches, niña, qué pronto llamas hoy.

—Es que hoy es diferente.

—¿Por qué? ¿No tenéis cena en casa?

—No.

—¡Qué raro! ¿Y eso?

—Hoy quería invitarte a cenar yo a ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer, llamar a una pizzería y que me la envíen en forma de corazón?

—Ja, ja, ja. No, tonto, quería llevarte a mi restaurante favorito.

—¿Me tomas el pelo?

—Asómate a la calle.

Eduardo no tardó ni dos segundos en salir al balcón y, aunque la altura me impedía ver su cara, sabía que estaba muy emocionado. Bajo su apariencia de tipo duro, seguía estando el chaval sensible que había conocido en el Nacional. Un joven rodeado de amigos y de chicas que le rondaban, pero tremendamente solo. Sus padres eran muy mayores y vivían en el campo, muy lejos de La Habana, y no tenía hermanos ni ningún otro familiar en la ciudad. Cada Navidad veía cómo sus compañeros iban a reunirse con sus familias mientras él se quedaba trabajando. ¿Para qué pedir libre ese día si no tenía a nadie con quien comer? Un año su jefe le dijo que no le necesitaría y a él se le cayó el mundo encima. Pensé que sería buena idea organizarle una merienda sorpresa. Junté a algunos de sus mejores amigos, que dejaron a sus familias con el postre en la mesa, y le llevamos engañado a un paladar donde le habíamos montado una pequeña fiesta navideña. Su cara de sorpresa y su sonrisa de oreja a oreja hizo que todo el esfuerzo valiera la pena. Esta vez la sorpresa era solo yo, pero su entusiasmo al verme fue parecido al de aquella tarde navideña.

—Daniela, Daniela, me la has vuelto a colar. Ahora verás cuando te pille —gritó desde el balcón.

—No chilles, que me vas a romper el tímpano. Te oigo perfectamente —le dije por el móvil.

—Ay, perdona, es la emoción. Ya bajo, niña.

Mi amigo bajó en tiempo récord y me estrujó como si no creyera que me tenía delante. La despedida de Paloma era al día siguiente así que esa noche la teníamos para nosotros. Desde que supe que Eduardo vendría a Madrid, soñaba con llevarle a mi lugar secreto, el único sitio de la ciudad al que iba siempre sola y donde me reencontraba con la parte de mí que había dejado en La Habana. Un restaurante cubano muy chiquitito escondido entre las calles de la Cava Baja que regentaba Maritza, una mujer cubana de unos cuarenta y cinco años. Ella, como muchas de nosotras, había conseguido que un hombre la trajera a España cegado por la visión de sus caderas. Se casó con él y le dio tres hermosos retoños. A cambio, el hombre hizo realidad su sueño de montar su propio restaurante para cocinar los platos de su amada Cuba. «Esta es la mejor manera de no olvidarte de tu tierra, llevarla dentro», solía decir mientras se frotaba su enorme barrigota. Si la pillaba con poco trabajo, se sentaba a mi lado para compartir algún licor mientras hablábamos de todo lo que acontecía por nuestra isla natal. Aquella noche era la primera vez que aparecía por

allí acompañada. Le presenté a Eduardo y nos acomodó en mi mesita del rincón azul. Estaba al fondo, dentro de una cuevecita muy íntima que ella misma había pintado del color del mar. Discutíamos mucho sobre aquel color que nada tenía que ver con el del Caribe, azul turquesa. «Este es el color que recuerda mi corazón. Si lo que quieres es realidad, cómprate una postal», me contestaba enfadada.

—Aunque no te lo creas, en este rincón he pensado mucho en ti y en cómo te iría la vida —le dije a Eduardo con dos mojitos en el cuerpo.

—A mí no me ha hecho falta esconderme para recordarte.

—Eduardo, no ha sido fácil.

—Lo sé, niña, no te pongas triste. Ahora estamos juntos, eso es lo que importa.

—Sí, juntos de nuevo en un pedacito de Cuba —le contesté mirando el local.

Y Eduardo, al que no le hacían falta señales de humo para saber cuándo le deseaba una mujer, acercó sus labios a los míos y me besó. Un beso al que siguieron otros muchos. El tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar hasta que Maritza se vio obligada a interrumpirnos.

—Estela, siento molestaros, pero si la policía me pilla abierta a estas horas me coloca una multa que me deja loca.

—Perdona, Maritza, no sabía ni qué hora era. Ya nos vamos —contesté ruborizada.

Cuando llegamos a casa de Elvira, Eduardo me propuso que subiera. Mi asistente se había marchado unos días de vacaciones con unos amigos. No encontré la manera de negarme. Hacía muchísimo calor esa noche en Madrid y nos duchamos para poder seguir con esa deuda que nuestros cuerpos tenían pendiente. Cuando se hizo de día, nos preparamos un buen desayuno y caímos exhaustos después de una noche de sexo que nada tuvo que ver con aquella primera en el Nacional. Por suerte, cuando me desperté él seguía dormido. Recogí mis cosas con cuidado de no hacer ruido y bajé a la calle como si saliera de robar, ataviada con unas enormes gafas de sol y echándome la melena por la cara para que nadie me reconociera.

Sin pretenderlo, me había convertido en una devorahombres. Carlos no se merecía esto ¿o tal vez sí? Si no me hubiera abandonado empeñado en que abriera los ojos a la cruda realidad, las cosas habrían sido muy diferentes. Seguiría viviendo sin la necesidad de escarbar en el pasado, volar a mi Cuba natal y reencontrarme con Eduardo. Y posiblemente tampoco habría querido embarcarme hacia Italia sin su compañía. Desvié mi mente hacia la despedida de soltera de Paloma para no dar más vueltas a lo que ya no tenía remedio. Cass había hecho mucho hincapié en que esa noche debíamos parecer putones. Eso lo tengo fácil, pensé fustigándome. No, Estela, por ahí no. Eres una mujer que se ha pasado la vida atada a un hombre y que por fin se asoma al mundo. Argumento poco convincente, pero que me sirvió para pasar a lo siguiente: buscar el modelo perfecto. Un vestido lencero me pareció suficiente. Me

maquillé, me recogí el pelo en una coleta alta y salí hacia casa de Cass intentando apartar de mi mente la mirada de Eduardo, llena de ternura y deseo. ¿Y si el cubano era el auténtico amor de mi vida? Tal vez si me hubiera quedado en La Habana, me habría sacado del negocio, como pretendía, y me habría puesto a trabajar con él. A lo mejor hasta nos habríamos casado. ¿Tuve la felicidad en la palma de mi mano y la dejé escapar? Atravesé el Atlántico, me convertí en escritora, tuve éxito, gané mucho dinero y me codeé con gente importante, pero el día en que mi hija y mi novio me abandonaron todo eso dejó de importarme. Ahora lo único que quería era que todo en mi vida fuera de verdad.

Cass me esperaba ya en la calle ataviada con un minúsculo vestido negro. Ella sí lo había logrado, parecía un auténtico zorrón. Al subirse al coche, dijo exactamente lo que yo esperaba escuchar.

—Cubana, sabía que vendrías —dijo guiñando un ojo.

—Sí, ya sé que lo sabes todo de mí —contesté fastidiada.

—¿Has visto a Eduardo?

—No.

—No ni poco. ¿Desde cuándo tiene Estela Cruz esa cara sonrosada? Si me dices que lo habéis hecho, serás mi ídola.

—No, no lo hemos hecho.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclamó triunfal.

—¿Qué parte de «no lo hemos hecho» no has entendido?

—Tal vez no lo habéis hecho, pero os habéis visto. Y si has ido a verle a él antes que a tu gran amiga Cassandra es que acabaréis haciéndolo.

—Cass, por favor, centrémonos en lo que estamos. ¿Dónde es la despedida? —le pregunté para saber qué rumbo tomar.

—Ah, es verdad, tranquila, lo pongo en el navegador y que nos lleve, así puedes contarme todos los detalles del encuentro secreto —contestó mientras introducía los datos en el ordenador de a bordo.

—No fue ningún encuentro secreto. Oye, ¿y qué le hemos comprado a Paloma?

—¿Ah, no? Y si no fue secreto, ¿por qué me lo querías ocultar?

—Cassandra, si sigues por ahí, te dejo aquí mismo y me vuelvo a la playa.

—Está bien, esperaré a que estés pedo para sonsacártelo todo.

La modelo me hizo caso y cambió de tema. Me contó todo lo que habían preparado las amigas del cole de Paloma para sorprenderla.

—Pensaba que esta despedida era idea tuya —le dije.

—Y lo era, pero esas chicas no tienen medida. Se han empeñado en darle alguna que otra sorpresita y no me he podido negar. Están histéricas —me contó flipando.

Lo primero sería disfrazarla con una mini de tul roja, un velo y una liga también

rojos, y llevárnosla con los ojos tapados al privado del restaurante que había reservado Cass. Una vez terminada la cena, las amiguitas habían pagado los servicios de un *boy* y, de ahí, a la zona vip de una discoteca. Todo muy original. No podía decirle a Cass que el plan me apetecía tanto como colgarme boca abajo de la rama de un árbol, así que disimulé cuanto pude. Supongo que a mi amiga, cuya fiabilidad en el diagnóstico era muy superior a la de cualquier detector de mentiras, no logré engañarla, pero lo dejó pasar. Ella quería que esa noche yo estuviera allí de cuerpo presente.

Cuando a Paloma le desatamos el pañuelo de los ojos en el restaurante, alucinó con el sitio al que la habíamos llevado. Luego nos miró a todas y, al llegar a mí, se paró y se acercó a abrazarme. Nadie le había dicho que vendría de la playa y ella no imaginaba que dejaría a Carlos con un bebé de tres meses. No era propio de mí. Tampoco lo era ser infiel ni sobrevivir sin ansiedad ni pastillas, pero así era mi nueva vida.

—Gracias, Estela, sin ti esto no tendría sentido. Tú nos presentaste.

Al escuchar sus palabras, me acordé de Lucía. También para ella yo era una pieza fundamental en su relación. Las dos iban a casarse el mismo día y para las dos era imprescindible tenerme cerca. Iba quedando menos tiempo para decidir qué hacer. De momento, Paloma me tenía en su despedida, así que tal vez lo justo fuera que Lucía me tuviera en la boda. Levantamos las copas y brindamos. Cass había conseguido reunir a las mujeres más importantes en la vida de Paloma. Su hermana pequeña, amigas de la infancia, de la universidad y de la tele, además de nosotras tres y Cintia. Yo me senté entre Berta y Cintia, y junto a Cintia se sentó Cass. Hacía quince días que no nos veíamos y nos pusimos al día. Berta nos contó que su marido la había dejado plantada con los niños a cuestras en pleno verano. Él sospechaba que ella tenía un lío y le había cotilleado el móvil. Por suerte, sus hijos no se enteraron y ella inventó que papá volvía a Madrid por trabajo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le pregunté.

—Luchar por recuperarle.

—No te creo —le dije.

—Mujer, pero si es de libro. Tienes a un tío chupándote el culo y pasas de él, se larga y corres en su busca —explicó Cass convincente.

—¿Cuál es el plan? —le pregunté.

—No hay plan —respondió Berta.

—Tranquila, no te hace falta, ese calzonazos que tienes por marido no tardará en volver pidiéndote perdón por mirarte el móvil. Como si lo viera.

—No creo, Cass, se fue muy enfadado.

—Ya me conozco yo sus enfados. Por favor, si ese tío es un sin sangre.

—Tampoco te pases —le dijo Berta molesta.

Uf, de nuevo estas dos se me van a enzarzar en una pelea sin cuartel, pensé y corté en seco la discusión con mi gran titular. Sabía que podía confiar en ellas y era mejor soltar la bomba estando sobria que balbuceando a las cuatro de la mañana. Como bien decía Cass, con unas copas de más lo acabaría soltando todo.

—Ayer volví a hacerlo con Eduardo —dije sonriendo como una adolescente.

—¿A hacer qué? —preguntó Cintia.

—Pulseras de macramé, no te jode —soltó Cass flipando con la ingenuidad de la entrenadora.

—No puede ser —dijo Cintia que seguía sin dar crédito.

—Estela, qué fuerte. ¿Y qué tal? Supongo que fue mejor que aquella primera vez, ¿no? —preguntó Berta.

—Como del cielo a la tierra. Fue una noche flipante, pero ahí se va a quedar. No voy a arriesgar lo que tengo con Carlos por sexo.

—¿Solo sexo con un amigo de toda la vida? No te lo crees ni tú —sentenció Cass.

—A mí me parece lo más sensato, Estela, ¿para qué complicarte la vida? —apuntó Cintia.

—¿Pero a ti qué te pasa? Si apenas conoces a Carlos, ¿qué más te da? —la reprendió Cass.

—A Carlos no, pero por lo que conozco a Eduardo no creo que convenga enamorarse de él.

—¿A qué te refieres? —le pregunté sorprendida.

—Tu amigo está saliendo con una de mis alumnas prácticamente desde que llegó de Cuba.

Se me cayó el mundo a los pies. Hablaba con Eduardo todas las noches y no me había contado nada. En ese preciso instante, el *boy* vestido de policía entró en el reservado y todas se pusieron a gritar como gatas en celo. Era el turno de Paloma. Una de sus amigas de geniales ideas se dispuso a atarle las manos a la silla para que el *boy* le hiciera el bailecito. La cara de la presentadora era un poema, aquello no le hacía ninguna gracia. Cass, que era la organizadora principal, creyó que debía rescatar a nuestra amiga de aquella embarazosa situación. Al pasar por mi lado, me cogió del brazo con fuerza para que le prestara atención y me dijo algo al oído.

—Cubana, recuerda, «lo que tú creas así será». —Nada más decírmelo, salió corriendo en busca de Paloma.

Aquello me emocionó. Mi amiga, que tanto se había reído de mis mensajes de autoayuda, recurría al que había sido mi *leitmotiv* durante años para tranquilizarme. Enseguida capté el mensaje. Tanto si quería que el cubano fuera para mí, como si no, la decisión era mía. Esa misma mañana había salido huyendo de su lado y, en ese momento, al enterarme de que estaba con otra, lo único que quería era ir a verle para echarle la bronca. ¿Por qué me lo había ocultado? Había estado coqueteando conmigo

todas las noches por teléfono mientras conocía a otra y se liaba con ella. ¡Qué cabrito! Me sentí ridícula y decepcionada. Miré a mi alrededor, ¿qué hacía yo allí? No me apetecía gritar, ni vitorear a aquel musculitos aceitoso, ni beber una sola gota más de alcohol. Aproveché que todas las miradas estaban centradas en Paloma y me escaqueé. Llegué a casa de Elvira y miré hacia su ventana. No había ninguna luz encendida y era pronto para que Eduardo estuviera durmiendo. Aporreé el telefonillo aun sabiendo que nadie contestaría. Estaba muy cabreada. Cogí mi móvil y le llamé. Nada, mi amigo había desaparecido. No podía mandarle un wasap porque no lo tenía activado y no me arriesgaría a mandarle un SMS y que no me contestara. Me metí de nuevo en el coche, pisé el acelerador con todas mis fuerzas y puse rumbo a la playa. Lo último que quería era que mis amigas montaran un dispositivo de búsqueda arruinándole a Paloma su despedida de soltera, así que le mandé un mensaje a Cass antes de que empezaran a llamar. «Por favor, inventa cualquier excusa y disfrutad de la noche sin mí. No tengo ganas de juerga, pero estoy bien, de verdad».

«Tranquila, Paloma está tan borracha que cree que sigues aquí y, por las demás, ni te preocupes. Todo está ok». Qué grande era Cassandra, que sabía cuándo retirarse y dejarte a tu rollo. Conduje todo el camino con mis pensamientos puestos en las palabras de Cintia. «Eduardo sale con una de mis alumnas prácticamente desde que llegó». «Sale» quería decir que no era un simple rollo. ¿Qué se había creído? Por mí podía tirarse a todas las mujeres de Madrid, pero tratarme a mí como si fuera una más, no, por ahí no iba a pasar. Siempre me había contado cuándo le gustaba alguien. ¿Por qué esa vez no lo había hecho? No hacía falta ser un lumbreras para dar con la respuesta. Mi actitud cachondona y mis más que aparentes ganas de juerga habían provocado que Eduardo dejara de verme como a una amiga para considerarme una posible conquista. Y yo había entrado en ese juego sabiendo perfectamente adónde me conduciría. Él seguía siendo el mismo que había conocido a los trece años, mientras que yo me había estado comportando como si fuera una de sus conquistas del Nacional. Le había suplicado que me untara crema y ahora quería hacerle pagar por ello. Sonó mi móvil, era él. Si no contestaba, se quedaría preocupado y seguiría llamando.

—Hola, Eduardo, dime.

—Tenía una llamada tuya, ¿querías algo?

—Nada, solo despedirme —mentí.

—¿Pero no te vas mañana? Podríamos quedar a almorzar, tengo algo para ti.

—Ya no estoy en Madrid.

—¿Y eso?

—Demasiada loca junta. Te dejo que estoy conduciendo.

—Espera, espera, no cuelgues. No sé por qué te largaste esta mañana sin decir nada, pero quiero que sepas que lo de ayer fue increíble.

—Sí, es todo muy increíble. Mejor lo olvidamos, ¿vale? Me pillaste con la guardia baja.

—Lo que tú quieras, niña, pero si decides lo contrario, ya sabes dónde me tienes.

—Gracias por la oferta, tal vez en otra vida. Nos vemos, un beso —le dije antes de colgarle.

Me alegré de haber tenido la madurez para callar. No tenía ningún sentido echarle la bronca. Fuimos muy amigos, sí, pero tampoco podía olvidar que durante veintitrés años me importó muy poco lo que fuera de él. Ahora estaba por fin en Madrid formándose para empezar una nueva vida, y yo no podía fastidiárselo comportándome como una amiga celosa y posesiva. Nos debíamos una noche de desenfreno y eso es lo que habíamos tenido. Nada más.

Lo primero que hice al llegar a casa fue entrar en la habitación de Jaime. Miré a mi bebé e inmediatamente desapareció cualquier atisbo de duda. Aquel niño tenía la oportunidad de crecer junto a su padre y no se la iba a quitar. Bastante había visto ya sufrir a mi hija Daniela por no tener al suyo. Elvira comenzó a buscarlo en cuanto mi hija y yo llegamos de La Habana. Cuando lo localizó, le pedí que no le dijera nada a mi hija, quería verle yo primero. Fue un encuentro frío en el que me dio la enhorabuena por mi brillante carrera y por el hijo que esperaba. En ningún momento se disculpó por habernos dejado tiradas. Tal y como imaginaba, ese capullo no quería saber nada de su hija. Le supliqué, lloré, pero no hubo manera. Tenía una nueva mujer, no sé si la tercera o la cuarta, que por lo visto era muy celosa. Si se enteraba de que le había mentado y de que tenía una hija, seguro que lo dejaría. Ni siquiera saber que iba a ser abuelo lo conmovió. A sus sesenta y muchos años, seguía anteponiendo tener una jovencita con la que irse a la cama a todo lo demás. Le dejé todos mis datos por si cambiaba de idea y desaparecí. «Tranquilo, pequeño, mamá ya está aquí, mamá ya no se va», le dije a mi bebé cuando empezó a llorar. Lo acuné, le canté las nanas de mi abuela y, cuando volvió a quedarse dormido, lo dejé en la cuna. Entré a hurtadillas en el dormitorio, me despojé del «disfraz» de mujer de rojo y me metí en la cama. Quería hacer el amor con Carlos para reafirmarme en mi decisión de permanecer a su lado.

Mi idea era pasar los quince días que nos quedaban de vacaciones en paz, escuchando el murmullo de las olas y escribiendo las últimas páginas de mi libro. Las llamadas nocturnas a Eduardo, así como las cenas que organizábamos en el porche, desaparecieron. Preferíamos acostarnos pronto y madrugar más. Mi corazón latía por fin a buen ritmo cuando apareció la visita más inesperada de todas, esa para la que una madre nunca está preparada. Mi hija Daniela se plantó allí sin previo aviso con

mi nieta Estela en un brazo y el padre de esta, Alberto, del otro. Carlos y yo nos miramos impactados ante semejante estampa familiar. Se les veía algo nerviosos, pero muy sonrientes. Al llegar hasta nosotros, nos saludaron llenándonos de besos y ninguno de los dos supo qué decir. Por lo visto, habían gastado todo el valor en el viaje. Carlos se comportó como si aquello fuera lo más normal del mundo, pero yo, que estaba flipando en colores, no pude permanecer callada.

—Bueno hija, ¿a qué se debe la visita? —le pregunté con toda la intención.

—Pensamos que sería buena idea pasar juntos unos días.

—¿Buena idea? ¿Acaso no os bastó con vuestro crucero del amor? —les dije enfadada.

—Estela, perdona, debimos contártelo antes —acertó a balbucear Alberto.

—¿Antes de cuándo, de que os pillara besándoos o de que la dejaras embarazada?

—Cariño, tranquilízate —me pidió Carlos.

—No me da la gana. Daniela tenía un futuro prometedor y, por culpa de esto, todo se ha ido al garete —contesté.

—Mamá, nada se ha ido al garete. Ahora que Alberto y yo vamos a vivir juntos, voy a volver a estudiar. Quiero acabar la carrera y trabajar.

—¿Juntos? ¿Y qué pasa con su familia?

—Alberto ha firmado la separación, veníamos a contároslo.

—Perdona que no dé palmas de alegría, hija —añadí antes de girarme y desaparecer.

Me metí en mi cuarto. No quería acabar llamando hijo de puta al padre de mi nieta delante de todos. Ya lo haría en privado. A los cinco minutos, mi hija llamó a la puerta.

—Mamá, ábreme, por favor.

Dudé por un instante si hacerlo o quedarme allí encerrada hasta que se cansara de llamar, cogieran las maletas y se fueran por donde habían venido. Al final, le abrí.

—Daniela, ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

—Sí, mamá.

—Ay, señor. ¿Y Carmen? No me quiero ni imaginar cómo estará esa mujer. ¿Sabe que la ha dejado por ti?

—Sí, Alberto se lo ha contado todo. Mamá, no quería que lo supieras por teléfono, necesitaba venir a verte. Ahora, si quieres, damos media vuelta y nos vamos, lo entenderé.

¿Qué debía hacer? ¿Aceptar la situación y acogerlos en casa o mandarlos al carajo a todos? Habían hecho cientos de kilómetros con mi nieta a cuestas para compartir con nosotros su buena nueva. Echarles de allí supondría un cisma y yo ya estaba harta de tanto drama. Salí al porche con mi hija de la mano ya más relajada y abracé a mi amigo convertido en yerno. Era una situación algo tensa que sobrellevamos con buen

vino y largas sobremesas en las que hablamos de sus planes de futuro y de las ganas de mi hija por acabar la carrera y convertirse en abogada. Su «*love is in the air*» flotaba por todas partes llenando la casa de buen rollo. Me fijaba en cómo se miraban, cómo se reían y cómo se tocaban. Yo nunca había estado así con ningún hombre. Luis me trataba como un padre y me poseía como una bestia, mientras que con Carlos era todo en línea recta. Convivíamos, conversábamos de vez en cuando, discutíamos a menudo y hacíamos el amor tres veces por semana. Así mes a mes, año tras año, sin sorpresas ni cambios inesperados. Llegó la hora de la despedida y, en cuanto su coche desapareció por el pedregoso camino, el verano se fue apagando.

ONCE

—¡Venga, cariño! Vamos a llegar tarde. ¿Quieres bajar de una vez?

Carlos me esperaba en la puerta mirando el reloj a cada minuto mientras yo seguía dando vueltas por mi dormitorio en ropa interior. Dos modelos sobre la cama para dos bodas muy distintas. La de una de mis mejores amigas y la de mi psicoanalista secreta. Uno confeccionado por el mejor diseñador del país para la afamada escritora Estela Cruz, el otro comprado personalmente por Lucía para que lo luciera en su boda. Me lo mandó unos días antes con una nota escrita por ella misma: «Solo si lo llevas puesto sabré quién eres». Cuando lo recibí, no podía creerlo. Era idéntico al vestido que llevaba el día que abandoné La Habana con diecisiete años. Se lo había descrito mil veces tumbada en el diván de su consulta. Recuerdo que era mi vestido favorito porque, cuando dabas vueltas, se abría tanto que parecía que fueras a echar a volar.

Mis dos amigas se casaban el mismo día a la misma hora, ¿podía tener más mala suerte? A punto estuve de asomarme por las escaleras y fingir una descomposición irrefrenable, cualquier cosa con tal de ganar tiempo. Finalmente, dejé mis sueños de cubana libre sobre la cama y elegí el camino fácil. Me enfundé en el supermodelazo hecho a medida y bajé las escaleras sin mirar atrás.

—Ya era hora, Estela, ¿se puede saber qué hacías? —me preguntó mi novio enfadado.

—Esperar un milagro —contesté en mi mundo.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Nada, pensaba que no me entraría el traje pero, al final, lo conseguí —mentí.

—Y estás preciosa —sentenció dándome un beso en la mejilla.

—Gracias, tú tampoco estás mal.

Cuando llegamos al lugar de la ceremonia, todos los invitados estaban ya sentados en sus puestos para no perder detalle de la llegada triunfal de la novia. El novio la esperaba nervioso, mordiéndose las uñas y mirando hacia la puerta sin apenas pestañear. Santiago seguía pareciendo el crío que corría detrás de las universitarias sin desfallecer. Nunca tenía éxito, hasta que llegó una que le hizo caso y se casó con ella. Luego conoció a Paloma, se separó y ahí estaba de nuevo. No nos cansamos de repetir nuestros errores, pensé. O tal vez ese no era un error y su amor fuera para siempre. De pronto, vi a Cassandra haciéndonos señas para que fuéramos hasta donde estaban sentadas. Por suerte, ella y Berta habían llegado antes y pudieron guardarnos sitio en las primeras filas.

—Casi te pierdes lo mejor, cubana —me dijo.

A su lado estaba uno de los jugadores más guapos del Real Madrid. Nos saludamos y, cuando tuve oportunidad, le pregunté a mi amiga.

—¿Y este qué hace aquí?

—Luego te cuento, me ha estado persiguiendo últimamente y se me ocurrió invitarle. No quería ser la única en venir sin pareja.

—Me dejas impresionada.

—Lo sé, deja de mirarle el culo, que pareces una vieja salida.

Carlos se colocó junto al marido de Berta y las chicas nos pusimos juntas.

—Veo que lo has conseguido —le susurré a Berta al oído.

—De momento ha accedido a venir a la boda, luego ya veremos.

—Luego te lo llevas a casa, te lo digo yo —le dijo Cass convencida.

—Ojalá —respondió Berta.

—Shhhhhh, callad, ¡que viene la novia! —les dije a mis amigas al ver que todo el mundo se giraba.

Paloma y su padre, que la llevaba del brazo, se abrieron paso entre la cantidad de cámaras, fans de Paloma y curiosos que la esperaban en la entrada hasta que por fin consiguieron entrar, vestida de blanco y con una larga cola, como si se dirigiera al mayor de los altares, pese a que el reciente divorcio del novio les había impedido hacer una ceremonia religiosa. El corte del vestido disimulaba bastante su embarazo, aunque ella no tenía ninguna intención de ocultarlo y se tocaba la tripa a cada rato. Se la veía orgullosa. Cuando pasó por nuestro lado, alargó la mano y nos tocó.

—¡Estás guapísima! —exclamó Cass.

—¡Impresionante! —dijo Berta.

—¡Viva la novia! —añadí yo aplaudiendo.

Nos dejó atrás y siguió su camino. Miré a mi alrededor, seríamos unos quinientos. Me pareció increíble. La presentadora se había hartado de decir que nunca se casaría y que hasta el mejor de los hombres debía estar colgado de los huevos, pero ahí estaba, comiéndose todas sus palabras en el que, sin duda, parecía el día más feliz de su vida. Y seguramente lo sería, pensé. A partir de entonces, habría días fantásticos, increíbles, maravillosos, pero ya ninguno tendría la magia de aquel momento. En poco menos de un mes, saldría a la venta mi último libro, *El secreto del secreto*, en el que precisamente hablaba de eso, de cómo las pulsaciones bajan cada vez que alcanzamos una de nuestras metas. «Lo que experimentamos al conseguir algo nada tiene que ver con lo que sentimos mientras vamos a por ello», explicaba. Por fin encontré la pieza del rompecabezas, eso que llevaría a mis lectores a dejar de necesitarme. «Encuentra un único sueño que pueda acompañarte hasta el final de tu vida y disfruta del viaje». Así acababa mi último y definitivo libro de autoayuda. Sabía que mis lectores captarían el mensaje, como había captado yo el que encerraba la dedicatoria que Lucía me había puesto en su último ensayo.

Espero que haya valido la pena.

A mi amiga Daniela Santos

Lucía quería que me cuestionara si había valido la pena dejar a Daniela Santos en Cuba y transformarme en Estela Cruz. Si lo que tenía era lo que de verdad quería. El tiempo se paró y escuché dentro de mí. No, no había valido la pena, yo lo que quería era estar sola, sin Carlos ni Eduardo, ni ningún otro hombre del que dependiera mi manera de ser y mi estado de ánimo. A mis cuarenta años, todavía no sabía lo que era eso. Y si tan claro lo tenía, ¿qué diablos hacía ahí?, me pregunté mientras miraba a todas esas parejas emperifolladas, listas para comportarse como se suponía que debían hacerlo. ¿Era eso lo que quería? ¿Pasar el resto de mi vida interpretando un papel? ¿Dónde había dejado yo mi único gran sueño, ese que me llevó a vender mi cuerpo y abandonar mi niñez a merced de las olas? Necesité salir a respirar. «La ansiedad es como la adicción, nunca desaparece del todo. Aprende a controlarla y habrás ganado», me decía Lucía cuando acudía a verla en pleno ataque. Alegué un pequeño mareo por el calor y salí a la plaza. Había un montón de fotógrafos a los que conseguí eludir de forma milagrosa. Anduve un poco y me topé con un parque. Me senté en el primer banco que vi, recosté la cabeza sobre él, cerré los ojos y respiré hondo un par de veces. Mucho mejor, Estela, mucho mejor. Entonces abrí los ojos y las vi. Dos nubes grandes y mullidas que me hicieron viajar en el tiempo hasta una tarde de verano de mi infancia. Mis padres nos habían llevado a mi hermano y a mí a la playa con los abuelos. Yo apoyaba la cabeza en las piernas de mi abuela Estela. Unas nubes muy parecidas a las que ahora veía permanecían quietas sobre nosotras.

—Abuela, ¿es verdad que las nubes son de algodón?

—Pues claro que sí, mi niña, ¿de qué van a ser si no?

—Yo quiero tocarlas.

—Y puedes hacerlo. Mira, tápate un ojo y escoge una nube, ahora estira el brazo y arranca un pedazo de algodón.

Entonces yo hacía lo que me pedía y mi abuela me hacía cosquillas bajo el brazo hasta que me retorció de la risa. Un juego al que, desde entonces, jugamos a menudo. Yo siempre caía en la trampa y estiraba el brazo, nada me gustaba más que las cosquillas de mi abuela.

¿En qué momento la vida había dejado de ser tan divertida? ¿Cuándo dejé de creer que las nubes eran de algodón? Me incorporé y salí de allí a toda prisa. Primero a pasos rápidos, luego a grandes zancadas y, finalmente, con los tacones en la mano, empecé a correr. Saqué el teléfono del bolso y llamé a mi asistente sin dejar de correr.

—Elvira, ¿estás en mi casa?

—Sí, señora, ¿ocurre algo?

—Necesito que me hagas el favor de tu vida en tiempo récord.

—Dígame.

—¿Has visto el vestido que hay sobre mi cama?

—¿El amarillo de lunares?

—Ese mismo. Necesito que me lo traigas urgentemente. Tienes cinco minutos.

—Me sobran dos.

—Ja, ja, ja. Eso tengo que verlo.

Vi un taxi, lo paré y resoplé para recuperar el aliento. De camino a mi destino, me solté la melena que llevaba recogida en un moño y me retoqué el maquillaje. Un poco más de rubor, más color en los labios y otra pasada de rímel. Estaba lista, solo me faltaba el vestido. Cuando vi que Elvira me esperaba en la puerta de los juzgados, sonreí. Qué cubana más lista es esta mujer, pensé. Me metí en el coche que la había traído y que conducía uno de mis chóferes y me cambié a toda prisa mientras ella tapaba las ventanas con un chal. Cuando terminé, salí de un brinco y le pregunté su opinión.

—¿Qué tal estoy?

—Diferente.

—Genial —contesté al tiempo que la besaba efusivamente en la mejilla.

Elvira se apartó. No estaba programada para encajar las muestras de cariño con naturalidad.

—¿Ya no me necesita?

—No, Elvira, ya no necesito a nadie.

Y tal cual lo dije, me di la vuelta, meneé las caderas como lo haría Daniela Santos y abrí las puertas de aquel juzgado para abrazar mi libertad.



CARMEN ALCAYDE nació en Valencia en 1973. Es licenciada en Ciencias de la Información y ha desarrollado la mayor parte de su carrera en el medio audiovisual, su verdadera vocación. Ha trabajado en diferentes cadenas de televisión como presentadora y colaboradora, pero también como reportera, guionista o actriz. Destaca su etapa en los informativos de Canal 9 y su actual pertenencia al Grupo Mediaset que dura ya más de una década en la que ha presentado y colaborado en programas emblemáticos de Telecinco. Como escritora, sus libros de no ficción *Treintañeras* y *Sobrevivir en pareja* ocuparon durante semanas las listas de los más vendidos. En ellos Carmen aborda momentos decisivos de la vida con estilo directo y desenfadado. *Nubes de algodón* es su estreno en la narrativa.